CLARA JANÉS

Los caballos del sueño

Los caballos del sueño se inicia como una historia de amor de adolescencia y paulatinamente se convierte en un mosaico que abarca los avatares vividos por sus personajes, imbricados en la evolución sufrida por España a partir de la década de los 60.

Distintos escenarios sirven de marco a las distintas etapas recorridas, así Pamplona al momento de auge de la tendencia existencialista y de crisis de las creencias religiosas, París al de la tentativa de sustitución de éstas por unos ideales políticos, y Madrid al desmoronamiento final de todo ello.

La obra, que adopta al principio tonos evanescentes y ritmo lento, como corresponde al estado de sus personajes, aún poco definidos, se va concretando hasta alcanzar fuerte dramatismo y dinamismo a medida que los acontecimientos se precipitan.

Se trata, pues, de un texto complejo que abarca, en cierto modo, diversos géneros literarios, la epístola, el teatro, el ensayo filosófico, la poesía y los diarios, girando en una órbita que consiste en el relato de la misma génesis de la novela, y en torno a un eje: el tema del amor. Este, que aparece en su doble aspecto de eros y ágape, y halla solución en el platonismo udrí, nos da la clave de los nombres de los dos protagonistas: el masculino, Lobo, mero apodo, por guardar el secreto como requiere el catarismo, y el femenino, Alma, puesto que encarna de hecho al «yo de luz» de la mística zoroastriana.

La escritora Rosa Chacel ha afirmado que Clara Janés, con *Los caballos del sueño*, ha escrito la historia de su generación.

Clara Janés

Los caballos del sueño

ePub r1.0
Titivillus 09.05.2024

Clara Janés, 1989
Diseño de cubierta: Julio Vivas
Ilustración: «Pity», William Blake, 1795, Tate Gallery, Londres

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Estoy en Grazalema. Cuando emprendí el viaje, aunque sabía cuál era el impulso que me lanzaba a él, ignoraba su motivo profundo. No es que ahora haya llegado a averiguarlo, pero voy descubriendo indicios inesperados y alentadores. Durante mi adolescencia tenía la lucidez, la agilidad activa de la luz capaz de filtrarse por cualquier resquicio; hoy mi mente se identifica con ese vagar solitario por los montes de aquí al que distrae la observación de la flora que nace por el breve sendero, las pinsapos, su ramaje, sus duras hojas de varios años, su densa sombra que con tenacidad impide el desarrollo de arbustos y hierbas cuando la espesura es grande; las capas de musgo que tapizan las peñas, cuyas hendiduras ceden a las raíces de las coníferas o están llenas de escamas de frutos y hojas muertas, manchas pardas y húmedas, a veces de fondo abismático; ese caminar al borde del peligro, entre piedras resbaladizas y barro, detectando aquí y allá un arce o una encina, raramente un quejigo por la parte alta de la sierra, alguna mata leñosa, ardiviejas, narcisos silvestres y lavándulas tomentosas… Caminar desde Torreón al Puerto de las Cumbres por la Sierra del Pinar —en la distancia, El Cerezo. El Puntal, el Pico de Masalpa, el Pico del Águila, el Collado de la Luna hasta Benamahoma—, bajo un sol tamizado, tras haber recorrido en coche el Puerto de las Palomas, y entrevisto Zahara; luego subir y bajar montes, en absoluta soledad, cara a lo absolutamente desconocido, sólo con cierta cautela. Es casi un camino del Calvario impuesto, y a la vez la Escala de Jacob, sin que, en realidad, pueda uno adivinar qué le aguarda al final… A caballo sí. Tú, sin duda, recorrías todo esto a caballo, majestuoso, sin hundir los pies en el barro, confiando en el animal. Tu imagen sufriente se entremezcla ahora en mí con la del errante jinete, que no he visto nunca, y tal vez por ello voy entrando en un desasimiento extraño. En las manos tengo un libro donde está escrito: *Todo objeto amado es el centro de un paraíso*. ¿Se halla en lo más alto, en las cumbres rocosas y desnudas, o en el

propio desnudo interior? Dijiste que era el paraíso; que Grazalema era el paraíso, como años antes lo habías dicho de Ibiza. Así pues, en este paraíso, intento una vez más reconstruir la historia que tantas veces he escrito sin saber por qué, sin lograr darle una solución adecuada, enmascarándola con distintos finales a partir de aquella pelea entre Raúl y tú, que era lo que yo verdaderamente quería fijar, sin duda para vivir en ella, para vivir siendo aquélla y siendo vosotros aquéllos, en aquel punto, acaso el único… Porque ese afán de escribir no es otra cosa, es un afán de ser, pero de ser la idea, el personaje interior que no defrauda la propia aspiración, el proyecto soñado de uno mismo. Y aquella noche, como en el papel, los hechos que se sucedieron… ¿respondían a la realidad?

Veinte años llevo perseguida por tu imagen, el pelo trigueño al aire, el rostro afiebrado, y luego la línea de sangre en la comisura de los labios, todo ello en un marco de árboles desnudos, de ramas blanquecinas y sutiles, soportes del frío y del enigma. Tenía claros en la mente los diálogos previos, cada movimiento, pero tampoco se trataba de reproducir como una cámara lo acontecido. Me di cuenta de ello tras haberlo escrito de este modo, y fue entonces cuando pensé que si hubieras muerto en la pelea, o hubiera muerto Raúl, o bien, involuntariamente, él me hubiera matado… Pero no, en cuanto empezaba a inventar, aquello dejaba de ser una novela, los personajes se volvían marionetas, muñecos vacíos de vida… Y sin embargo, si me atengo a los hechos… Tal vez sea esto lo que me empuja a seguir y lo que al mismo tiempo me paraliza, el sentir que la novela es la realidad y que, por otra parte, lo que yo puedo plasmar de ella no será nunca exactamente lo que sucedió; que, a pesar de mi pudor a la hora de inventar, todo lo que puedo contar es invención: tanto a ti como a Raúl os inventé desde el primer momento, y a mí misma también, y gracias a ello sigo viva, destruyendo la vida —la muerte— que intenta imponerse a mi yo oculto. Tal vez por ello, cuando por tercera o cuarta vez decidí empezar de nuevo a escribir la historia, remontándome entonces a varios años antes de la pelea, a los años de Pamplona, me puse a hacerlo en forma de relatos paralelos, distribuidos en partes, precedidas siempre de una breve introducción simbólica. En la primera, por ejemplo, quería plasmar la imagen de la amada en la mente del protagonista, de modo que ésta aparecía encarnando

sucesivamente los personajes de Beatriz, Savitri y Ofelia. La situaba en el bosquecillo de Tejera, si bien transformado en un paisaje idílico y mediterráneo. Un verso de Eliot —a *través de la desconocida recordada puerta*— abría la descripción de la atmósfera irreal propicia a las apariciones que creaba la luz filtrada por las hojas y los troncos. La muchacha corría descalza entre los árboles, y el chico, que iba a su zaga, la veía fugazmente bajo aquellos semblantes. Pero no lograba asirlos, sólo al final reconocía uno: ella, coronada de flores silvestres, enunciaba sus virtudes: para la memoria, romero; para los pensamientos, trinitarias… Esta carrera acababa justo en el punto del que arrancaban los hipotéticos diálogos que iban a continuación.

Cada parte, pues, constaría de un núcleo y de su desarrollo, que se titularían con el nombre del personaje o personajes que lo protagonizaran. Pero dejemos el núcleo inicial, ese principio que, de hecho, yo imaginaba como las secuencias previas, las cabeceras que aparecen antes de los títulos de crédito en una película, y empecemos directamente con nuestros relatos. Estos relatos, por cierto, no me atrevo a corregirlos demasiado, los he leído tantas veces que es como si las palabras hubieran trazado andeles en mi cerebro y el discurso que contienen no pudiera apartarse de ellas. Léelos deprisa y piensa, Lobo, que el primero en hablar eres tú.

Lobo y Alma, I

L.

Cuando te vi por primera vez estabas de espaldas. Fue en el museo. Te habías parado junto a las escaleras y yo decidí bajarlas para subirlas de nuevo y ver tu cara: eras exactamente como había imaginado. Algo en mi interior me hizo marchar a casa, no recorriendo la Media Luna, como acostumbraba, sino pasando por las calles como cualquier estudiante que sale de clase, si bien aquel día aún no había clases: era el primero de curso. Y era viernes: hasta el lunes no volvería a verte.

Andaba desazonado, con el cerebro dando vueltas, y le dije a Raúl: «He encontrado a la mujer de mi vida». Formuló esta réplica: «Te invito a una copa para celebrarlo». Por la tarde dimos primero una larga caminata, y luego fuimos a tomar unos vinos. Él, como siempre, soltaba su voz atronadora, y sus risas, y daba palmadas en el trasero de las mozas. Resultaba muy distraído y no volví a pensar en ti hasta que por la noche me senté frente al plato de sopa humeante y despacio fui acercando a los labios cucharadas de fideos en un líquido anaranjado y un poco aceitoso. En aquel punto me viniste a la mente y también la seguridad de que te vería de nuevo, y me alegré de no haberte seguido, de haber dejado un plazo, un espacio de tiempo normal hasta entonces. Porque ¿quién no se encontraba en Pamplona, qué estudiante no se tropezaba a diario veinte veces con la cara de aquel otro determinado estudiante que caminaba aburrido avenida de Carlos III arriba y abajo, al mediodía, que atravesaba la plaza del Castillo o corría al cruzar por delante del ayuntamiento, camino del museo, a las nueve menos cinco de la mañana? Precisamente esto era Pamplona, verse, los chicos por un lado de la avenida, las chicas por el otro, reconocerse, saludarse si se había sido presentado y, si no, fijar un momento los ojos en los rostros, ya distraído, ya dando a entender que uno sabía bien a quién miraba; entrar en un bar a tomar una copa y seguir, seguir siempre metido en aquellas dos riadas de chicos por un lado y de chicas por otro.

Acabé el plato de sopa de fideos y después una sardina frita con huevo, partida por la mitad, sin espina, con toda su pelliza de harina espumosa; y fue al día siguiente por la mañana, después de recoger a mi madre en la estación, mientras subíamos por la avenida, cuando te vi por segunda vez. Bajabas enfundada en tu tabardo y con la cartera llena bajo el brazo, e ibas como empujada y retenida a un tiempo, como si un destino trágico, desde un punto invisible, desencadenara sobre ti su fuerza magnética. Mi madre me contaba pequeñas historias de familia, pero uno difícilmente se siente vinculado a ellas cuando está fuera, y sobre todo si está estudiando de patrona en una ciudad pequeña, donde puede conocer cada árbol, cada casa, cada esquina, y resulta todo como un inmenso escenario adecuado, perfectamente adecuado…

Pasaron tres o cuatro días hasta que colgamos el cartel en el museo invitando a los que quisieran formar parte del grupo de teatro y apareciste otra vez con el tabardo y la cartera. Me miraste y me puse enseguida las gafas oscuras para disimular. Y aquella noche, cuando Raúl y yo, que nos habíamos quedado los últimos concretando unas cosas referentes al aula donde haríamos los ensayos, nos dimos cuenta de que aún andabas por allí, y tú hablaste con él, y él nos presentó, y luego corriste escaleras abajo, pensé en las larguísimas escaleras de Betelueta, y sus hileras de cipreses oscuros perdiéndose con el camino, y vi el panorama de colinas al fondo. Y mientras subíamos la cuesta y charlabais, en aquella oscuridad de la calle, apenas disimulada por la lívida luz de los faroles, sentí la necesidad de volver a ponerme las gafas oscuras. Anduvimos los tres juntos hasta el cruce de Carlos III con la avenida General Franco, pero tú seguiste hacia arriba, de modo que vivías por allí, porque dijiste: «Estoy prácticamente en casa».

Un poco más tarde, al apagar la luz, no sólo tenía presente el trayecto de los ojos hasta la inalcanzable línea donde las colinas y el cielo se confunden de cuando me asomaba a la ventana de Betelueta, sino el bramido del mar de las pálidas mañanas invernales en que, provisto de un libro, bajaba desde mi casa a la playa —solía hacerlo a eso de las once con las obras de Shakespeare de mi madre, todas gastadas, y sentarme allí, junto a la arena—, de modo que al estirarme entre las sábanas tuve la misma sensación del viento que llega con el oleaje como un breve azote poniendo

orden y desorden en los pensamientos; aquella sensación que tan a menudo, como una semilla venida al azar, me traía instantes de otros épocas; tal vez tan sólo fugaces ideas, vibraciones internas, o sencillamente momentos biológicos determinados, preñados de la múltiple ansiedad de definición que arrastramos desde la infancia, que nos hacen sentir de pronto perdidos, miserables; nos hacen agachar la cabeza, humillarnos, y, en cambio, a veces, nos exaltan.

Así, al apagar la luz, al cerrar los ojos, tú quedabas envuelta en el olor salobre de la orilla del mar y la inquietante oscuridad de los cipreses que se alejan siempre en una hilera interminable.

A.

Cuando te vi por primera vez pensé: «En esta maldita ciudad puede que haya un inglés con quien hablar». Llevaba un par de días en Pamplona, aunque no necesité más que bajar del tren para calibrar dónde estaba. Me mandaron allí contra mi voluntad y sentía un gran desgarro: era una deportada a la que sólo habían comunicado unas palabras incomprensibles: «adscrita a Elzaburu».

En la estación no me esperaban como estaba previsto. Llovía a mares y un tipo que iba en el mismo vagón que yo, dos asientos más allá del mío, y con el que no había cambiado ni una sola palabra durante el trayecto, me ofreció llevarme en un taxi. Así, en su compañía, y a través de los cristales del coche azotados por la lluvia, vi por primera vez la avenida de Carlos III y llegué a la plaza Conde de Rodezno. Me metí en el ascensor con la maleta y al entrar luego en el piso me cayeron encima los abrazos, exclamaciones y aspavientos, los besos, las risas y las frases amables de las encargadas de la residencia, todo ello ensartado en un hilo donde mi nombre se repetía periódicamente: parecía una grotesca pantomima. Por suerte yo no viviría allí, y empecé a comprender el sentido de la palabra «adscrita».

Ser adscrita, no obstante, comprobé aquella misma noche, consistía también en verse cercada de un entorno de muchachas sin seso capitaneadas por una más gordita que llevaba cuidados jerseys,

faldas plisadas, medias finas y zapatos de tacón, y dirigía cada noche el rosario, añadiendo varios padrenuestros y jaculatorias al final, exactamente como si se tratara del rezo hecho por nuestros tatarabuelos, seguido de su retahila de preces por vivos y difuntos, perseguidos, encarcelados, caminantes y hombres de mar. Sentí su hostilidad desde que cruzamos la primera frase, y sentí también las ventajas de ser adscrita: las aguas no eran tan violentas como en la residencia y sería posible nadar a contracorriente, e incluso hacerse inexpugnable. Así que de inmediato pensé en edificar mi fortaleza. Por ello cuando te vi y me dije que tal vez eras inglés porque vestías de aquel modo y tenías un breve gesto irónico en los labios y los ojos azules… Claro que nada significaba: mi mente se proponía prescindir de lazos a rajatabla para no caer en ninguna trampa y, aunque la aventura no me daba miedo, todo contacto suponía, en cierto modo, una trampa.

La primera mañana, pues, puse los cimientos de mi torre: era oscuro cuando me desperté y me sumí en la lectura para iniciar el día con la mente en la esfera deseada. Luego todo sería fácil, saldría a la calle después del desayuno y mis pasos se dirigirían solos al lugar adecuado. Así, sin perder tiempo, descubrí, a cinco minutos de casa, un panorama de río y montañas que, en aquella estación de colores mates y tonos evanescentes, envolvía. Estaba, sin saberlo, en la Media Luna, entre árboles pardos, pisando un suelo alfombrado de hojas crujientes, rodeada de bancos vacíos a aquella hora de la mañana. Me senté en uno de ellos, abrí mi cuaderno y anoté sensaciones: soledad, incomunicación, vacío, incógnita de Dios: primera negación de aquel ambiente grotesco contra el que me alzaba.

Por ello cuando te vi y me dije que tal vez eras inglés, mi razón, que enarbolaba la voluntad de aislamiento, se apresuró a cubrirme de reproches y luego de consejos. Inútil resultaba cualquier tentativa de encuentro entre seres humanos: sus modos de expresarse, de comunicarse, eran pura arbitrariedad, pura fórmula que sólo conducía a la mentira. Intentar conocerse era siempre jugar, y aun partiendo de cero, por medio de una voluntad de mostrarse desnudo un ser a otro, cuando por un azar surgía la auténtica aventura, nacía el amor, éste pertenecía siempre al dominio del tiempo, al ahora, y para qué quemarse en cosas

pasajeras.

L.

Cuando hablamos por primera vez, cuando sentados los dos solos en la mesa de un bar pedimos una copa y empezamos por mirarnos un poco embarazados, no había pasado ni una semana desde la reunión del grupo de teatro. Raúl y yo, que éramos los organizadores, habíamos querido que el papel fuera para ti, pero no dabas el tipo, resultabas demasiado trágica. Blanca, en cambio, se expresaba con un nerviosismo que le iba mucho a la solterona de *La. petición de mano*. Como tampoco hubo dudas respecto al protagonista, ya nos reuníamos cada tarde a ensayar.

Aquella mañana llovía, y en el pasillo del museo los estudiantes parecían todos la repetición de un mismo tipo grisáceo que se multiplicaba en las puertas de las aulas. Se oía un cuchicheo como el zumbido de un moscardón, que rondando los ventanales de la entrada, donde algunos compañeros charlaban sentados en los sofás, perdía su carácter monótono para oscilar entre las cadencias más roncas y las más agudas. Deshojaban un tema muy jugoso: la inauguración oficial del curso con la presencia del Monseñor. Me acerqué un momento con Iñaki y, a través de los cristales, observé la lluvia caer muy levemente y el suelo de la calle apenas húmedo. Cuando volví la cabeza te vi, como el primer día, junto a la escalera. Estabas apoyada en la barandilla, con la cartera y un paraguas naranja en los brazos, mirando por el hueco, mirando salir a los estudiantes en grupos de tres o cuatro o cinco, y escuchando la palmada de los zapatos contra los peldaños. Al poco rato también Iñaki y yo pasamos por allí, y cuando llegábamos al primer piso y ya nos despedíamos porque él tenía que ver a no sé quién en el mismo museo, resonaron sobre los escalones unas palmadas más veloces y eras tú que bajabas corriendo, me atrapabas y me ofrecías el paraguas. Todo mi esfuerzo se dirigió en aquel momento a no dejar traslucir la inquietud que me invadía mientras tú hablabas de teatro y me contabas que habías querido ser actriz y luego…

Yo apenas te escuchaba, pero noté una sacudida: «Vamos a tomar una copa —decías—, aún tenemos una hora antes de comer».

Y me acompañaste a casa porque yo no llevaba dinero encima para no gastar. Me esperaste un momento en el portal mientras subía, cogía la cartera y volvía a bajar para sentirme atrapado otra vez en la atmósfera que se creaba debajo de tu paraguas y que alejaba el monótono y frío color del asfalto, de las casas, del cielo cubierto y de la lluvia, donde instintivamente pretendía huir.

Pediste una ginebra y me ofreciste un pitillo, y de pronto sentí que en aquel rincón de un café completamente vacío, donde la presencia muda de las mesas pulidas y las sillas en perfecto orden alternando con la verticalidad de las columnas maestras eran como puntos de apoyo, ejes que creaban una proporción ambiental impecable, se estaba produciendo un momento de extraña perfección. A pesar de ello estaba desconcertado porque unos días antes, una mañana, habías salido con Raúl. Ahora, sin embargo, detrás del humo, con tu destino trágico en el fondo de los ojos y aquel abandono de formas, me abrías paso. Y yo intuía hasta tal punto que teníamos una posibilidad en común…

La tarde en que habíamos salido los cuatro, con Raúl y aquella amiga tuya, me había propuesto no volver a pensar en ti, es decir no pensar en ti como algo concreto, porque al concretar te veía forzosamente bebiendo vino en la tasca, hablando con él, entrando en su juego, aplaudiendo sus ocurrencias, como sin duda habías hecho aquella mañana, según él me contara. No, no debía pensar en ti, aunque en medio de la algarabía, de vez en cuando escapabas y con las pupilas fijas me llevabas al oscuro mundo de los cipreses o del viento de la orilla del mar.

Ahora era así sin tregua y yo te observaba procurando que mi rostro quedara en la penumbra porque sabía que, muy a pesar mío, las cejas me podían temblar. Era algo que no controlaba, aunque todo mi esfuerzo iba precisamente dirigido a ser dueño de los músculos de la cara, ¿qué era si no ser actor?: dominar el propio rostro, la propia emoción, y hacerlo desde dentro, de modo que la impresión conseguida fuera plenamente real, por ello insistía siempre, cuando daba instrucciones a la gente, en que no se ensayara frente al espejo… Pero ante todo, ser actor para mí era la única manera de estar vivo y relacionarse con los otros, protegiendo aquel órgano frágil y delicado, el yo, susceptible de sucumbir al menor embate externo. Resultaba, pues, natural que mientras

hablabas intentara permanecer impasible dentro de mi cáscara, y te escuchara apretando los labios o bebiendo sorbo a sorbo la ginebra.

A.

Mientras miraba por el hueco de la escalera estaba pendiente de tus movimientos. Mi razón esbozaba excusas, pequeñas salidas, para acallar la voluntad de aislamiento, pues mi primera posición de lucha era cortar todo nexo para hacerse inmune a influencias, visiones ajenas y emociones. Empezaba a decirme que aquello era darle al entorno demasiada importancia y que podía mantenerlo a raya sin renunciar a la aventura, siempre que fuera exigente conmigo misma y expusiera de entrada las premisas, de modo que nadie pudiera llevarse a engaño. Si uno sabía que todo termina, que todo amor termina, debía dejar esto bien sentado desde el primer momento. Pero ¿tenía sentido iniciar cualquier cosa con semejante conciencia de final?

Fueron mis pies los que tomaron la iniciativa y, abandonando la vacilación en lo alto de la escalera, corrieron hacia abajo deseando atrapar algo entre la nebulosa. Y entonces, como otras veces me sucediera, me encontré de pronto, al intentar abrirme paso en lo desconocido, al caminar a tu lado y hablarte, haciendo justa y precisamente lo contrario de lo que sólo minutos antes me había propuesto. Y además, a medida que avanzábamos y la lluvia proseguía su ritmo acompañando con su xilófono de agua nuestros pasos, iba naciendo en mí la certeza de vivir un auténtico comienzo, la etapa más hermosa de un proceso.

Pero por qué no me habíais elegido a mí para el papel, me preguntaba mientras hablábamos bajo los porches de la plaza del Castillo, y luego avenida de Carlos III arriba. Día a día con quien os reuníais a ensayar era con Blanca, aquella criatura pizpireta que vivía en la residencia y adoptaba ya los mismos aires, los mismos gestos y formas de expresión de todas las mujeres de allí. Cada tarde a las siete se levantaba de la mesa, recogía sus libros y se largaba con vosotros mientras yo me quedaba en la biblioteca delante de un texto sobre teatro japonés. Claro que a los cinco minutos ya estaba otra vez metida en aquel mundo de dulces y

enigmáticas mujeres que seducían a samuráis y de pronto, al cruzar el bosque, se transformaban en demonios, les sorbían la sangre y los aniquilaban ferozmente, o aquellas dramáticas historias de amor del Bunraku que inevitablemente desembocaban en el doble suicidio.

No me atrevía a mirarte demasiado mientras subíamos por Carlos III, sólo de vez en cuando lo hacía un poco de reojo, y te veía distante, si bien tenía la conciencia de que aquel modo tuyo de estar era pura pose, una actitud estudiada, creada desde fuera, lo contrario de lo que exigías a los demás.

Y fue aquel mismo día cuando se puso en marcha en mi mente el mecanismo que me empujó a desvelar tu secreto y el deseo de no renunciar a nada por protegerme de un entorno frente al que ya me sentía inmune, ni por un futuro en el que no podía creer; el deseo de hundirme contigo en un presente que se precipitaría de modo irremediable en el abismo, porque todo en él sería fantasía, incluso la conciencia y la desesperación de la misma fantasía. Sentados en el silencio del café te observaba por fin abiertamente mientras te replegabas en ti mismo y, aunque no sé bien cómo, te hablé de la finitud y del momento del encuentro. Tú callabas, escondías cierta turbación, pero aun así, y precisamente así, me dabas la pauta. No querías ni te atrevías a encarnar la frase del héroe enamorado: *¿Por ventura amó hasta ahora mi corazón*?, pero bastaba mi conjuro para que todo se produjera en la atmósfera aparentemente muda, y la timidez enfundada en audacia, el temor en osadía, la violencia en dulzura condensarían en un gesto, una emoción contenida, otros versos del poeta: *Si con mi ruda mano profano este santo relicario…, mis labios, como dos ruborosos peregrinos…*

Tenías unas manos casi femeninas, me fijé en ello enseguida. No, no es exacto, era por el color, eran rosáceas. Brazos un poco cortos; mejor dicho, todo tu cuerpo resultaba algo corto en proporción a tu cabeza, una cabeza en la que uno podía echarse a volar entre los trigos del pelo.

Pero era ya el momento de marcharse.

L.

Me dije otra vez que no me dejaría arrastrar por ti y al mismo

tiempo pensaba que el propósito era absurdo: me habías acompañado con el paraguas porque llovía, tomamos una copa, hablamos, llegamos tarde a comer, eso era todo. Cierto que yo no entré en casa temblando de emoción sino agitado y dispuesto a quemar la tarde, aunque a medida que fui tragando los cuatro bocados que mi estómago admitía fui pensando en dejarla como una tarde más, en ir a leer al museo y asistir al ensayo como todos los días, para volver después con Raúl a cenar y salir luego si se terciaba, de modo que tras la siesta bajé a la biblioteca y me puse de espaldas a la puerta para no estar pendiente de tu aparición. Iñaki se sentó enfrente de mí y su presencia me impedía distraerme, así que me concentré en aquellas farsas francesas de la Edad Media, si bien te vi pasar y situarte en la primera mesa, junto a la ventana.

Transcurrieron varios días sin que volviéramos a hablar. Sabía que habías visto a Raúl porque él me lo había contado. Y finalmente llegó la tarde en que fuimos de excursión los tres con la bota al hombro, y nos llevaste a Ainsoain, aquel pueblo de la montaña, las cuatro casas que se veían a lo lejos desde la Media Luna. Tú lo conocías —contaste—, porque te habías encontrado allí por azar un domingo que saliste a dar un largo paseo matutino por el monte.

Mientras caminábamos por la carretera de Villaba en dirección al manicomio, yo te escuchaba charlar con Raúl y vuestra complicidad me hacía daño, por ello me adelanté canturreando por lo bajo, para no veros, y de pronto me detuve y dije que no iba, que no quería hacer de rémora, y tú saltaste, como movida por un resorte, diciendo que si yo no iba, tampoco ibais vosotros. Sentía que me arrastrabas a ver lo bien que os entendíais Raúl y tú, mientras a mí se me cortaban las palabras en la garganta; no podía hacer otra cosa que caminar embebiéndome de la luz de la tarde, el pálido sol que aún me mecería por una hora o dos.

Anduve en silencio mientras el camino era llano y pensaba en la representación que ya planeábamos. No bastaba con *La. petición de mano*, había que buscar una obrita corta para empezar, y después, entre una y otra, yo recitaría un monólogo, una de aquellas farsas francesas, tal vez.

Llegamos al pie de la montaña y nos detuvimos a beber un trago y a comprar pan, chorizo y cacahuetes, y Raúl me sacó del mutismo. Mientras hablábamos, tú nos mirabas, fijando los ojos

alternativamente en cada uno de nosotros, a la vez que comías. Luego bebías y me pasabas la bota y yo me echaba un trago larguísimo al gaznate y me decía que en aquella contienda que se esbozaba Raúl tenía todas las de ganar porque sabía expresarse y a mí, en cambio, se me desvanecían hasta los pensamientos y todo quedaba en pulsiones que rompían a la orilla de los párpados, agitándolos.

Y al subir cuesta arriba por el monte, los tres nos callamos entregados a la tierra que pisábamos y a la hora que iba aplastando los colores. Un reverbero malva se posaba en los pedruscos y un frescor ascendía desde la hierba hasta erizar suavemente el vello de las mejillas. Llegamos a Ainzoain cuando oscurecía, dimos una vuelta entre las silenciosas casas, nos sentamos luego en las escaleras de la iglesia y pudimos contemplar a la inversa el paisaje que se veía desde la Media Luna. Por el color del cielo barrunté la tormenta. Contaste entonces tu andadura hasta allí de la primera vez, lo largo que había sido, ya que recorriste la montaña a partir del sendero que queda a la derecha del manicomio y siguiendo siempre por la cresta, de modo que tuviste que descender entre rocas y matojos e inventar tú sola el camino hasta el pueblo, ¡y qué maravilla encontrar a una mujer vestida con largas sayas, persiguiendo a un cerdo, y los rebaños de ovejas y los niños solitarios en medio del monte! Y fue entonces cuando no pude resistirlo más y dije: me quedo aquí. Formulé las palabras sin que hubieran pasado en absoluto por mi mente, así: era un reto, una fuga en la inmovilidad; era un decir yo tengo una existencia propia, independiente de la vuestra: un poder, una fuerza mayor que la de él.

«No digas tonterías», espetó Raúl. Y tú, con toda calma: «Si te quedas, nos quedamos los tres». Y entonces estalló un trueno y gruesas gotas golpearon la piedra de las escaleras y tuvimos que refugiarnos en el portal de la iglesia.

A.

Yo pensaba que se iniciaba la historia de siempre: una persecución inútil, una tentativa de comunicación abortada, una

prueba más de lo imposible que resulta salir del propio límite y llegar al otro —nunca Aquiles alcanzaría a la tortuga. Sin embargo, siempre que podía pasaba cerca de ti, te saludaba, procuraba que vieras cuándo me iba, pero tú no hacías el mínimo gesto. Por este motivo me gustaba encontrarme por azar con Raúl.

Aquella mañana que yo estaba en Miami y él se sentó a mi mesa, nos dio por hablar de nombres. Fue entonces cuando le conté el descubrimiento de Ainzoain y cuando se decidió la excursión de la tarde del sábado. Para mí, desde un principio, lo importante era que iríamos los tres. No me paraba ya a hacerme reproches porque me sentía muy fuerte. Mis lecturas de antes del amanecer y mi cuaderno de notas me defendían: no necesitaba ni siquiera definir la evidencia de lo que me rodeaba, sólo consignaba pequeños movimientos mentales, observaciones de este tipo: «Con indiferencia deshilas los días… Sólo de modo automático llegas a diferenciar los rostros que te rodean y aprendes a darles un nombre. Y de pronto, el brillo de unos ojos, la forma de unos labios, el gesto peculiar de alguien al moverse, se dibujan en tu mente con mayor concreción. Empiezas a imaginar la vida que se oculta tras el límite físico, buscas semejanzas, mezclas recuerdos y se va generando un concepto, según las sensaciones que has agrupado y clasificado durante años. Das a todo ello una carga afectiva que generalmente nada tiene que ver con los hechos reales sino con mutaciones que se producen en el cerebro, y cuando llegas al contacto con aquella persona juegas con un doble plano de percepción».

Mis actos, sin embargo, no respondían siempre a estas reflexiones, y por ello cuando carretera de Villaba abajo íbamos camino del manicomio y te echaste atrás la boina y dijiste que así parecías un cura francés y luego te adelantaste cantando por lo bajo y yo hablaba con Raúl, no pensaba otra cosa sino que gracias a él tú estabas allí, aunque distante y sin que aparentemente hubiera posibilidad de abordarte. Por este motivo hablaba continuamente con él, para rehuir el muro de incomunicación que levantabas. Claro que cuando dijiste que te ibas no pude evitar una protesta, y cuando, ya en el pueblo, dijiste que te quedabas… El trueno aquel se tragó las palabras de Raúl.

Recuerdo que antes de que estallara la tormenta tú y él discutisteis, os enzarzasteis en una lucha verbal tensa y dura, y yo

os contemplaba fascinada. Tu voz modulaba argumentos, la suya amenazaba. Fue a causa de esa discusión por lo que dijiste: «Podéis marcharos los dos, yo me quedo». Entonces pensé que si algo sucedía y Raúl se iba y tú y yo nos quedábamos allí… Él debió de adivinar mi pensamiento y exclamó: «¡Estás loca!».

L.

Le dije que no consentía que me insultase y que estaba dispuesto a pegarle… Recuerdo eso y su mano llenando de nuevo los vasos y alzando el suyo en plan conciliador. «Te meteré cuatro hostias», saltaba yo, pero me bebía el vino de un trago, y luego me quedaba con los ojos fijos en la botella recordando tus palabras de cuando nos sentamos en la escalera. Tu voz iba y venía por mi cabeza. «Cuatro hostias, ¿me oyes?, te voy a meter», le repetía, porque yo te había visto primero. Eso es lo que logro recordar. Cómo decidió llamarte por teléfono y cómo pude yo, estando como estaba… Fue él quien me obligó a ponerme. Montamos un número por todo lo alto declarándonos a la vez de aquel modo, y tú, al otro lado del hilo, muerta de risa, diciendo: «Estáis trompas, estáis completamente trompas». Yo me disparaba y él me quitaba el aparato. Y luego, eso sí que lo tengo claro, fuiste tú quien me llamó. Aún veo el gesto iracundo de su brazo al pasarme el auricular.

Al día siguiente no puedes imaginar en qué estado me hallaba: una mano de hierro me oprimía las sienes, y las piernas y los brazos me flotaban. Nada tenía sentido y menos que nada manifestar un amor. Por ello te dije que lo olvidaras cuando frente a ti, en la mesa del café, resistía tus ojos implacables. Pero tú intuiste que había que romper la inmovilidad, propusiste un paseo por la Media Luna y fuimos despacito, pisando las hojas de los castaños, con las manos en los bolsillos y muy arrimados a la barandilla para ver las aguas del Arga que corrían apacibles entre chopos.

«Así que era mentira lo que dijiste ayer», soltaste al fin apoyándote en los balaustres. No, no era mentira, pero yo no podía responder de mí mismo. La atmósfera parecía cubierta por un velo que rasgaban los colores vivos de los abrigos infantiles. Nos sentamos en un banco y tú hablabas de reconocer los momentos, de

resignarse a no ser cuando acaba el amor, diciendo a la vez que me querías. No sé qué impulso me movió a enseñarte la foto de mi madre que llevaba siempre en la cartera.

A.

Tuve el presentimiento de que erais vosotros, y no me sorprendió oír su voz. Raúl hablaba y a la vez discutía contigo; y de pronto te pusiste tú, pero en realidad, asegurabas, no querías decirme nada, y él te quitó el auricular: no te atrevías, eso era todo; y yo, sí, es cierto, me reía porque estabais borrachos, así que cuando me lo dijiste y él te volvió a arrebatar el aparato y enunció: «Está llorando», y colgó, me quedé sin saber cómo reaccionar. Pero quería oírte de nuevo y al cabo de un rato te llamé, y al día siguiente te esperé en el Iruña. Empezaba a dudar, cuando apareciste, y por primera vez vi la piel de tu rostro como recubierta de un fino punteado. No hablabas, yo escrutaba en silencio tus ojos entre la calma y la inquietud, y al decirme tú al fin que olvidara lo de la noche anterior un instinto me hizo poner en pie, y salimos a la calle.

El paseo por la Media Luna… Me preguntaba por qué la mujer no puede tomar la iniciativa. Claro que todo era inútil, y un sentimiento como aquel que se apoderaba de mí, puro producto de la fantasía… ¿Por qué tú y no Raúl? Porque tu imagen despedía una absoluta desolación. Provocabas. Pero precisamente lo que se concretaba en mí era algo tan irreal que, unido a la conciencia de la fugacidad de todas las cosas…

Me apoyé en la barandilla de espaldas al río porque quería verte, pero tú lo hiciste cara a la corriente, así que me di la vuelta. Entonces me miraste y el mecanismo de tus cejas se desató y estabas ligeramente sofocado. Tu rostro y tu pelo contrastaban con la leve neblina que poco a poco ascendía para instalarse en la atmósfera. Y cuando nos sentamos en el banco y apoyaste la frente en el dorso de tu mano y tu onda de pelo osciló ligeramente, yo, que quería ser muy honesta desde el principio, te dije que te amaba de la única manera que era capaz de hacerlo en aquel momento: enunciando la fugacidad, la casi imposibilidad del mismo sentimiento, ya que

sabemos que todo tiene un fin y lo que afirmamos al amar es justamente un concepto sin límites… Tú te pusiste entonces a hablar de tu familia y sacaste la foto de tu madre. La miré un momento, después eché la cabeza hacia atrás y levanté los ojos a lo alto: la neblina se arrastraba ahora a ras de tierra, y el cielo, en cambio, estaba azul y era hermoso entre el tejido de las ramas. «¡Mira!», te dije. Y tu cabeza se irguió rozando la mía.

L.

Raúl se empeñó en dar un largo paseo antes del ensayo. Salimos por la puerta de Francia. El sol era débil y los dos íbamos a cuerpo, así que nos inauguramos con unas copas de coñac en el bar de la gasolinera. Al continuar carretera adelante ya cantábamos jotas navarras y corríamos dándonos palmadas en las caderas, con lo que asustamos a más de una moza, antes de adentrarnos en el bosquecillo donde nos sorprendió la hora de regresar. Él, desde luego, no tenía la menor intención de ir al ensayo, y nos enzarzamos en una discusión, hasta que por fin nos pusimos en marcha hacia el museo. Cuando llegamos, apretó a correr escaleras arriba y yo empecé sin esperarle. Al poco entrasteis los dos y os sentasteis en el último banco. No fue tu presencia lo que me exasperó, sino que se vengara de mí por no haberle dejado seguir trotando entre los álamos. Me enfadé con Fernando sin motivo, a Blanca le hice repetir tres veces el parlamento, y a los dos minutos me marché y me metí en el primer piso, donde Celestino tocaba el piano. Me quedé allí de pie, apoyado levemente en el instrumento y de pronto me di cuenta de tu presencia a mi lado. Salimos a la calle, donde nos esperaba Raúl. Aquella noche sí que le di las cuatro hostias.

A.

Al día siguiente estabas taciturno, sentado sobre el respaldo del sofá, inmóvil, mientras los demás charlaban. Tenías una herida en la mejilla que se prolongaba casi rozando la comisura de los labios.

Tu cabeza quedaba en la penumbra y parte de tu pecho, pero no así tus piernas, que descendían, firmes. No podría concretar cuánto rato pasé mirándote. Estabas pálido y al no llevar puestas las gafas se veía más definido el azul de tus ojos, y aquella profunda raja en tu mejilla… Yo estaba sentada en el sofá de enfrente y te miraba sin ningún disimulo, pero sin conciencia de mí misma, llevada por mis movimientos mentales que definían tu imagen para siempre. Tal vez aquella herida explicitaba, concretaba de modo patente mi sentimiento hacia ti, porque tú serías ya para siempre el lacerado, el inmóvil que es, hermosamente en la penumbra, envuelto en una atmósfera difusa, guardando para ti la calidez carnal oculta por la herida, una cicatriz que distribuía tu rostro, una señal indicativa, la marca, el signo, nuestro signo de seres arrojados a la existencia, a la finitud, al dolor…

Y esto era precisamente lo que te diferenciaba de Raúl, que todo tu cuerpo y tu rostro expresaban aquella herida.

L.

Gracias a unas gestiones de Raúl quedó claro que representaríamos la obra en Caparroso, y a los pocos días nos metíamos en un coche dispuestos a hacer una prospección. Te habíamos nombrado encargada de la ropa y viniste con nosotros.

Aquel día eras tú quien estaba taciturna. Durante el trayecto de regreso mirabas por la ventanilla del coche sin decir palabra, sin hacer caso de Raúl, que proyectaba en voz alta: se iría por la mañana para montarlo todo, los decorados se conseguirían allí mismo, contando con el cura, los trajes se alquilarían en San Sebastián… No se decidió entonces quién se desplazaría para ello; fue al día siguiente cuando dije que seríamos tú y yo, y nadie hizo ninguna objeción, e inmediatamente te llamé para comunicártelo. Iríamos solos los dos: un trayecto de autobús, un paseo bajo los tamarindos viendo La Concha, y luego por el muelle: las barcazas y la brisa, y perderse por las callejuelas, meterse en una tasca… Sería, en cierto modo, como llevarte al ámbito de mi adolescencia, al mar.

A.

No sé por qué la primera tarde de Caparroso se asocia en mi mente con un paisaje de pastos húmedos, de hierba recién lavada por la lluvia, de altos chopos todavía con hojas, y un arco iris apoyándose en el verde. Eso es lo que miraba por la ventanilla del coche, el verde de la hierba que parecía primaveral y la atmósfera nítida. Por otra parte necesitaba fijar la atención en el exterior, ya que tu presencia me causaba ahogo. No era tan fácil permanecer en equilibrio encerrado en un espacio reducido y con la certeza de no poderse mover en determinado tiempo, sobre todo porque el movimiento uniforme lo alejaba a uno de la realidad, arrastrándolo al resbaladizo terreno del ensueño. Todo aquello, cierto, era un juego, tanto la representación como el viaje a Caparroso para ver el lugar; todo era irreal, y estar en aquel coche como si tal cosa… Raúl lo hacía fácilmente, pero nosotros dos no. Yo, por ejemplo, si dejaba por un momento de contemplar los campos, si dejaba de asombrarme ante la frescura de los pastos, a pesar de la proximidad del invierno que sólo se adivinaba en breves zonas de sombra donde la hierba conservaba aún la escarcha matutina, caía irremisiblemente en un pensamiento obsesivo: algo había cambiado en ti, notaba como una negación en tu rostro. Y mientras mis ojos se fijaban en el azul del cielo y en los troncos, te veía sentado en el respaldo del sofá de la antesala del museo, inmóvil, con los ojos entornados, la tez pálida y tu cuerpo como una presencia irrevocable, metido en el gris que unificaba la atmósfera y tu atuendo. Ahora, sin embargo, la proximidad te alejaba.

L.

No sé cómo tuve valor para decirle a Raúl que iríamos a San Sebastián tú y yo. Supongo que lo atrapé desprevenido y por ello no se opuso. Lo de alquilar el vestuario se resolvería en dos patadas, de modo que tendríamos prácticamente las seis horas que iban desde el arribo hasta la partida de la Roncalesa para nosotros.

Llegué muy justo a la estación de autobuses y tú me esperabas con los billetes en la mano. Mi cabeza estaba aún en la red de la

somnolencia y apenas lograba mantener despegados los párpados porque la noche anterior me había quedado leyendo hasta muy tarde. Era oscuro cuando el coche se puso en marcha, pero pronto se alzó el día. Nos sumimos en el magnífico paisaje que se extiende desde Pamplona a San Sebastián, los verdes retazos de praderas salpicadas de caseríos, el curso del Oria, las dos grandes moles rocosas, los valles… Más de una vez había recorrido aquel camino con Raúl para ir a comer a determinado sitio, dar un paseo por la playa, o visitar a alguna amiga. A veces lo dejaba y me perdía por las callejas o contemplaba la subida de la marea obsesivamente. Siempre me había fascinado el fenómeno que de forma tan clara se observa en La Concha; habría podido pasar días enteros viendo cómo avanzaba el mar sobre la playa, con aquella serenidad impertérrita, y cómo retrocedía, las olas, la arena, los mutantes colores ocasionados por el cambio de luz: un ritual de la naturaleza. El mar, el mismo mar de Neguri, pero qué diferente. Más de una vez Raúl me dejó en un sitio y allí me encontró al cabo de las horas sin que me hubiera movido un ápice, sin abrir para nada el libro que llevaba en el bolsillo. Otras caminaba por el borde hasta llegar a aquel punto extremo donde los acantilados indican el límite y el mar parece lanzarse en pos de lo ignoto. Allí se agita tanto como se recoge en La Concha, y salta y arroja arcos y racimos de espuma. Más allá hay otros mares, las costas de Inglaterra, Elsinor… Pero era en Neguri donde yo me sentaba cara a las olas por las mañanas a leer.

Fuimos sin demora a alquilar los trajes y empezamos a probarnos el vestuario, y cuando te recogiste el pelo y te colocaste el tocado, me acerqué para ayudarte, pero me quedé inmóvil. Estábamos frente al espejo y yo veía a la vez tu rostro y tu nuca.

Al salir dimos un paseo por el malecón y las calles viejas hasta que encontramos la tasca donde nos metimos a comer. El hecho de sentarme frente a ti en una mesa me impresionaba y se apoderaban de mí aquellas terribles reacciones físicas. Ya mientras caminábamos, la sensación de ingravidez me había dominado, veía las cosas como en un reverbero y avanzaba mecánicamente por miedo a una súbita lentitud invencible. Estaba allí, contigo, lejos de Pamplona, lejos de Raúl, algo que tal vez no volvería a suceder, y no podía siquiera cogerte del brazo. Tú mirabas las barcas, el agua.

Hacía viento.

A.

Me habías llamado por primera vez y además me habías dicho que iríamos a alquilar los trajes nosotros. Eran dos cosas importantes. Pasaríamos un día entero juntos: una fuga de lo cotidiano. Toda mi inquietud se desvanecía.

Aquella noche, al acostarme, apagué pronto la luz y con los ojos cerrados recreaba tu imagen e intentaba adivinar cómo transcurriría el proyectado viaje. Los gestos eran limitados en el espacio y el tiempo, e incluso en el caso de que sucediera lo más inocente, sabríamos que al punto dejaría de ser y el mismo vacío e incertidumbre nos invadiría. Por ello, desde nuestro encuentro en la estación de autobuses…

Nos mantuvimos en una superficie neutra durante toda la mañana hasta que disfrazados nos miramos al espejo. Te acercaste a mí por la espalda. Hubo un leve gesto de tu mano derecha, pero quedó en el aire. Te sonreí y moviste ligeramente los párpados. Cuando salimos a la calle me invadía la desolación. Caminábamos muy cerca el uno del otro y, sin embargo, yo sólo era capaz de percibir la distancia. Nubes grises tapaban el cielo y era un telón de fondo opaco sobre el que resaltaba la materialidad de las barcas. Y, además, aquel viento frente al que no había posibilidad de resguardarse. Con las manos en los bolsillos y cubierta la cabeza con un pañuelo, sentía aún la necesidad de envolverme más para evadir el momento, Pero no era eso lo que quería en realidad.

Frente a ti y con un vaso de vino delante, ya en el ámbito cálido de la tasca, volvía a mi ser, sin embargo, no lográbamos romper el silencio. Nos mirábamos, emitíamos unas palabras y éstas se perdían de inmediato. Cualquier comentario se ahogaba en sí mismo; y cuando nos trajeron la sopa de pescado y dijiste que no podías tomar ni una cucharada, y luego te pasó lo mismo con el segundo plato, no comprendí qué te sucedía. Me mirabas comer en silencio… Sin embargo te sentías bien, lo veía en tu color, aunque las cejas te traicionaron. Supe entonces que lo que te impedía comer era mi presencia.

En el autobús, ya de regreso, intenté de nuevo hablar contigo, pero sólo podía contarte mi desasosiego. Estaba sentada a tu derecha y veía destacarse nítida en tu piel la cicatriz que te cruzaba la mejilla.

L.

Hacía sol y prácticamente el pueblo entero se lanzó a la calle. El festejo empezó con una misa y la feria que estaba instalada en la plaza. Gran número de estudiantes fue a pasar el día a Caparroso y vagó entre los puestos toda la mañana. Nosotros, en cambio, teníamos trabajo. No nos dimos cuenta y era ya la hora de actuar.

Una vez empezada la representación todo se desarrollaría a una velocidad vertiginosa. Andaba debajo de las tablas repasando el monólogo, cuando se oyeron aplausos: me tocaba salir. Había bebido bastante y no sé qué gesto hice que no logré ni avanzar hasta el centro del escenario sin despertar la risa. No podría decir cómo saqué fuerzas para iniciar el parlamento. El público, sin embargo, estaba ya desatado y se puso a gritar que me fuera.

La función acabó pasada la medianoche.

A.

Aquel viaje de regreso… Subí al autobús y Raúl me hizo señas desde la última fila, pero al pasar vi tu gabardina en el asiento contiguo al tuyo, te pregunté si guardabas el sitio para alguien, dijiste que no, coloqué la gabardina en la rejilla y me senté a tu lado.

Pronto cesaron los murmullos y se oía sólo el ruido del coche en movimiento, que mecía el sueño de sus ocupantes. En el interior, la oscuridad era casi total; afuera iban pasando los troncos de los árboles, los charcos negros que relucían con el alumbrado. Era el mismo paisaje de pastos, fuente y álamos que contemplara la otra vez por la ventanilla y mentalmente lo iba reconstruyendo, pero una estela de sombra borraba de continuo aquellas secuencias cerebrales y me empujaba hacia una visión real: tu cabeza

levemente apoyada en el respaldo y tu mano en el brazo del asiento. Sin darme cuenta puse la mía sobre ella y sentí que ésta se volvía y la enlazaba.

L.

Siempre me ha sido más fácil lanzarme a la calle en busca de alguien, dejar que el azar más o menos encauzado me ofrezca el encuentro, que concertar una cita, y nunca puse en práctica ese instinto como entonces. Me apostaba durante horas delante de tu casa, tu puerta de la avenida de Carlos III y las dos ventanas con sus escuálidos geranios por las que raramente te asomabas. Solía sentarme en la grada del portal opuesto o quedarme en pie, medio oculto por la columna de la zapatería de la esquina. Me decía: ahora bajará, irá a tomar café. A veces salías con tus compañeras, y os encaminabais hacia el Iruña, otras lo hacías sola y enfilabas calle arriba sin darte cuenta de que yo iba detrás. Nos dirigíamos a la Media Luna, la recorríamos de punta a punta, llegábamos a la plaza de toros y subíamos hasta la catedral. Aquellas casas antiguas abandonadas que amenazaban ruina por el camino de ronda, la parte interior de las murallas y la gran explanada de San Cristóbal eran lugares mágicos, como lo era el Redín con sus miradores.

Y llegó la nieve y la necesidad de meterse en los cines para no pasar frío, y las reflexiones sobre el amor y la muerte en los cafés; tanteos, un presente inasible, según tú, un estar juntos como en el vacío.

A.

Subíamos en grupo. Nos habíamos detenido delante de mi puerta y la charla se había generalizado. Quedamos en vernos al día siguiente en el cine-club. Cuando nos despedimos deslicé en tu mano el pequeño corazón que yo llevaba siempre. Al otro día me esperabas con el corazoncito colgando sobre la gabardina: una figura estática en beige y oro, en cierto modo retadora, orgullosa, elegante. Sin embargo me parecías un extraño. Esa imagen

representaba la otra cara de la moneda en que se acuñara la herida que habías ostentado en la mejilla.

L.

La tarde del cine-club fue la última del primer trimestre. Al día siguiente, vacaciones. Y de nuevo Neguri…, la playa en invierno, solitaria, desolada. Alguna mañana de sol bajaba la escalinata y me iba a pasear. Bordeaba la arena dando la espalda al monte Serantes, siguiendo con cierta calma la línea semicircular que describe la orilla, y no me detenía hasta llegar, dejando atrás la zona de casas, a la playa pequeña sembraba de rocas. Desde el punto extremo contemplaba Las Arenas. Luego emprendía el regreso. Otras veces me quedaba esperando tus cartas. Había días en que me impacientaba y me situaba cerca de la puerta por si llegaba el cartero antes de hora; me vestía simbólicamente, eran ejercicios de amor. Mis hermanos me lanzaban miradas irónicas. Los días señalados venía mi abuela: un trajín de comidas y cenas; y la música a todo volumen que mi padre escuchaba en el salón y resonaba por la casa entera… En aquellas ocasiones me evadía, me encerraba con mis libros y mis dibujos.

A.

También yo lo hacía y moldeaba figuras de barro, pero no por evasión del momento concreto, aunque en realidad se trataba de un regreso a la vida anterior, a la infancia. Mantener la atención fija en una cosa determinada y simple es un lujo que sólo a un niño le está permitido. Por supuesto, había la correspondencia; tu letra bien dibujada sobre el papel, sin apenas mayúsculas, las líneas rectas, tu firma sencilla. «He esperado tu carta, en pie, vestido de rojo…». «Escucho con tu mano de aire en las mías el Concierto para piano n.º 20 de Mozart…».

Fue a nuestro regreso cuando me diste el anillo de tu abuela y la foto de tu madre que también yo llevé encima durante mucho tiempo.

L.

Os esperaba en la estación. Llegabais en el mismo tren, Raúl y tú, y este solo hecho me inquietaba. Él se dirigió a casa; tú dejaste la maleta y, a pesar del frío, te viniste a dar un paseo por la carretera de Mutilva. Recuerdo mi indignación y también la tuya, de aquella tarde. Sin contar conmigo habíais decidido que luego saldríamos los tres. Volvía vuestra complicidad y yo, irremediablemente, caía en el mutismo.

A.

Ni siquiera me estrechaste la mano. Anduvimos carretera adelante envueltos en la atmósfera blanquecina que lentamente se iba matizando de grises hasta quedar devorada por el negro. La capa de suelo que pisábamos estaba helada y la tierra era una masa compacta que a la vez parecía quebradiza, como un terrón de azúcar. Los árboles inmóviles ostentaban sus ramas erectas y desnudas y su corteza opaca. Nosotros, con las manos en los bolsillos, anudados cada uno a sí mismo, dábamos paso a la amenaza del desasosiego. Después, tras la euforia de él y su monólogo, pues apenas apuntamos una palabra, presa de malestar, empecé a delimitar coordenadas a nuestra conducta. Fue, sin embargo, al día siguiente, acaso como en un intento de reparar tu aridez, o simplemente porque olfateabas la disgregación, cuando, de un modo inesperado, mientras dábamos una vuelta por la plaza de Conde de Rodezno, sacaste de la cartera la foto de tu madre y la pusiste entre las páginas del libro que yo llevaba en la mano y, acto seguido, te quitaste el anillo y me lo colocaste en el meñique. Pero no, lo más probable es que hubieras decidido hacerlo durante las vacaciones y que actuaras movido por ese impulso anterior que momentáneamente habías reprimido a causa del obstáculo grave del reencuentro. Las formas expresivas externas también cuentan, y la efusión de Raúl rebasaba un mero indicio de modo de ser para trocarse en lazo comunicativo. Los lazos de afecto que tú tendías, en cambio, eran retráctiles y en una atmósfera inesperada, que barruntabas hostil, se escondían hasta desaparecer. Te paralizabas.

Por ello no me estrechaste la mano. Yo exigía de ti que con tu voz manifestaras aquel amor que le daba vida en mi ausencia mientras se oía el piano de Mozart, y todo lo que eras capaz de hacer era confiar a las páginas de mi libro la imagen de juventud de tu madre y depositar en mí el topacio engastado en oro de tu abuela, sin que mediara palabra.

L.

¿Podías, acaso, pretender una expresión verbal de los sentimientos, tú, que enunciabas con el nacimiento la muerte del amor, tú, que decías «te quiero y a la vez sé que dejaré de quererte», tú, que aun asegurando que no le soportabas, escapabas a tomar vinos con él en cuanto se presentaba la ocasión? Y con todo, recuerdo muy bien —por la sorpresa que mi voz me causó— que te dije poco tiempo después: «Aunque tú me dejes, yo no te dejaré». Sin embargo, a partir de entonces… Quizá lo que hicimos, ese distanciarnos, ese encerrarnos y luego pasar horas inmóviles en la penumbra de los templos, el vagar solitario por la Taconera y el Redín, no tuvo otro objeto que profundizar en la búsqueda del otro. Tal vez…

A.

Tal vez. Y tal vez la búsqueda sea una perpetua carrera entre los árboles.

El poder natural del ala…

No sé si vale nada lo que tengo escrito, todo esto y otro tanto, ni sé con exactitud por qué conservo esta versión y no la he tirado como las anteriores. Quizá en estas páginas he captado algo, aunque sea muy poco, pues el olvido es tan poderoso… Y ahora va uno a Pamplona y hasta han cambiado los nombres de algunas calles. Acaso las ráfagas de Bilbao, al proceder directamente de un viaje hecho exprofeso para poder hacerte relatar tus paseos por la playa de Neguri, situar tu casa… Pasé dos días solamente allí, en un hotel que está en el mismo centro de la ciudad, en El Arenal. Tengo claro que no vi tu Neguri; lo que vi fueron los restos, las ruinas de aquellos grandes caserones maravillosos, ahora abandonados en gran parte, cayéndose el tejado de pizarra, las ventanas sin cristales y los rojos ampelopsis penetrando por ellas y por puertas entreabiertas que dejaban ver suelos hundidos, cascotes, electrodomésticos rotos; edificios fantasmagóricos recubiertos de enredaderas. Pero sí vi la playa y la luz del sol filtrada por leves nubes, reflejada en las olas, aquel color plomizo destellando en su cresta, aquella arena que se extiende hasta trocarse en rocas. Hacía frío aunque era a principios de julio. No había más que un dogo corriendo a ras del agua, una chica que leía apoyada en el murete con las piernas envueltas en una toalla, y gran número de gorriones que volaban bajo sobre la arena y se posaban de pronto moteándola de manchas levemente más oscuras. A la derecha del viejo balneario, tiovivos, tiro al blanco, montañas rusas y autos de choque, porque eran las fiestas. Pasé horas contemplando la luz y sus cambios en el paisaje, viendo cómo se iluminaban distintos recuadros del monte Serantes, los picos de los depósitos del muelle, verdes o azul pálido, las grúas rojas o amarillas, los barcos detenidos al fondo, el faro en un plano más próximo, las dos altísimas chimeneas que emergen del muelle, a franjas rojas y blancas por arriba. El tamizado sol, como un foco, se posaba luego en las casas situadas al pie del monte. A lo lejos perfiles de colinas

sin relieve. Delante del balneario de Igertze, o detrás, es decir, por el lado que no da al mar, un breve parque que asciende hasta las casas: bancos cara a la playa, hipomeas, escaleras, plátanos, alguna palmera, una falsa gruta de piedras con un breve estanque, un charco, a decir verdad, una fuentecilla, y un seto de pitosporum.

Aquella ausencia de gente me admiraba. Varias veces fui pisando la arena, desde las escaleras hasta el parquecito, y al final me decidí a seguir la dirección opuesta, hacia la izquierda, y llegué al muelle de Arriluce, al bello mirador abandonado, con sus grandes ventanales al mar, y, siguiendo una curva, un pasadizo de arcos con franja de azulejos. Intenté trepar desde la playa misma hasta lo alto, por el desmonte, pero era demasiado empinado y había un punto donde vi claramente que el acceso quedaba interrumpido, de modo que tras estar sentada un rato en un recodo mirando el brazo de agua que desde allí se divisaba, volví atrás para subir las escaleras y encontrar el lugar desde arriba. De pronto, sin embargo, pensé que era mejor regresar y, aún con luz, callejear por el Bilbao viejo. Llegué a la plaza Miguel de Unamuno y eché a andar: jóvenes en las puertas de bares y discotecas en estatismo provocador, callejuelas como en estado de ruina, un gran desasosiego, atmósfera enfermiza… De pronto una plaza y en ella un bar refinado, lleno de gente bien. Me fijé en la fachada: madera con dorados relieves de flores y pinturas de anuncio: jamones, alimentos selectos, ahumados… Todo ello de aspecto casi modernista. El negro y el dorado del exterior contrastaba con el interior: un espacio marfileño dividido en sentidos diversos por columnas y anaqueles. La barra y las sillas negras, o acaso de un verde muy oscuro; cortinas de encaje, bandejas protegidas con papel de borde imitando puntilla… Al ver aquellos canapés me vino a la memoria que en Madrid habías descubierto un lugar «maravilloso» —ésta fue tu palabra— donde daban rebanadas de pan con tomate y jamón. Recordaba este detalle porque lo dijiste como si fuera cosa tuya, y ¿cómo podía entrar esa tradición en alguien de Bilbao? Allí estaba, en aquel bar, y también el salmón, el atún. Me quedé mucho rato sobre todo para observar a la gente, tan bien vestida y elegante, con esa elegancia aristocrática.

Mi objetivo para el día siguiente era buscar Betelueta, pero antes de coger el tren entré en la catedral de Santiago, vi su patio

abandonado, convertido en depósito de confesionarios y bancos y bolsas de basura, contemplé las gárgolas terroríficas y las flores violeta que colgaban en racimos entre las piedras oscuras, vagué por aquellas callejuelas llenas de tiendas de ropa y de porcelanas, de cafés, pastelerías y tabernas, y todavía me metí en la iglesia de San Nicolás. No pude localizar Betelueta en el plano, sólo logré ubicarlo de modo aproximado, así que casi por intuición bajé del tren en determinado momento y eché a andar abandonándome al instinto. Llegué enseguida a una colina desde donde se divisaba un extenso panorama: en primer término, unos arbolillos, más allá, el tejado de un depósito situado detrás de las vías; a mayor distancia un descampado verde, la carretera y, al otro lado de ésta, la ría y las fábricas con sus chimeneas, humo, rampas en zigzag. Y aún había más: montes pelados y colinas con casas, todo ello en un contraste de colores que se distribuían en franjas: verde, gris y negro, rojizo, blanco, y de nuevo gris. Pensé que me bastaba con haber contemplado este paisaje, que bien podía ser el que se viera desde Betelueta, tan distinto de lo que yo imaginara, pero dejé que mis pies me siguieran llevando, que descendieran un poco y, de nuevo cuesta arriba, subieran hacia otra colina situada justo por encima de la anterior, por una calle asfaltada pero solitaria, con pocas casas y ningún transeúnte… Hacía sol de pronto, y la atmósfera marina y el leve calor me transportaban a años atrás. Andaba casi embelesada por el aire, cuando de pronto vi unas escaleras y una larga hilera de cipreses…, una puerta de reja metálica miniada, un camino que concluía junto a varios campos de deportes, y detrás un inmenso edificio flanqueado por césped y chopos. Seguí calle arriba hasta llegar a otra puerta abierta de par en par. Desde allí se veía, por detrás, el gran edificio y un amplio espacio con coches aparcados. Me acerqué al máximo siguiendo una alambrada, avanzando entre hierbas y flores silvestres de color azul que crecían en matas enormes. Empezaron a salir chicos y hablaban de premios, y cuando de nuevo el espacio quedó deshabitado, seguí la cerca para ver lo que desde el otro lado se divisaba: era el mismo paisaje que había visto antes, sólo que desde mayor altura.

Permanecí largo rato mirando fijamente la explanada de delante del colegio y la estructura de éste, como de caserío, con varias alas, tal vez añadidas, y patios pequeños, garaje. No tenía datos que me

confirmaran nada, excepto la hilera de cipreses y la escalinata de la que me habías hablado alguna vez. Y mientras veía salir a aquellos niños de chaquetas oscuras con escudo en el bolsillo del pecho, me invadía el horror, ese horror que me domina ante la obligatoriedad de estar en grupo, y con espanto te imaginé…

Sentí hambre y decidí tomar un bocadillo en la estación, pero no había cantina, así que busqué un bar y tras preguntar en varios sitios me indicaron uno donde daban comidas por doscientas pesetas. Entré en una sala presidida por dos mesas alargadas colocadas formando una T, aunque no unidas, una de ellas vacía, la otra llena de orientales. No eran chinos, y por la lengua tampoco parecían japoneses, si bien sus rostros lo eran. Tal vez hablaban algún dialecto. Aquella estampa me dejó estupefacta. Incluso la luz y la distribución del espacio… A todas vistas se trataba de trabajadores que celebraban algo, tal vez homenajeaban a dos jefes que acababan de llegar, dos tipos que iban de chaqueta. Yo, sola, en la otra mesa, con mi cerveza y mi plato de vainas delante, no podía apartar los ojos de sus miradas atentas, sus gestos ceremoniosos, su conversación animada dentro de una mesura. Me sacó de mi contemplación un candoroso joven que se sentó a mi lado. Era conductor de camión y, según él, a veces se modernizaba la maquinaria de alguna fábrica y venía de fuera un equipo de técnicos especialistas.

Salimos juntos del lugar y me llevó con el camión hasta Neguri. De nuevo la Bajada de Ereaga: primero una verja entreverada de hipomenas y flores rojizas, y, tras ella, un gran chopo y un romántico edificio de tres pisos recubierto de hiedra hasta el tejado; un palacete con cuidado jardín donde las adelfas y las higueras se alternaban con arces y lilos. Las casas tienen nombre, la siguiente, Alda Etxea, es de estilo vasco, con puerta de madera, y junto a ella lirios. Más abajo un gran sauce y después el magnolio. Rumor de hojas movidas por el viento. Hice varios dibujos de la fachada de tu casa, la distribución de la terraza y las escaleras, la puerta del garaje. Anoté: ladrillo rojo, ampelopsis, hiedras, geranios, petunias. Parecía deshabitada en aquel momento, pero no abandonada. Intenté verla desde el otro lado: era imposible. Me metí por un camino privado sin conseguir avanzar. Volví al magnolio. Una sensación de absoluto extrañamiento ante el edificio se apoderó de

mí. No te veía, no veía vida en él. Tal vez a otra hora, una hora en que no quedara a la sombra… Pero en aquel momento no, había una frialdad, una distancia invencible entre la casa y tu imagen. Bajé por la escalera y me senté al nivel de la higuera inmensa que preside aquel rincón. Dibujé la playa, los barcos y el Serantes al otro lado, con una hilera de grúas delante, y luego fui a buscar el mirador descubierto la víspera, desde arriba. Volví a Bilbao en el autobús que recorre el canal de Deusto hasta enfilar por la avenida del Ejército y me apeé cerca de un parque. Vi unas calles normales y no la ruina de Neguri o el barrio antiguo. Anduve sin cesar. Me acerqué a un taxi para preguntarle cuánto me llevaría por enseñarme lo importante de la ciudad: «No hay nada que ver», me contestó. Tomé entonces un autobús hasta Torre Utxua, ida y vuelta; y otro que bordea la ría. Ya de noche los reflejos de las luces y las casas en el agua negra, y la absoluta soledad, me traían de nuevo la sensación de abandono. Era el único pasajero del autobús y me acerqué al conductor. Me contó que acababan de cerrar un astillero donde se hacían siempre por lo menos diez barcos, debido a la reconversión, que el paro era enorme, muchos industriales se iban a pique, y además el impuesto de Eta… «Los que pueden, se van. Esto sólo lo arreglaría una guerra», dijo.

Al día siguiente, al sobrevolar el canal, camino de París, ver cómo la ría se une al mar, recorrer con los ojos la forma de la costa, Las Arenas, Neguri, los malecones, el muelle de Arriluce, el mirador de Echevarrieta, y reconocerlo punto por punto, sentí que había incorporado ya aquellos lugares, y que quedaban inscritos en mí con su proporción adecuada y el tono perfecto de las once de la mañana. Un sol suave sobre la arena muy concreta, como concreto era el mar, no azul, pero sí intenso; oscuro, pero no terroso como se ve desde la playa, sino de un gris plateado, limpio. Era quizá la nitidez de los colores y de las formas lo que me hacía sentir a la vez perfectamente integrada en el paisaje: las líneas de las dársenas de El Abra, tan rectas, las playas tan perfectamente dibujadas, los barcos grandes en el interior de los muelles, a cierto resguardo, mientras otros —algunos incluso pequeños o de vela— se veían como perdidos por el oleaje y a merced de él. Era un panorama extratemporal, perpetuo en sí, como una promesa revelada por la luz, esa luz ascendente de la mañana.

Puede parecer todo eso, entonces Bilbao, ahora Grazalema, un continuo peregrinar, un ir de un sitio a otro para recuperar espacios y a través de ellos sensaciones, pero no es exactamente así. En ese peregrinar mío, junto a la integración al movimiento incesante que es la vida, hay un curioso estatismo interior que cada vez se va definiendo con mayor claridad. Quizá tenga algo que ver con lo que se llama contemplación. En mi interior se crea como un lugar de inmovilidad donde todo se recoge en el punto de mayor belleza, y todo viene a ser lo mismo, todo me lleva a ese desasimiento que da inmensa beatitud. Y sé que la luz desempeña en ello un papel importante. La belleza se apodera de mí. Es una plenitud que permite, incluso a veces en situaciones duras, elevarse por encima, ver lo que no hiere.

Recuerdo uno de los peores trances de mi vida hasta ahora, en París… Estaba yo tan mal a causa del sufrimiento, que llevaba dos días enteros sin comer. Los había pasado echada en la cama a oscuras, con una enorme opresión en las sienes. Al despuntar el segundo día, algo me impulsó a darme un baño caliente. Me metí en el agua y permanecí en ella largo rato. Sentí el calor vivificándome, sentí que ascendía por la espalda hasta la cabeza y como si en mi interior descompuesto las piezas fueran encajando en sus engranajes. Era la misma hora y atmósfera de otro día, un día hermoso. Como aquél, después de vestirme, casi por instinto, cogí una manzana y bajé al patio. Lentamente, mordisco a mordisco, logré comerla entera. La luz del amanecer teñía las fachadas de las casas circundantes de tonos rosáceos y se filtraba levemente entre las hojas de los castaños. Se oían cantos de pájaros y, aparte de esto, un total silencio. La conciencia de que mi vida con Raúl había tocado a su fin pasaba a otro plano. El dolor quedaba envuelto en aquel bienestar de la inmovilidad de la perfección. Había sido el canto del mirlo lo que me arrancara del lecho y me hiciera llevar todo el cansancio —pues tampoco había dormido en aquellos dos días—, primero hasta los cristales, para contemplarlo en la oscuridad. Quizá aquel mirlo, que apareció un amanecer de febrero en el tejado de enfrente y a partir de entonces cantaba, por allí, casi todos los días antes de que irrumpiera la primera luz, ha sido en mi vida más importante que tú y que Raúl. En mi microcosmos empezó por ser la bienvenida al día. Con él me levantaba y hacía mis

ejercicios de gimnasia. Mi habitación, en París, era amplia, me cabían la cama y una mesa y aún me quedaba bastante espacio para tumbarme en el suelo, encima de aquella alfombra de coco. Con los años, sin embargo —sobre todo desde que vivo sola y también a mi casa de ahora acuden los mirlos—, significa mucho más ese pájaro, no sólo el canto, sino el vuelo. Tal vez encarna precisamente la movilidad inmóvil. La terraza, con sus cerezos y prunos, sus rosales, lavandas, madreselvas y cipreses, es una quietud expectante, es como el vacío, de pronto lleno por el vuelo del ave que asciende, remonta el cañizo y desciende luego con las alas semidesplegadas hasta posarse en una maceta. Desde ella estudia las bayas de las madreselvas, y como los frágiles tallos no soportan su peso, al vuelo arranca los granos, sosteniéndose en el aire con un remolino de alas. Siento que mi vida estará para siempre unida a esa quietud del espacio y a ese vuelo súbito. No lo sé explicar ni explicármelo. No sé si se trata de algo que responde a aquella frase de Platón: *El poder natural del ala es levantarlo pesado, llevándolo hacia arriba, hacia donde mora el linaje de los dioses*. Lo cierto es que miro lo que me rodea de otro modo, la vida toda, y también la muerte.

Siempre he llevado una doble vida, pero tal vez se trataba de poder vivir en una de las dos, acumular en una la fuerza que en la otra se consumía. Ahora no es así, es como si esa fuerza ya ni se consumiera, como si fuera todo un recibir y entregar, un manar continuo. Aquí, en lo alto del Pico de las Cumbres, donde el entorno próximo es roca pura, es el vuelo majestuoso del águila real… Y la desolación absoluta es al mismo tiempo, en uno, ingravidez. Más de diez años han transcurrido desde aquel mes de febrero en el cual, ateniéndome a las palabras de Shakespeare, y puesto que era el momento previo al amanecer, creí oír por primera vez el canto de la alondra: *It is the lark, the herald of the day*, me dije, y separé con cautela la cortina y vi a unos metros, en lo alto del tejado, un pájaro oscuro, erguido, retador.

De hecho yo no vivía ya con Raúl. Le preparaba el desayuno, se lo llevaba a la cama y después salía corriendo a comprar el pan y otras cuatro cosas para no verlo ni oírlo, sabiendo que cuando volviera se habría marchado y no estaría de nuevo en casa, probablemente, hasta la noche. Como Laura, nuestra hija, se iba al

colegio incluso antes de que él se despertara, a mi regreso desayunaba por segunda vez y me ponía a estudiar. Me matriculé en la Sorbona, en literatura, para vivir París con plenitud, para que aquellos años en los que estábamos destinados allí se integraran del todo en mi persona. Volver a las aulas después de tanto tiempo era revitalizador. Allí aprendí cosas tan simples como hacer bien una ficha y un resumen, la importancia de determinados signos de puntuación, de una cita perfectamente consignada, de la estructuración estricta de un texto. Cada alumno elegía un tema y trabajaba sobre él durante varios meses y un día determinado lo explicaba en clase. Empecé a investigar. Descubrí la biblioteca de Sainte Geneviève a dos pasos. Cuando no estudiaba en casa lo hacía allí o en la Nacional. En la Nacional solía estar Antonio, un exiliado del partido comunista, inteligente y brillantísimo, que daba clases de lingüística en París VI; uno de los pocos amigos de Raúl que yo acepté plenamente. A veces íbamos a su casa. Eran reuniones siempre de seis o siete personas donde se hablaba, pero no se trataba de un diálogo corriente, sino que con toda naturalidad surgían temas filosóficos o políticos y se tallaban, se pulían. Escuchar a Antonio… Y escuchar a Antonio y a Álvaro Arco era un goce para el intelecto. Entre los dos podían ponerse a descuartizar un tema al caer la tarde, para acabar con él a altas horas de la madrugada. Yo me decía: he aquí los *Diálogos* de Platón en vivo y actualizados. Al principio no caí en la cuenta de que aquello era la «dialéctica». Creo que Raúl conoció a Antonio al poco de llegar. Era el momento de la Plataforma Democrática y había allí gente de diversos partidos.

Muchas cosas coincidieron con aquel cambio de residencia. La trayectoria de Raúl alcanzaba precisamente en dicho periodo el punto de máxima contradicción. Es curioso detectar cómo se ha desdibujado su imagen con los años, cómo acude el olvido a defendernos borrando incluso lo sufrido, momentos tan espantosos que parece han de dejar una huella que permanecerá para siempre. Y no es así. Si no hubiera escrito un diario, me preguntaría ahora a qué responden determinadas certezas que tengo. Todo ha desaparecido de mi mente, todo excepto el comienzo, los años de Pamplona, que son para nosotros tres como una infancia. Por suerte tengo estos datos escuetos, que anoté solamente como auxiliares

para la reflexión, y puedo saber con exactitud hechos y estados de ánimo. Por ejemplo, escribía:

París, 2 de diciembre de 1977

No sé cómo liberarme de esta angustia que me oprime a causa de la infidelidad de Raúl. Me repito que la única forma es alegrarse de que él desaparezca, de que no esté en casa, pero me cuesta vencer la necesidad de saber, el sentimiento de injusticia, de horror a lo desconocido. Adaptarse a la jaula… Me resulta imposible.

Laura canta. Tiemblo de malestar. Me repito que debo ignorar y aprovechar los momentos.

***

Pero esto lo escribía poco antes de dejar París. Al llegar… Sí, primero hubo una semana entera en que Raúl y yo no nos hablábamos; es decir, era peor que eso. Él se había ido antes para buscar casa y preparar el terreno, y después me empezó a dar largas. Me decía siempre que esperáramos aún para reunirnos con él, que quería acabar de aterrizar. Pasaron dos meses y decidí presentarme con Laura. Esto lo exasperó. Todo eran gritos, al principio, y a los dos días empezó a no hablarme, y además, si yo me acercaba a él, me daba la espalda, se iba a otra habitación; si lo seguía llegaba incluso a salir de casa… Me dejaba siempre con la palabra en la boca, sin poder emitirla. Duró esto una semana entera. Cuando se iba yo me quedaba con la niña en el horrible piso amueblado que él había alquilado, presa de temblores, y con una sensación espantosa de estar en el aire. Por la noche no podía dormir, sólo determinados movimientos rítmicos me apaciguaban. Una fatiga indescriptible se apoderó de mí, las piernas no me sostenían y realizar cualquier cosa, por mínima que fuera, me resultaba un gran esfuerzo. Una mañana, al hacer su cama, vi que tenía abierto el cajón de la mesita de noche y dentro, junto a su libretita azul, las fotos de una chica de expresión dulce: era Giselle, a la que más adelante conocería. Al tirar del cajón vi que al fondo había algo más: una figurilla de corcho con un corazón pintado

lleno de alfileres. Quedé consternada y convencida de que iba contra mí. No sé cómo un año después logré decírselo. Se rio y repuso que cuando se vivía con el otro, es decir lo tenía uno al lado, bastaba con odiarlo para destruirlo.

Durante los días siguientes mis agitaciones se acentuaron de tal modo que vislumbré la locura. Hice mi maleta y la de Laura y me fui. Por primera vez sentí que Raúl era un desconocido. Lo curioso es que, apenas pasado un mes, empezó a llamarnos pidiendo que volviéramos, que nos reuniéramos con él. Fue en febrero cuando dejé a Laura con unos amigos e hice un viaje de prospección. Raúl había abandonado la actitud de darme la espalda cada vez que le dirigía la palabra, pero nada más. Yo anotaba:

París, 4 de febrero de 1975

Todo ha sido frustrante. Sigue empeñado en dar muestras de superioridad y, encima, de gran dominio de sí mismo, y de que soy alguien subordinado a él. Procuro callar y hacer un poco lo que él quiere, si cine, cine; si tele, tele. Nos separa un abismo. Es inútil negarlo.

París, 6 de febrero de 1975

La náusea de la pornografía. Toda la casa llena de revistas de ese tipo y Raúl, idiotizado, viendo la televisión sin parar. Exasperada recorro las librerías en busca de aire.

***

Fue entonces cuando me llevó un día a casa de Giselle. Había sido un flirt suyo de adolescencia y al llegar a París la localizó. Ahora tenía tres hijos y un marido apuesto, sí, pero un francés de esos que se sienten superiores hasta el punto de resultar ridículos. El verla atareada con aquella cena, atendiendo a la comida y a la mesa, procurando que los niños se portaran educadamente, inquieta por el resultado de un simple plato de arroz, para agasajarme a mí, la mujer de su amante, resultaba muy patético. También él debió de

detectarlo, pues la historia se diluyó.

Había sido a mi regreso de París, a finales de noviembre, tras volver a casa más por temor a enloquecer que por dejar a Raúl, cuando un día vislumbré el primer destello, o al menos logré formularlo mentalmente, sobre la pelea entre vosotros dos, que me obsesionaba. Al llegar a Madrid me sometí a una autoterapia que consistía en ejercicios, lectura, escritura, trabajo de la casa y cine. Vi entonces por azar una película que me fascinó, era una historia melodramática que se iniciaba en un cabaret. Una mujer de cabello rojizo cantaba una cancioncilla frívola y un joven la miraba embelesado. Acabada la canción se oían los primeros compases de un fragmento de ópera, se corrían las cortinas de un pequeño escenario y empezaba a descender desde lo alto, reclinada en un canapé, una extraña figura. Sus rasgos eran masculinos, pero vestía de mujer, con una túnica de gasa y lentejuelas, como de principios de siglo. Llevaba un tocado de flores. Sobre esta figura ondeaba un cartel que decía: *Le pouvoir de l'imagination*. El personaje, que parecía proyectado en una pantalla, en una imagen grisácea, apenas coloreada, se iba iluminando en tonos rosados y violetas, y al llegar el canapé al suelo se levantaba, salía de su marco, se acercaba al joven, lo miraba y colocaba la mano en su hombro. El joven, a su vez, miraba a la figura y, entonces, en un fundido con esta mirada, cambiaba la secuencia y empezaba la aventura entre el chico y la mujer de la canción. La película concluía recuperando aquel plano de la figura enigmática con la mano en el hombro del muchacho y la mirada mutua que al poco se cortaba. La mano se despegaba del hombro y el personaje misterioso seguía su camino.

La clave de aquella pelea vuestra era *le pouvoir de l'imagination*. Saqué todas las notas y versiones que conservaba y empecé a estudiar una vez más el material, a hacer esquemas, a meditar. Unos meses después, en París, vi claro que no podía prescindir de los años de Pamplona y pensé en la solución de los relatos paralelos tendiendo al diálogo, con un núcleo simbólico inicial. Fue entonces cuando escribí la primera parte, en que hablábamos tú y yo. Al llegar a la segunda me atasqué, quería que hablarais Raúl y tú y resultaba muy falso. Lo escribí situándoos en Olite, y como núcleo vosotros dos recorriendo el monte a «paso de silfo», aquel paso que inventasteis y que consistía en dar dos hacia

adelante y uno hacia atrás. No me salió bien, pero quería continuar, así que, esperando dar con la solución de aquella parte, me centré en la tercera, que sería la última, y describí una vez más la pelea, dejando el final abierto. Tampoco este núcleo me pareció válido cuando unos años después volví a la carga, y lo destruí junto con el fragmento de vosotros dos, tan poco convincente. Entonces tiré las versiones anteriores, me quedé sólo con nuestra carrera por el bosquecillo de Tejera y su desglose, y las notas fidedignas de vuestro diálogo nocturno. Al repasarlo todo comprendí que antes de proseguir tenía que ir a Bilbao, y que la segunda parte sucedería de nuevo entre tú y yo, sería nuestra primera conversación después de mi matrimonio con Raúl. Para deshacerme también de aquellas notas, al ver claro cómo podía desarrollarse el final, empecé a trabajar en él. Hablábamos Raúl y yo, tres días después de la pelea. No modifiqué nada, lo reescribí todo desde aquella perspectiva posterior y quedó como sigue.

Raúl y Alma

A.

Nunca más volveremos a ver a Lobo. Yo, que había llegado a no formularme en ningún momento esa posibilidad, que lo había situado ya en un lugar inaccesible de mi mente, de pronto, desde la otra noche, me siento presa de esta evidencia: Nunca más volveremos a verlo.

R.

He matado a mi hermano. Lo he matado y ahora lloraré eternamente su pérdida. Él, que fue el único con quien pude compartir la amistad, el único capaz de seguirme en mis correrías y locuras, fueran las que fueran, el único que supo darme la réplica, el único que alimentó la voracidad de mi fantasía; él, tan atento, tan fino en su porte, tan delicado, tan agudo en sus observaciones, tan condenadamente inteligente, tan puro y tan perverso a la vez… Yo le quería, y ahora lo he matado.

A.

Nunca volveremos a verlo, pero no le has matado. Deja ese llanto, y si quieres comprobar que está vivo, tú sabes su teléfono, que no yo; tú sabes dónde vive, que no yo; tú puedes ir a su casa, que no yo.

R.

He matado a Lobo. Quisiera que fueses capaz de comprenderlo. Con mis manos lo he matado. Su cuerpo se desplomó sobre mí, su

sangre me salpicó, sus lágrimas me bañaron el pecho mientras todo su peso caía, su cabeza rozaba mi camisa, mi torso, mi vientre y luego se quedaba en el suelo, inmóvil, y yo, paralizado, sin saber qué hacer, contemplaba aquel trazo rojo que le dibujaba el labio, su frente empapada de sudor, sus mejillas anegadas. Y preso de ira me fui, dejándolo a merced del frío y de la noche.

A.

Lo dejamos, lo dejamos los dos, pero tú volviste enseguida a su lado. El sereno se quedó con él y dijo que se ocuparía, y recuerdo que casi nos obligó a subir. No tardé tanto en asomarme a la ventana y verlo allí, solo, tendido, con la cabeza apoyada en la acera, la sangre manando por la esquina de su boca, la cara terriblemente pálida. Solo en el inmenso vacío; y el entorno presidido por un velo blanco que cubría los árboles. «Prepara la cama pequeña», dijiste, «voy a subirlo. Mañana desayunaremos juntos y no habrá pasado nada». Lo hice y volví enseguida a la ventana. Lobo estaba con medio cuerpo apoyado en la carrocería de un coche y tú agachado junto a él lo sujetabas con un brazo mientras con una mano le limpiabas la cara. Su cabeza oscilaba levemente. Hubo un momento en que dejó de hacerlo y comprendí que había vuelto en sí. Entonces empezaste a hablar. Él hizo gesto de levantarse, pero no pudo. Tú seguías hablando y ahora él también. Eso duró bastante. Luego le ayudaste a ponerse en pie y allí, en aquel claro de luz blanca entre los coches, parecía que discutierais. Después él corría y tú detrás. Os habíais alejado tanto que apenas os podía ver, os perdíais entre los árboles. Llegasteis hasta la Castellana y allí, en el cruce, lo alcanzaste por la manga. Él se desasió y siguió corriendo. Tú te quedaste inmóvil un buen rato junto a los chopos. Luego te diste la vuelta y lentamente volviste a casa.

R.

Paró un taxi y se metió dentro. Le llegaron las fuerzas para eso.

Siempre ha sido muy resistente. Pero no tengo la certeza de que le llegaran para subir las escaleras de su casa. Quizá al bajarse del taxi no consiguió ni abrir la puerta y se quedó allí tumbado en la acera, o acaso logró abrir y llegar hasta su cama. Puede que esté todavía en la cama, que haya pasado estos días allí solo sin moverse, sin comer, bebiendo agua nada más, con un dolor tremendo, o vomitando.

A.

Tú sabes su teléfono, que no yo; tú sabes dónde vive.

R.

Pero yo lo he matado. Lo he matado y no puedo hacer más que llorar eternamente su pérdida. Tal vez era lo que él quería, por lo menos era lo que buscaba, lo que buscó desde el momento en que me llamó y fue a recogerme, y luego vinimos, pobre Lobo. Sin embargo no sólo se trataba de ti, no sólo era eso, porque entre él y yo había mucho más, éramos más que amigos, era mi hermano, como tú eres mi hermana. ¿Qué debió de empujarle? ¿Qué motivo oculto?

A.

Han sido tres días, como los tres actos de una tragedia, y el último…, eso nunca lo hubiera imaginado, ese buscar la pelea durante horas… Claro que en realidad fuiste tú el primero que, en un momento dado, dijo: «Mira, salimos fuera y te meto una hostia», y entonces él empezó con lo de «Y yo a ti diecisiete». No llegó con esa idea. Recuerdo que cuando dijiste que se quedaría a cenar y yo, con toda calma, saqué las cuatro cosas que había en la nevera entreteniéndome en ello, para quedarme un poco más en mi rincón, os oía hablar tranquilamente, y luego, cuando puse la mesa, él se me acercó un momento y su gesto era natural, y también su voz.

Con aquella leve ironía suya, me dijo: «Ya soy todo un hombre, ¿sabes?, tengo trabajo. Me pagan seis mil pesetas». Sólo más tarde empezó la cosa a ponerse tensa, después del segundo plato, en cuanto observó: «Me hace una gracia enorme veros a los dos aquí, en vuestra casa, ella colocando una cosa…», y tú soltaste: «¿Y qué gracia tiene eso?». Hasta aquel momento, a pesar de lo extraño de la situación, de lo incoherente que resultaba, después de varios años sin saber de él, verlo tres días consecutivos, todo había transcurrido con normalidad y hasta parecía establecerse una posibilidad de estar juntos. Aunque no, eso no es exacto, porque el día anterior te habías irritado mucho al vernos sentados frente a frente en el bar, incluso habías creído que se trataba de una cita; que yo había quedado con él. ¿Para qué?, me pregunto, ¿con qué fin lo hubiera hecho, si iba a encontrarme contigo? Decías que él estaba allí por mí, y cuando te conté que yo había llegado una hora antes porque, harta de estar en casa, decidí ir dando un paseo y con tiempo para leer un rato, y que al poco de sentarme en la mesa apareció, dijiste: «Pues si no lo has citado es que te ha seguido».

R.

Y así fue: el día antes nos hemos despedido como amigos, como en los buenos tiempos, pero él, quizá inconfesadamente, a quien quiere ver es a ti. Sabe que estoy trabajando. Sin pensarlo se lanza a la calle a caminar y de pronto se encuentra delante de la puerta. Quiere subir, pero en vez de hacerlo se sienta en un banco. Hace una tarde espléndida. Observa el movimiento de la circulación mientras un sol suave lo arropa. Observa las palomas. O quizá no observa nada, musita una melodía por lo bajo. Y está ya medio ausente cuando te ve salir. Se le escapa el primer reflejo y no te saluda. Te ve pasar. Tú no lo ves. Al poco se levanta y te sigue, piensa fingir un encuentro, pero pasa el rato y no acierta a hacerlo. Finalmente entras en el bar y él detrás.

A.

No, es mucho más sencillo: el día antes te ha llamado por teléfono. No sabías nada de él desde hacía años, desde que le expulsaron de Pamplona. Con la alegría del reencuentro quedáis en veros enseguida y le das cita en el bar ese, donde, le dices, vas casi todos los días. Desde el primer momento es como si el tiempo no hubiera transcurrido. Lo traes a casa. Cenamos. Se siente bien con nosotros. Nos sentimos bien los tres. Al día siguiente vuelve al bar a ver si te encuentra.

R.

¿Una hora antes de que salga de mi trabajo? Puede ser, pero aunque demos esta versión por válida, sólo es cuestión de forma, el motivo de fondo, el que le empuja a coger el teléfono y a entrar en el bar y, después, a volver a llamar al otro día, ¿cuál es? Cuando lo hizo la primera vez yo no sospeché nada. Era mi amigo, ¿comprendes?, mi amigo el que llamaba. Claro que la primera noche bebió bastante y al final no se sentía bien. Quizá cuando telefoneó ya llevaba unas copas de más, seguramente fue así, y como a él no se le nota…

A.

Supongamos que por azar se encuentra con un amigo común. Mutio, por ejemplo, que es de Bilbao. Este le cuenta que nos ha visto hace poco, que ha estado en casa. Añade dónde trabajas, o simplemente le da el teléfono y le dice: «Llámalo, te gustará verlo», o «Los dos están deseando verte», y él, en un estado de semiembriaguez, sigue esta orden. No hay motivo, es un sentimiento difuso, un impulso que quizá a medida que se desarrollan los acontecimientos se va definiendo, pero en el que cuenta siempre enormemente el azar.

Recuerdo claramente la situación. Me telefoneaste contándomelo y diciendo que tal vez lo traerías a casa, así que yo estaba sobre aviso y cuando llegasteis saqué unos aperitivos y me senté con vosotros. Hablamos de vaguedades. Pusimos discos: Haydn, Mozart,

Jacques Brel… Lobo estaba más delgado y tenía mala cara, la piel bastante anárquica, la mirada vaga, y de vez en cuando brotaba como un toque brevísimo su temblor de las cejas.

A la hora habíais atrapado el hilo de un antiguo diálogo: «El boquerón sabe a cartaginés, dijo Blas, el de ojos duros y fríos», recitó él. Y tú seguiste: «La princesa bebió un trago de vino áspero». Y él: «Pero Princesa es nombre de vaca». Y tú: «En el pueblo la noche caía de miel dulce y espesa, oscilaba oliendo a curas y a virgen seca». «Abel se olió el dedo encontrándose un ligero olor a gasolina», prosiguió Lobo. Eran fragmentos de un texto que habías escrito en Pamplona y el hecho de sacarlos a colación indicaba siempre buen entendimiento. No pude impedir que me cruzara la mente el recuerdo del día en que os conocí, vosotros dos de un lado de las mesas del aula, yo del otro para ser juzgada. ¿Seguía todo en la ficción, y vosotros dos de un lado y yo del otro? Pero no había motivo de inquietud, no lo había en ningún sentido. Tú mismo le dijiste al despedirlo: «Ahora no tardes otros cuatro años en dejarte ver».

R.

Y sin embargo, yo te digo que había un mismo móvil detrás de cada una de las tres apariciones. Es cierto que quizá no era algo muy concreto. Sólo entrar en casa me dijo: «Te has llevado el gato al agua». Lo hizo en plan de chanza y así me lo tomé, pero eso enlaza perfectamente con lo de la foto dos días después. Además lo repitió durante la cena, no pudo pasarte inadvertido, como tampoco que tras el segundo plato se levantó un momento y fue al lavabo, y volvió tambaleándose levemente, y con rostro de aparecido, como si una leve retícula de diminutos puntos rojos pugnara por instalarse en su piel. Se apoyó un instante en el respaldo de la silla, y se irguió. Luego volvió a sentarse y ya no quiso comer más. Había ido a vomitar. Estábamos en penumbra, a la luz de las velas, y detrás de la ventana se veía un cielo negro, raleado a rachas de humo, un cielo apocalíptico. Él colocó las dos manos juntas sobre la mesa y cerró los ojos un segundo. Los volvió a abrir y era un auriga que sostiene con firmeza las riendas de sus cuatro caballos y los hace

avanzar a una, e incluso estaba dispuesto a ejecutar una proeza cuando dijo: «Sois unos redomados canallas, convertís vuestra casa en lo que uno ha soñado siempre».

A.

Esa fue también su cordial despedida, ya en el umbral: «Sois unos redomados canallas». Y fue entonces cuando, dándole una palmada en el hombro, le dijiste que ahora no tardara otros cuatro años en dejarse ver. En su momento no me había dado cuenta, pero es cierto, fue a vomitar. No eran aquéllas las primeras copas del día. Y quizá después de ese contacto inicial necesitó algo más, quizá al día siguiente se dio cuenta de lo fútil del encuentro. Yo, por lo menos, así lo sentí, y me sorprendió. Me sorprendió el distanciamiento, y a la vez hizo que no le diera importancia, de modo que al otro día, cuando, ya en el bar, lo tuve de pronto delante, no supe qué pensar. Le dije que se sentara, y fue él quien por su modo de hablar estableció la comunicación. Quizá sencillamente quería eso y no habiéndolo conseguido del todo la víspera… Me contó lo de Ibiza, y el final de Pamplona. Y yo no acababa de salir de mi asombro al oírle. Hablaba de todas aquellas cosas, como si de otro se tratara, con crudeza. Quizá necesitaba ofrecer su imagen real y que alguien la amara. Al sentarte con nosotros, tú captaste enseguida nuestra comunicación y por ello te irritaste. Y ya en la calle me cogiste del brazo diciendo que teníamos que irnos, que llegábamos tarde al cine. Me sentí mal, era como dejarlo tirado. Por ello le pregunté hacia dónde iba y en ese momento se cruzó con nosotros Gonzalo, y toda tu prisa pudo esperar unos minutos, allí, con un pie en la acera y otro en la calzada, mientras os sacabais de la manga un recuerdo de Pamplona. Por último paraste un taxi y desde detrás de la ventanilla vimos como Gonzalo y Lobo seguían charlando Serrano abajo.

R.

Gonzalo. También hacía años que no lo veía. ¡Y cómo estaba de

tanto estudiar para la oposición! En cuanto a Lobo, quizá me puso un poco nervioso veros juntos, frente a frente, en la mesa de un bar. Era una escena tan conocida… Y yo, ¿comprendes?, no podía entrar en vuestro juego como antes. La situación es otra, así que instintivamente se lo di a entender: es decir, que estábamos dispuestos a verlo de vez en cuando, pero no a compartir nuestra vida con él. Por este motivo no le dije que se viniera al cine. Pero él… Cuando al día siguiente oí su voz al otro lado del hilo, tuve un momento de… Y ya sabes cómo dice las cosas: «Si no queréis saber nada de mí, dejémoslo correr». Así que lo invité a cenar. No podía negarme, era mi amigo. ¡Dios! Y pensar que fui yo quien le hizo coger su primera borrachera. En Pamplona, al principio, era un ser frágil y sumamente pudoroso, no lo veías desnudo ni al acostarse. Además era de una extrema pulcritud con sus cosas. Al pasar de Villaba a ser adscrito lo pusieron en la casa donde vivíamos Mutio y yo. Los dos teníamos el nervio alcohólico bastante despierto, y nos lanzamos un día a beber hasta donde resistiéramos. Le obligamos a que se uniera a nosotros, si bien era tan dado a ese tipo de juegos que no nos costó demasiado. Se puso malísimo: un día entero sumido en la oscuridad. No puedo quitarme de la cabeza las veces que entré, casi furtivamente, en la habitación y en la mínima luz vislumbraba su cuerpo inmóvil. Cuando me acercaba a él, repetía la misma frase: «No puedo ni abrir los ojos». Yo le había arrastrado a ello y luego, el condenado, se aficionó. Y se aficionó al coñac. En cuanto le llegaba el giro, lo primero era eso: una botella de coñac. Y ya viste que sigue, ésta fue su frase genial de la otra noche: «Quiero ver una botella de coñac en la mesa y ver cómo se vacía».

A.

Empezasteis ya con el coñac en casa. Sentada en la butaca os miraba a los dos, dos figuras sin relieve a la fría luz fluorescente; y en contraste con esa frialdad, el calor que prestaba al cuerpo el alcohol. Apenas escuchaba lo que decíais, aunque me dejaba mecer por aquella melopea, aquel fluir monótono de vuestras voces que había diluido la tensión del día anterior. Sin duda por mi parte, con ese no prestar atención a las palabras, evadía la perplejidad que la

situación, como una red, seguía tendiéndome. Por ello me sorprendió un súbito cambio del tono melódico. Era Lobo que, apoyando el codo en el brazo del sofá, decía: «Tienes que arrastrar a este hombre de las orejas a ver la exposición de Zurbarán». Aquel modo súbito de dirigirse a mí diluyó sus palabras, aunque entre la nebulosa destacaron: «*La Virgen niña, Santa Inés, La Inmaculada del Museo de Burdeos, El Cristo de Jadraque*»…, «destello áureo en superficie parda, sufrimiento transformado, transfigurado en serena belleza. Y el bodegón con la tacita de agua —pureza fecunda—, las cidras pascuales y la rosa, como ofrendas en un altar… Y, sobre todo, el *San Serapio*, ese mártir al que le quitaron las entrañas, que Zurbarán representa una vez muerto colgado de las manos, con las ataduras de su propia entrega, con el hábito blanco que no sólo esconde la brutalidad de su martirio sino que da la medida de la unión con Dios a través de la línea de sus pliegues, de la imagen que crean merced a los brazos semejante a un gran caudal de incienso…». «No sabes la de veces que se lo he propuesto», te oí decir. Y era verdad, exposiciones y museos se me hacen cuesta arriba. Lobo se acercó la copa de coñac a los labios y su mirada se difuminó por un momento, echó atrás la cabeza apartando con ese gesto el pelo de la frente. Habíamos cenado ya. Y fue después de ese monólogo sobre el *San Serapio* cuando la tensión volvió a instalarse: «Otra cosa que hay que ver es *El rey se muere*», dijo Lobo. «Os invito a verlo ahora». Mi entusiasmo fue quizá lo que te molestó. El caso es que dijiste con tirantez que había tiempo para pensarlo, que faltaba más de una hora para que la función empezara. Me levanté como si así pudiera sacudirme el ahogo, la súbita opresión de tu voz, y me acerqué a la ventana: la oscuridad podía ocultar acaso el malestar, cuando oí a Lobo que inmutable decía: «Pues poneos vuestras chamarras y venid a tomar una copa conmigo».

R.

Cada vez veo más claro que él sólo vino por ti. Cada gesto se refería a ti. Cuando hablaba conmigo lo hacía para que lo escucharas tú, para que te llegara, aunque fuera una onda indirecta

a través de mí. Invitarnos a ver *El rey se muere* era el equivalente a mi gesto del día anterior, a mi cogerte del brazo y decir que llegábamos tarde al cine. En ese momento te cogía del brazo y me decía: aunque sea contigo, quien se la lleva soy yo. Por eso me volví a crispar, no podíamos repetir indefinidamente la misma historia como una ecuación sin fin. Y si podíamos yo no estaba dispuesto a tolerarlo. Tú caías en sus trampas como un ave ingenua, sin comprender que te despedazaría.

A.

Trampas, démosle ese nombre, porque todo lo que no está claramente regido por la razón es un no saber y naturalmente puede darse el caso de que uno ponga el pie en falso. Pero lo cierto es que en ningún momento, durante esos tres días, me sentí atrapada —al menos por él. Al contrario, lo que me sorprendía era mi ser espectadora de unos acontecimientos protagonizados por vosotros, en los cuales tal vez yo era una excusa tan carente de importancia como un elemento de decorado que el utilero quita y pone a placer. Lo que sucedía, sucedía entre vosotros dos. También es cierto que me gusta ese papel y grabar en la mente los acontecimientos de mi entorno, así que me apliqué a ello sobre todo esa última noche, mientras estábamos en el Pon Café. Él me ayudó delimitando la situación de entrada pues puso sobre el tapete de inmediato la primera frase: La *verdadera realidad está ausente*. Tira del hilo de semejante afirmación. Me venía al pelo: en este aspecto, el de ausente de la acción —mera espectadora, ya te he dicho—, podía ser yo la verdadera realidad. Sin embargo, lo que quería era convertirme en cámara de cine, ser o no ser realidad, en ese instante, me daba igual. ¿O es la constancia de una cosa lo que acaba siendo su realidad? Tras aquella primera frase —segunda, de hecho, pues antes enunció lo de la botella de coñac «y ver cómo se vacía»—, registré: «Aquí hay algo… Si estáis a disgusto conmigo, ahora mismo me decís por qué». Y tú, irritado: «Cada uno puede tener su cabreo particular». Y luego él, con media mueca irónica: «Eres un renegrido Heliogábalo».

R.

Renegrido Heliogábalo, oscuro pederasta… Era un modo de iniciar el round. Yo desviaba el golpe. Él acudía a aquello de «Si uno no puede llamar a su amigo…», y acto seguido pasaba al «vosotros»: «Hay algo aquí que no está claro», decía.

A.

Y tú: «Los tres hemos tomado hace tiempo suficientes vinos juntos como para que todo esté claro». Fíjate en el arco de vuestro diálogo: se repitió varias veces, siempre siguiendo las mismas etapas, unas veces más absurdas que otras, así, cuando empezó con lo de la gabardina… «Mira», dijiste, «yo tenía una Burberrys preciosa y la cambié por ésta». Y remendándolo añadiste: «¡Tener un amigo y que no le guste la gabardina de uno!». Entonces, apoyando las dos manos en la mesa, se echó un poco hacia atrás y nos miraba: «Insisto, ¡qué gracia me hacéis!». Y tú: «¡Mira, ahora mismo salimos fuera y te meto una hostia!». Él: «Y yo a ti diecisiete, ya ves». Pero inmediatamente surgía tu aspecto protector y empezabas a hablarle como un padre: «Vamos, no puedes seguir así. Tienes que luchar. Hay que hacer frente a la vida». Y él era un niño: «No valgo para nada, tengo talento, pero carezco de técnica».

R.

Cierto, le hablé como un padre. Ya en Pamplona había que hacerlo, llevarlo de la mano y soltarlo sin que se diera cuenta. En todo menos en las cosas del estudio, ahí, sí, ahí estaba ese talento al que se refería: su cabeza privilegiada. Pero ese tipo de talento sólo le sirve para sacar un curso en quince días con sobresalientes. La vida es otra cosa, se presenta como algo indeterminado, vago; algo que exige improvisación, algo que no se puede aprender como un código, como un papel que vas a representar en escena. Y ésta es la cuestión.

A.

To be or not to be… Precisamente una de sus frases de aquella noche fue: «El teatro lo es todo y yo no valgo nada; vivo pensando en la muerte día a día», ¿recuerdas? Iniciaba su monólogo: «Vivo pensando en la muerte día a día. ¿Qué es la vida, decidme, qué? ¿Los acontecimientos por los que transcurre nuestra existencia o aquellos que proyecta nuestra mente con tal fuerza que los torna reales? ¿Vivimos en las horas que nos marca el reloj de los hechos —ajenos a nosotros— o en el que marca el de nuestra fantasía? Yo diría que sólo ésta rige nuestras vidas, pues incluso es ella quien determina los acontecimientos que nos afectan, detecta situaciones, personas, incluso atmósferas que permiten que nuestro ser florezca, y cuando esto no se da, consigue que el hombre pueda replegarse en la mente, es decir apartarse de lo que se suele llamar vida, y entregarse a lo que es su verdadera realidad, que, repito, por lo general, está ausente. El punto de intersección entre fantasía y realidad —es decir el momento en que coincidieran— sería acaso el único instante al que se pudiera dar con propiedad el nombre de vida, pero la amenaza de la muerte hace que estos instantes se desvanezcan apenas iniciados, y así, de hecho, lo que somos es muertos que van por el mundo. Yo soy un muerto, y como tal no puedo acercarme a nadie, decir nada a nadie. Somos muertos en un amplio sepulcro que es la tierra. Una única posibilidad nos quedaría: creer en Dios». Tú le diste entonces esta réplica: «Pero hay que comer, vestirse…». «Para morir», dijo él. «Para vivir», repusiste. «Y perdona que te lo diga, en el fondo tú nunca te has planteado los problemas reales porque vives de lo que ya tienes resuelto. Vas posponiendo incluso el primer paso: empezar a buscar trabajo en serio, ver a la gente, hablar con ella». «Yo no sirvo para eso. Además, bien mirado, el teatro es decir algo a la sociedad, ¿y qué quieres que diga yo? ¿Qué puedo decir, dime? Sólo puedo decir la muerte que tengo delante de los ojos». Llegado a este punto Lobo temblaba. Yo me mantenía en silencio, atenta, y tú seguías hostigándolo: «Pero el teatro ¿quién es?: el autor. El actor sólo representa. El actor, de hecho, no dice nada por sí mismo, transmite —muchas veces malamente— lo que el autor piensa…».

R.

Desdichado Lobo, pero ¿por qué diablos quería buscar camorra de ese modo? Recuerdo vagamente este diálogo, pero recuerdo también que mientras tanto el Pon Café se había ido llenando y unos tipos habían entrado, unos negros americanos que se nos acercaron con la pretensión de vendernos un coche por dieciocho mil pesetas. Él, con gesto displicente, dijo: «No interesa», y les indicó que se apartaran, pero al pasar uno de ellos junto a su silla le pegó una palmada en el trasero. Esperaba, sin duda, que saltara, pero el negro se limitó a sonreírle, y se puso con los demás a jugar a la máquina. Merodeaban también en torno al aparato otros americanos y entre ellos un pelirrojo que se movía amaneradamente. «Dile que no me gustan sus modales», dijo Lobo, y se levantó y se fue hacia el grupo. Al cabo de un poco lo vimos salir a la calle con el pelirrojo y volver a entrar. Habían ido a pegarse, al parecer, pero no lo habían hecho. Él, con aire irónico, se acercó a la mesa y sentándose explicó: «Hace mucho frío. Lo dejaremos para otro día». Pero no tardó en volver a levantarse y salir con otro tipo, para entrar de nuevo riéndose y repitiendo: «Otro día, otro día». Creo que el coñac empezaba ya a hacer en él sus efectos: había incoherencia en su conducta, si bien cuando se sentaba con nosotros volvía al mismo tema.

A.

«Ya ves lo que tengo delante de los ojos», dijo, «el mismo diablo, un mefistófeles americano, cobarde, como está mandado, porque la vida nos hace cobardes, porque el dolor nos hace cobardes, y sobre todo porque *la conciencia nos hace cobardes*[1], en este caso concreto más bien el frío nos hace cobardes y nos impide tomar la resolución de una pelea tan necesaria, pues se trata de destruir el mismo mal que nos habita, es decir la tiranía del deseo… ¿Qué es el mal, si no?». Llegados a este punto quise intervenir, pero él no me dejó hablar. «La cuestión es», proseguía, «que el peor de los males es a la vez el único de los bienes, ya que una vez cumplido el deseo, desaparece, y el hombre se queda entonces en la nada, en la

muerte. Así que lo mires por donde lo mires, lo que tienes que ver es siempre la muerte. Muerte y ficción». «Escucha», le espetaste entonces, «no sigas por ese camino, entra en la vida, déjate de historias, preséntate a un director y dile lo que puedes hacer y hazlo». «No sé hacer nada», dijo, «y tampoco sé qué hay que hacer, ¿qué es lo importante?». «Luchar, dar la cara», decías tú. Yo pude al fin colocar una frase: «Lo importante es amar». Me sorprendió la voz de Lobo, de pronto equilibrada: «Creo en las intuiciones femeninas», dijo.

R.

Todo esto no era más que un preámbulo, una introducción a lo que en el fondo maquinaba: una lucha a muerte definitiva. Era pintura de guerra, o bien eran ejercicios de precalentamiento, o sencillamente vestuario, maquillaje. Era recreación de la propia máscara, necesaria para hacerse identificable en el momento supremo; es decir, un diálogo que llevaba directamente a un punto clave, un punto que le afecta gravemente: su relación con la mujer, porque continuando con el tema de su inserción en la vida, su profesión, su deseo de ser actor, recuerdo que todo fue a dar en que habla estado a punto de ir a casa de Buero Vallejo y romperle la cara porque hacía decir a Hamlet «Vete a un burdel» en vez de «Vete a un convento». «¡Vete a un burdel!», exclamó, «¡pero qué se ha creído! ¡Vaya hostia le hubiera dado!». Afirmaba que, aunque quería ser actor —porque lo era, no por otro motivo—, él no podía mentir, y, en realidad, nadie podía atreverse a poner en escena una obra como *Hamlet* sin correr el riesgo de mentir en algo.

A.

«Buero merece una hostia por muchas más cosas», dijiste tú, «pero no por esto puedes quedarte así». Entonces él cambió de tercio, presentó otra carta de su complejo juego: «Siempre puedo irme a Ibiza y enterrarme, porque eso sería enterrarme». Y en aquel momento apareció Pepe, el sereno, por la puerta del café e

inmediatamente indicaste al camarero que estaba invitado a lo que tomase. Con paso cansino llevó entonces él la torpe mole de su cuerpo hasta nuestra mesa. «Este es un gran amigo mío», dijiste sin dejarle despegar los labios y colocando la mano sobre el hombro de Lobo, «siempre puede abrirle la puerta, sea la hora que sea». No entiendo qué te impulsó a decirle eso, y en aquel momento todavía lo entendí menos, sólo una cosa, como un flash, iluminó la frase: el coñac había hecho presa también en ti. El pobre señor Pepe, igualmente confuso, repetía: «Bien, don Raúl, bien». «¿Y cómo van esos libros?», continuaste: «Es el negro de uno de nuestros ilustres escritores, Cela», explicabas a Lobo; «dicen que se pasa el día escribiendo en su casa y consultando legajos». «Usted piensa qué sé yo qué», contestó en el mismo tono anodino de la frase anterior, el sereno, «pero, en realidad, yo sólo pego sobres». «Ande, ande, dígame la verdad, dígame su secreto». El señor Pepe sonreía ahora con su cara blanca, ancha y maciza partida por la nariz en una línea angulosa, presidida por sus dos ojos azules y fijos: «No hay nada, hombre, no hay nada», dijo alejándose hacia la barra.

R.

Tampoco yo entiendo muy bien qué me impulsó a decir eso al sereno. Probablemente tienes razón y fue el alcohol, pero cuando lo dije lo sentía y de hecho lo siento: Lobo ha sido mi mejor amigo, mi casa debería estar abierta para él en todo momento, pero ahora… Él siempre tiene que dar la vuelta a las cosas, tergiversarlas, aprovechar un gesto de caballerosidad para volverlo en contra de uno; en plena refriega, se le cae la espada, tú se la devuelves, y él, en el instante mismo en que aún no te has colocado en posición de lucha, te la clava en plena tripa y te deja tirado. Claro que quien acabó en el suelo fue él; y bien sabes que me resistí a pelear durante horas. Tuvo que hincharme los cojones, el cabrón, para que accediera. Su osadía al hacer uso aquella noche misma de mi frase; atreverse a pedirle al sereno que le abriera, acabando de dejarnos a los dos reventados de sueño. Y encima aparecer con aquellos aires, y apartándome materialmente con la mano; era demasiado, aunque hice un último esfuerzo de paciencia y le dije, obligándole a

sentarse en el sofá: «Vamos a ver, ¿qué te pasa ahora?». Y hete aquí que él se levanta, «Tengo una foto suya y quiero devolvérsela», dice, «tú no te metas». ¿Qué significaba aquel tono de voz, aquel modo de dirigirse a ti? Y tú, como una imbécil, fuiste hacia él, medio desnuda como estabas, y cogiste la foto que te tendía.

A.

Tu reacción fue exagerada, él quería darme la foto y no hablaba en tono ofensivo, ni displicente, ni siquiera chulo. Quizá, sí, estableció en ese momento una relación entre él y yo que te excluía, eso fue lo que te exasperó, nada más, porque es cierto que ya al entrar hizo aquel gesto con la mano, y ahora se dirigía a mí marcando un terreno en el que tú quedabas fuera. Me dio la foto y yo la dejé en el escritorio. Y ya me iba, con la idea de echarme algo por encima…, aunque sin duda me distraje un momento, debí de quedarme parada un instante junto al mueble, porque de pronto oí su voz que se quebraba en una exclamación: «¡Y yo a ti diecisiete!». Y a ti: «Espera que me ponga los pantalones y bajamos a la calle». Y como una exhalación desapareciste. «¡Te lo dejaré como a un Cristo!», me decía él, «ya verás, te lo dejaré como a un Cristo». No sé por qué yo, en aquel momento, no sentí inquietud, no detectaba la inminencia de ningún peligro. Tal vez era nítido para mí que él nada podía contra ti y tú nada querías contra él. Creo que sí, que era esto lo que en mi mente afloraba mientras repetía: «¡Como a un Cristo te lo dejaré!». Me puse el abrigo encima de la enagua y bajamos a la calle.

R.

Olvidas que antes de bajar intenté de nuevo evitar la pelea; olvidas que le dije que desistiéramos, que no quería dejarle tuerto de un manotazo, y él no atendió a nada. La noche, en la plaza, era distinta. Sólo salir del portal, quizá por el sentimiento de agresividad, de furia que me movía, me sentí de pronto como en Pamplona, como en una de aquellas ocasiones en que el vino nos

lanzaba sin rumbo en busca de querella, como la noche en que nos peleamos por primera vez. Entonces le dejé que me tumbara. Al principio no, claro…, habíamos estado jugando a la bofetada estoica en La Taconera con Iñaki y Paco, después de nuestra habitual ronda por San Antón y San Miguel. Empezamos con aquellas palabras que nos predisponían a apurar las horas de oscuridad, que allí, en aquel parque semisalvaje, tenía caracteres irreales. «La noche es buena por sí misma», dijimos a coro, «así que unamos la noche a la noche y démoslo todo por hecho». Casi sin mediar palabra nos distribuimos por parejas. Frente a frente Lobo y Fernando e Iñaki y yo. Duró bastante aquella primera fase, que consistía en aguantar uno que el otro le pegara en la mano. La resistencia de Lobo y la de Iñaki eran extraordinarias… Por ello, cuando Fernando se hartó, Lobo se acercó a Iñaki y dijo: «Cuando este botarate se canse…». «Tu puta madre», le solté, y me volví a él y le agarré de una mano con tal fuerza que casi lo tiré al suelo. Cuando recobró la estabilidad me dio un puñetazo. La verdad es que se caía de borracho y yo también; habíamos estado zahiriéndonos la tarde entera. «Ya me has jodido bastante», decía él, y me asestaba otro en las costillas. De nuevo lo atrapé, esta vez por la muñeca con la izquierda, y al hacerlo ahora intuí que si le pegaba con la otra mano perdería el sentido. «Basta ya, imbécil», dije, y lo solté, y al instante arremetió contra mí con una lluvia de golpes, golpes torpes que yo apenas notaba como un roce. «¡Vamos, Raúl, dale ya!», gritó Fernando, pero yo decidí zanjar la cuestión fingiéndome vencido. Pretendí defenderme un poco más y, cuerpo contra cuerpo, dimos en el suelo. Dejé que me apresara entre sus dos piernas y así, con todo su peso encima de mí, sus muslos presionándome el vientre y los brazos, éstos en apariencia paralizados, le dejé que me agarrara por el cuello y me pegara en la cara y fingí quedarme inmóvil, derrotado por él. Él aún no se había movido, cuando abrí levemente los ojos: en el negro cielo helado se veían claras las estrellas. Hubo un momento de silencio, de pausa, que sentí como una sacudida eléctrica interior, agitado como estaba, y recibiendo, de hecho, el calor de su cuerpo, hasta que se puso en pie. Fue Iñaki quien, en realidad, lo levantó y luego Fernando tiró de mí. «Por esta noche la función ha terminado», dijo. Caí en la cama redondo, y cuando desperté, a la mañana siguiente,

Lobo estaba afeitándose en el cuarto de baño; mejor dicho, contemplaba en el espejo su cara, sus pómulos enjabonados y la sangre que asomaba por uno de ellos mezclándose con la espuma. «¡Cojones, no vas a ponerte agua oxigenada!», le dije. Se había hecho una raja que casi partía en dos mitades su mejilla izquierda.

A.

Aquella herida, entonces, pudo ser voluntaria, provocada. Él quería pelear contigo, quería derrotarte, y a la vez ser herido por ti. Al no conseguirlo lo hace él mismo, traza la señal expiatoria de su culpa, un signo que además lo representa. Y si te fijas, ahora, le movía el mismo sentimiento, buscaba la misma pelea, con las mismas finalidades contradictorias. Quizá, en cierto modo, tú representes también para él el padre, ya que más de una vez en esta relación adoptas ese papel. Lo inicias en determinadas cosas, le das apoyo, aliento, y además, en cuanto a la mujer…, el primero en conocerla eres tú, pero incluso en este campo no puedes evitar lanzarlo a la acción, ponerlo en movimiento, si bien por ello no renuncias tú… Y resulta que él te la quita, aunque intuya en su nebulosa que ella te pertenece. Quizá siente esto desde el primer momento, sin duda tú se lo haces sentir.

R.

¡Qué estupidez! Nuestra relación no se vinculaba a ti; él y yo éramos amigos mucho antes de que tú aparecieras. En realidad tú, de él, no sabes nada, él no se deja conocer. No es sólo que haya que ir a verlo en su salsa, con su familia, sus padres terribles, para olerse algo de lo que es, sino que hay que vivir con él. Tú no tienes ni idea. ¿Sabías que se pasaba horas enteras delante del espejo maquillándose y desmaquillándose? ¿Lo sabías? ¿Sabías que se probaba todas las pelucas que luego utilizábamos en las obras? Ver su propia imagen, esto es lo que siempre le ha dado el mayor placer. Aunque tal vez sí, tal vez aquella herida era parte de una caracterización. Y ahora…, ahora, claro, ¿cómo va a contemplarse

con rostro de abogado colegiado —por su padre—, sin huevos para presentarse a un juicio, sin huevos para nada, excepto para sacarse una foto de la cartera y devolvértela con gesto displicente?

A.

No hubo tal gesto, te digo; quizá, en el fondo, lo que buscaba era sólo recuperar un rostro propio que pudiera mirar, un rostro en el que pudiera reconocerse. Por eso soltó toda aquella perorata sobre el teatro, luego hizo una tentativa de acercarnos a un sí mismo más reciente: los dibujos de Ibiza, y fue a buscarlos en un taxi. Quería llevarnos a su casa a verlos pero a ti te dio pereza, así que fue y los trajo. Este gesto todavía me desconcierta. ¿Indica solamente soledad?

Cuando llegó con la carpeta cambiamos de posición, él se sentó entre los dos y nos enseñó los dibujos uno por uno. En general eran retratos y llevaban un título o un lema. El mejor era «Alain, que se abstuvo después de decir nada». En la carpeta, de hecho, casi todos los papeles estaban en blanco. Cuando acabamos con esto, hizo otra tentativa: «¿Queréis ver las fotos más chorras que se han hecho en los últimos años?». Y sacó de la cartera unas cuantas fotografías, todas de Ibiza: él en el calabozo, sentado, con una expresión estúpida —los ojos habían salido movidos— («me encerraron cuando el día que estuve de guardia dije a todos los soldados que se fueran al cine y el jefe volvió antes de lo previsto»); él en un chiringuito junto a la playa; él a caballo y con un paisaje de higueras y camino al fondo… «¿Y qué tiene de particular Ibiza?», decías tú, «Son casas junto al mar». Te contestó: «Es el paraíso».

R.

Todo lo que le pasa es que es un cobarde. Ibiza un paraíso, ¿por qué? Porque aunque estuviera jodido, con calabozo, imaginarias y toda la pesca, allí no tenía que decidir nada, no tenía que hacer uso de su libertad, y esto es lo que en el fondo le aterra. Sí, y además él lo sabe: «Porque la vida nos hace cobardes, porque el dolor nos

hace cobardes, y sobre todo *la conciencia nos hace cobardes*»; quería decir «me hace cobarde», me impide hacer frente al verdadero problema. Por ello se orienta hacia una cuestión lateral y le da una palmada en el trasero a un negro, sale a pegarse con un pelirrojo, vuelve a entrar sin haberlo hecho, se sienta a la mesa, suelta una perorata, apoya después la cabeza en la mano y mientras la balancea ligeramente canturrea por lo bajo con los ojos cerrados hasta caer en el mutismo, y cuando vuelve a hablar es para decir de nuevo que tiene talento pero no sabe hacer nada. ¡No quiere hacer nada!, ¿entiendes? Porque todo, todo, le da miedo.

A.

Tal vez, y tal vez el mismo miedo generaba aquella tristeza invencible que se asentó paulatinamente en todos los recodos de su rostro y su voz debilísima cuando dijo: «No pasa nada», tras haberse quedado un rato con la mirada perdida. «El paraíso», habías observado, «deja de existir en cuanto se muerde la manzana», y sacaste uno de los dibujos de la carpeta, que él dijo era el retrato de una puta francesa. Era una mera línea que describía un perfil casi de niña con labios delgados y nariz chata, y luego se bifurcaba en las cuatro rayas del pelo. De través había un escrito, se hubiera dicho un poema. Con gesto rápido te cogió el dibujo y volvió a colocarlo en su sitio. «No merece la pena», dijo. Y luego se sumió en el mutismo. «¿Qué pasa ahora?», exclamaste irritado. Y ante su respuesta tan débil que se ahogó como una piedra mínima en el agua, le gritaste: «¡Vive, coño! ¡Parece mentira!», y golpeaste la mesa con el puño. «¿Cómo quieres que viva?», te contestó casi en un lamento, «¿no vamos a la muerte?, ¿no vamos a morir?». «¡Pero Lobo…!», dijiste. Y él, ahora con energía: «¡Calla, calla, déjame hablar!». Y dando un giro a su voz, como un saltimbanqui que tras estar en el límite del equilibrio hace una pirueta y se presenta con los dos pies asentados en el suelo, añadió: «Aquí hay una solución». Y se sacó del bolsillo tres libros y los colocó sobre la mesa.

R.

Era realmente el momento adecuado para ofrecer el rostro de Kierkegaard y el de Leibnitz: a la una de la madrugada y con medio litro de coñac en el cuerpo. ¡Libros! Puro reflejo. Mónadas, espejos vacíos frente a frente…, meras palabras.

A.

Palabras, esto es… *sub specie aeterni*… Sí, recuerdo esta expresión. Dijo algo así como que el pensamiento *sub specie aeterni* anula la existencia, pues la existencia es movimiento. Después empezó a hojear uno de los libros en busca de una página. «Mira esto», dijo, y me pasó el ejemplar abierto señalándome un párrafo subrayado en rojo. Leí: «*En efecto, nada puede acontecer más que pensamientos y percepciones, y todos nuestros pensamientos y percepciones futuras no son más que consecuencias, aunque contingentes, de nuestros pensamientos y percepciones precedentes, de tal manera que si yo fuese capaz de considerar distintamente todo lo que me sucede o aparece ahora, podría ver en ello todo lo que me sucederá o aparecerá en el futuro*». «¡No jodas!», soltaste tú, «¡A estas alturas no vas a ponerte a creer en la armonía preestablecida!». «No creo en nada», dijo él, «pero busco los hilos de la tela de araña. Y niégame tú que la flor está ya entera en la semilla, ¡niégalo!».

Yo seguía pasando las páginas de aquel librito en busca de otros subrayados, curiosa por ver a qué caminos del discurso se unía Lobo. Leí en voz alta: «*Pero como pensamos a menudo en quimeras imposibles, por ejemplo, en el último grado de la velocidad… En este sentido, por tanto, puede decirse que hay ideas verdaderas y falsas, según que la cosa de que se trate sea imposible o no. Y cuando puede uno jactarse de tener una idea de la cosa es cuando se está seguro de su posibilidad. Así, el argumento susodicho prueba al menos que Dios existe necesariamente, si es posible*».

R.

Sí, leíste ese párrafo y a medida que el otro se iba hinchando como un pavo real yo veía en tus ojos como un endurecimiento, una suerte de quietud helada que los iba inmovilizando hasta fijarlos en su rostro. También para mí era una imagen nueva: Lobo con el *Discurso de metafísica* en la mano, pero respecto a él cualquier cosa era imaginable. En el fondo sigue sin querer ser adulto, sigue queriendo aferrarse a las manos de papá y mamá. ¡Pero coño!, ¿por qué tuvo que armarla? ¿Por qué tuvo que provocar hasta el final? ¿En qué punto encajaba la pelea con ese juego de manos de los libros?

A.

Eran muchos más los párrafos subrayados, pero me harté de la obrita, la dejé y cogí otra. Quiso el azar —o acaso el hecho de que aquella página hubiese sido la más releída— que se abriera por el apartado que daba nombre al libro. Los tres párrafos estaban subrayados y algunas frases incluso marcadas con dos líneas paralelas al margen. Leí al azar: *La inocencia es ignorancia… El espíritu del hombre está soñado*. «Un poco más abajo», me dijo Lobo, y me arrebató el libro de las manos para seguir él: «*En este estado hay paz y reposo pero al mismo tiempo otra cosa, que, sin embargo, no es guerra ni agitación pues no hay nada con que guerrear. ¿Qué es ello? Nada. Pero ¿qué efecto ejerce? Nada. Engendra angustia. Es éste el profundo misterio de la inocencia: que es al mismo tiempo angustia. Soñando proyecta el espíritu de antemano su propia realidad; pero esta realidad es nada: y la inocencia ve continuamente delante de sí esta nada*». Y luego, pasando la página, exclamó: «¡Mira, mira lo que dice del miedo y estados análogos!: *Estos refiérense siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad*». Cerró el libro y lo dejó en la mesa, y sin retirar la mano de la tapa cerró también los ojos, como preso súbitamente de un cansancio invencible. Quedamos así en silencio los tres, no podría decir por cuánto rato.

R.

El miedo, te lo estaba diciendo, ese es el único tema serio en él. Es pánico lo que siente. Pero yo no puedo vivir por él, ¿entiendes? Nadie puede entrar en el pellejo de otro, encarnarlo y vivir su vida. Se pueden marcar unos puntos de apoyo, unas directrices, incluso unos modelos, y hasta en un momento dado situar al otro en el lugar exacto desde donde tiene que dar el salto, pero en modo alguno dar el salto por él. En el fondo ésa era su diatriba con el tema de Hamlet, qué quería decir si no con aquello de que Stanislavsky se retiró tres años a estudiarlo y concluidos éstos dijo que no podía interpretarlo, que era demasiado grande para darlo al público. Pero él ni siquiera se ha retirado esos tres años, ni siquiera lo ha intentado en serio. Es muy fácil sacarse tres libros de la manga, resolver la tragedia con un deus ex machina, pero la cotidianeidad es otra cosa, es salir primero a escena cada día sólo para llevar una carta en una bandeja, sin decir nada, o pasarse ocho horas en una oficina. Luego puede uno pateárselo si quiere, pero primero hay que hacerlo. Los libros, para esas cosas, no sirven de nada. Ni para la fantasía sirven, porque incluso ésta tiene que ser propia.

A.

Él todavía salió una vez más a la calle a pegarse con alguien y volvió a entrar sin haberlo hecho, antes de que nos fuéramos. Recuerdo que entonces, en lugar de sentarse, estuvo hablando con los americanos aquellos. Yo cogí la carpeta de dibujos y volví a mirarlos detenidamente. También tú te levantaste y te acercaste a la barra, así que me quedé sola con los dibujos y los libros y cierto malestar. El momento de fascinación había concluido y no me quedaba más que observaros de lejos o bucear en aquellas páginas subrayadas: «*La “angustia” debe entenderse aquí continuamente en relación con la libertad*, leí. *El educado por la angustia es educado por la posibilidad, y sólo el educado por la posibilidad está educado con arreglo a su infinitud. La posibilidad es, por ende, la más pesada de todas las categorías*».

R.

Eso te decía. La posibilidad… Él no es capaz de hacerle frente. Por ello va a tientas. Por ello de pronto nos despedimos, nos acompaña hasta la puerta de casa, nos deja, y a los diez minutos aparece con otra máscara, y de la fraternidad amistosa con que nos hemos dicho adiós pasa al empellón, a echarme con un gesto y a devolverte aquella condenada fotografía. Tal vez quiso hacernos beber de aquel modo sólo para llegar a efectuar ese gesto, si bien puede que no se tratara precisamente de ese gesto concreto, sino simplemente de un gesto simbólico que sellara su realidad, que fuera como el emblema de su persona respecto a nosotros dos ahora. ¿Y qué mejor que algo que demostrara su prioridad? Lo cierto es que está acabado.

A.

Cuando salimos a la calle se apoderó de mí la belleza de las cosas, la luz de la alta noche, el hondo silencio, los coches quietos, fríos, su colorido aplastado y unido por la débil claridad de las farolas, los troncos de los árboles, opacos, y sus ramas, delgadas y largas y muy blancas, con ese color que da el frío y la niebla. Fuimos hasta la pequeña plazoleta formada por los aparcamientos, y allí, debajo de los árboles, el pelo de Lobo destacaba por el color. Él te increpaba, tú le tomabas del brazo e intentabas disuadirlo aún, pero con un gesto rápido se puso frente a ti: «Estamos aquí y tenemos que pelear», dijo, y te empujó. Tú levantaste la mano, le diste una bofetada y te alejaste un poco. Él corrió en pos de ti y arremetió. Era una pelea llena de movimiento, de carreras entre los troncos. Yo los miraba, os miraba, miraba la tierra, y corría también a vuestra zaga. En un momento dado pude agarrar la mano de Lobo y decirle que lo dejarais estar, pero él me cortó: «¡Apártate, que aún recibirás tú! Hazme caso». Me di cuenta entonces de que estaba llorando. A partir de aquel momento la pelea se recrudeció. Lobo corría como enloquecido, el pelo cayéndole por la frente. Se abalanzó sobre ti, tú paraste el golpe y lo dejaste tambaleándose por un breve instante. «¡Por Dios, dejadlo estar!», clamaba yo, pero

Lobo embestía y tú te lanzabas sobre él y al fin le golpeaste con tal fuerza que cayó dándose contra la carrocería de un coche. Quedó inmóvil, y al captar el odio que había en tus ojos pensé que era el final, que nunca más volvería a verle. El sereno, que rondaba por allí, se acercó y te ayudó a levantarlo. Te dijo: «Ahora suba a su casa, don Raúl, yo me ocuparé de él». Entonces te cogió a ti del brazo y te llevó hasta la puerta. «Búsquele un taxi», dijiste tú. Lobo estaba de pie. Este es el punto que queda oscuro en mi mente: con naturalidad los dos entramos en casa, nos metimos en el ascensor, y al llegar al piso empezamos a desnudarnos, y tú hasta te metiste en la cama. Yo me asomé a la ventana y vi a Lobo tendido con la cabeza apoyada en la acera y el cuerpo, cuan largo era, en la calzada. Este fragmento, este vacío que va desde que lo dejamos en manos del sereno hasta que lo veo abandonado por la ventana y tú decides bajar y subirlo a casa…

R.

Es un lapso muy breve y la reacción es natural, dada la situación, el alcohol y el cansancio. El sereno ha dicho que se ocupa de él y nosotros, agotados, sentimos un alivio momentáneo y nos agarramos a él. Yo me hubiera dormido. Fue una suerte que se te ocurriera mirar por la ventana, aunque, en realidad, no sirvió de nada. Esto es lo terrible respecto a él, cierta inutilidad, cierto fracaso en esos intentos de acercamiento, se cierra como una lapa y no hay manera. De ello sabes algo tú. Por lo visto lo de *decir no* lo aprendió bien, aunque me inclino más por creer que es algo innato. Seguramente una manifestación del mismo miedo: ante la incertidumbre, se encierra herméticamente en su concha y no deja asomar ni un tentáculo. Y se pone a leer, a substituir… Esto lo llena, pero sólo en apariencia. En el fondo sabe que se engaña y por ello provoca estas situaciones. Lo que no entiendo es por qué precisamente estas situaciones. ¿Acaso son las únicas que le sirven, las que entiende por vida? Si no, ¿por qué, por ejemplo, se pone a robar coches, por qué rompe los cristales de la universidad?

A.

Estaba tendido sin conocimiento, la cara bañada por la luz de la alta farola. Me recorrió un escalofrío. Como me dijiste, preparé la cama pequeña, pero volví enseguida a mi observatorio. No entendía qué pasaba, es decir, desde el momento en que empezasteis a hablar… Tampoco sabía qué hacer; si bajaba, tal vez empeoraría las cosas. En un momento dado fui a cerciorarme de que todo estaba bien dispuesto, y al volver habíais desaparecido. A lo lejos un hombre corría y otro detrás. Erais vosotros dos. Vi cómo lo alcanzabas en el cruce, lo agarrabas de la manga y él se liberaba de un tirón y seguía corriendo. Al poco te vi dar la vuelta en dirección a casa y fui a acostarme. Cuando entraste en la habitación dos lágrimas oscilaban en tus ojos: «No ha querido venir», dijiste. «Por lo menos ha tenido la dignidad de no querer subir. He intentado convencerlo por todos los medios. Le sangraba la boca, tenía los ojos hinchados y no dejaba de llorar. Le he dado demasiado fuerte, demasiado fuerte… Pero él lo ha provocado, él y no yo. Mi amigo, el único amigo que he tenido». Y así seguiste hablando largo rato con la luz apagada. Era como una melopea de carácter ancestral que yo no quería interrumpir. En las ondas del sueño te oía aún: «Está acabado… Ya no le queda nada, ni siquiera tu fotografía. Está destruido, está destruido…».

R.

Lo he matado, ¿entiendes? He matado a Lobo. Él lloraba, y mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas iba repitiendo: «Yo te quería, te quería a ti, independientemente de que te casaras con ella. Te quería a ti, Raúl». Es espantoso. Tengo su cara grabada en la mente, sus ojos, la sangre que le huía del labio. Si hubiera subido, si por lo menos hubiera subido… De estar en medio del campo, en vez de en la ciudad, mi impulso me hubiera dominado, sin duda hubiera acabado del todo con él. Entonces lo hubiera besado y después enterrado y llorado todos los días de mi vida. Hace cinco años yo creía que él era superior a mí: más guapo, más inteligente, más elegante… Y sólo porque tú ibas con él. Pero sabía

que yo era más fuerte. Ahora el juego se ha terminado. ¡Y pensar que nunca nadie ha podido aguantarme excepto él!

A.

Nunca más volveremos a verlo, nunca, pero tú puedes comprobar que sigue vivo.

Los que velan tienen un mundo común,
pero los que duermen se vuelven cada uno
a su mundo particular.

Creo que no logré plasmar ni por asomo el hundimiento de Raúl. No entendía por qué este personaje, que tenía tan próximo, se me escapaba; tal vez su complejidad real me excedía, tal vez al ser algo más que una mera apoyatura para mi imaginación… La novela quedó interrumpida de nuevo. Leía aquella última parte y me decía que necesitaba muchas correcciones, que algo fallaba en la estructura, y posponía trabajar en ella con la excusa de que aún no conocía el paisaje de tu infancia y era mejor seguir el orden definitivo. Sucedieron entonces curiosos fenómenos que hicieron que imaginación y realidad volvieran a trenzarse en mi vida, si bien de un modo muy distinto de como lo hicieron en aquel momento.

Acabábamos de volver de París. Las cosas iban muy mal. Raúl pretendía que yo me fuera de casa sin más, y por esto mismo yo resistía. Sus amoríos… Me importaban muy poco, a decir verdad, pero ahora barruntaba algo nuevo y terrible, a través de Laura. Los domingos se la llevaba de excursión y ella volvía con una extraña agresividad. Otras veces lloraba inconsolable. Una tarde, había salido con él un rato y al volver, llena de ira, me espetó: «Los dos sois malos, los dos tenéis la culpa de lo que os pasa». No recuerdo más que eso y la atmósfera tensa que creó con sus palabras y que yo, para apaciguarla, saqué el tarot —que le gustaba mucho—, eché las cartas y empecé a interpretarlas. Enseguida se tranquilizó y nos pusimos a hablar y a echarlas una y otra vez con distintas preguntas. Al cabo de casi dos horas no puedo decir qué cartas salieron, pero al verlas dije como movida por un resorte, sin que mediara reflexión: «Papá tiene una amante, acaso con hijos, te la presentará y te ofrecerá formar con ellos una nueva familia». Hubo un instante de silencio y después, con voz profunda, Laura dijo: «Mamá, eso es lo que acaba de suceder. Esta tarde, cuando me ha llamado para salir, era para presentármela». Se echó a llorar.

Unas semanas después, un domingo en que se habían ido de excursión, al volver, Raúl la dejó en casa y luego se marchó.

Cenamos en silencio, yo evitando hacer preguntas y ella evitando mirarme. De pronto se acercó a mí y abrazándome empezó a repetir: «No puedo más, no puedo más. Tenemos que separarnos». Eso dijo y no era la primera vez, de modo que al día siguiente yo me fui al obispado y puse la demanda. No se lo dije. Sabía que, aunque a veces se abría plenamente a mí, sucumbía a su fascinación. No había que olvidar que era una niña.

Vivir cada día hasta que llegaba la noche era tan duro para mí, entonces, que todo mi esfuerzo iba dirigido a lograrlo. Hoy, por extraño que parezca, ese tiempo resulta en mi mente un periodo oscuro que sólo dos o tres estampas, fugaces como relámpagos, cruzan. Una de ellas soy yo sometida a las torturas de Raúl: él, sentado a la mesa, se pone en pie, gritando porque dice que la comida está sosa. Coge el plato lleno de espaguetis y lo estrella contra el suelo, luego se va dando un portazo. Al instante vuelve con el gato, agarrándolo por el pescuezo, y dice que si la casa no deja de oler a bicho inmediatamente, al otro día aparecerá ahorcado delante de mi cama. Aquel tono de voz como un martillo va penetrando en mi cabeza. Él tira el gato al suelo. Sigue gritando. Laura con mirada despavorida sale del comedor. Se oye la puerta de la calle: se ha ido. Yo me voy al salón y cojo el bastón de magia que tenía Raúl. Él me sigue. Le amenazo con el bastón. Sigue acercándose. Llego a darle un golpe. Se echa encima de mí, me quita el bastón, lo tira y con su puño de hierro me golpea en la cabeza, astutamente donde el pelo ocultará cualquier hematoma. Me golpea de nuevo. Logro llegar a la ventana y abrirla. Grito. Grito desesperadamente. Sigo gritando. El desaparece. Yo grito todavía bastante rato. No pido auxilio, son gritos de pavor, y también de asombro, gritos incluso para tomar aliento, para recuperar el propio ser mediante el espacio abierto por el grito, por donde entra luego el aire y logra llegar hasta los pulmones. Grito cara al vacío, cada vez más amansadamente, apoyada en el borde mismo del alféizar. La idea del suicidio se dibuja en mi cabeza. Al grito se mezclan sollozos que acaban recubriéndolo. Finalmente, me quedo mirando la plaza, la distancia de ocho pisos que me separa del suelo. Me digo que no puedo arrojarme desde lo alto. No puedo enfrentarme al vacío de la muerte a través del vacío. Me es imposible. Tendría que engañarlo. Sólo mediante el sueño de los barbitúricos lograré

hacerlo, me digo. Sólo de un modo progresivo, lentamente —*soñar, tal vez dormir*—, ir entrando en el sueño y en la muerte; ir tomando ahora dos pastillas, luego otras dos, hasta, ya en la bruma, lograr terminarse el frasco. Las ramas de los árboles están recubiertas de hojas tiernas, los coches brillan al sol, pasa gente. Nadie se ha dado cuenta de que yo he gritado. Un sueño progresivo, ésa era la única posibilidad de suicidio para mí, y no otra. Con esta idea me voy sosegando y dejo la ventana.

Ni Laura ni él aparecieron en todo el día. Algo inquieta por Laura, y a la vez bastante indignada… Ella volvió al atardecer. No me dijo nada, se encerró en su habitación y no la vi de nuevo hasta la mañana siguiente. Mientras tanto yo te había llamado y quedamos en vernos, y no pasaron muchos días hasta aquel en que hablaste con Raúl y él consintió en marcharse de la casa. Su relación conmigo era insostenible, y así y todo, el mismo día antes de irse me decía: «Por favor, intentémoslo una vez más, me obligas a echarme en brazos de una mujer a la que no quiero». Era su horror al vacío quien lo obligaba. En cuanto a Laura, cuando él se fue empezó a mostrarse esquiva y callada conmigo. Él, de todos modos, aparecía continuamente con una excusa u otra. Un mediodía llegó completamente alterado. Venía a buscar el correo y como no había nada se sentó a hacer unas llamadas. Cuando acabó empezó a hablarme de lo mal que estaba, en una buhardilla que le habían prestado. Le pedí que se fuera, le dije que no había logrado dormir en toda la noche y estaba agotada. «Tú estarás agotada», replicó, «pero otros están peor que tú». Y sacando un frasco de barbitúricos medio vacío continuó: «Mira esto, cierta persona se ha pasado la noche entera tomando pastillas, de una en una primero, luego de dos en dos, hora a hora, se quería suicidar. He logrado quitárselas y le he metido una bronca descomunal». Me contó entonces que había prometido a Laura que dejaría a Marisa; que Laura no soportaba la idea de que él se fuera a vivir con ella y que, al fin y al cabo, quien le importaba era Laura. No volvería a verla, si bien acababa de llamar a su casa y nadie contestaba.

No atendí a nada más. Le dejé hablar todo lo que quiso, llamar mil veces, hasta que decidió marcharse. En mi cabeza sólo había el rumor de la calle, los ruidos de los coches y mis propios gritos de aquella mañana de hacía apenas quince días, y la sensación terrible

de mirar desde la altura al vacío; el sentimiento de desesperación extrema y la conciencia de que ese salto no podía darlo, de que nunca lo daría. Y después el sosiego al comprender que la única solución era engañar a la misma muerte, disfrazarla con el sueño, el progresivo adormecimiento, ver con nitidez absoluta que aquélla era la manera. Yo lo había pensado. Ella lo había llevado a cabo.

Eso no fue todo. Al poco de irse Raúl, Marisa llamó. Lo había hecho otras veces, aunque yo me limitaba siempre a decir «está» o «no está». «Sabes quién soy, ¿verdad?», me dijo. «Quisiera pedirte algo, lo hago porque es muy urgente. Si aparece o te llama, dile por favor que venga a verme». Le contesté que acababa de marcharse y que me lo había contado todo, que no creía que volviera ni que llamara. Me dijo entonces que estaba desesperada, que necesitaba hablar con él, que iría a buscarle, aunque no sabía dónde encontrarlo. Yo entendía hasta tal punto su estado interior; sabía hasta tal punto lo cruel que puede ser Raúl… Le dije, entonces: «Si puedo hacer algo, no dudes en llamarme». Eran las tres de la tarde, a las ocho y media su hija telefoneó diciendo que su madre estaba muy mal, que me pedía que fuera enseguida. Cuando llegué a la casa ya se la habían llevado. Los niños estaban con una vecina, la misma que había pedido la ambulancia. Acudí al hospital y me encontré de pronto dando sus datos, los datos de «una mujer a la que acaban de hacer un lavado de estómago»… Nunca la había visto, pero pude decir enseguida que era ella pues en el preciso momento en que entraba yo en una pequeña salita introducían la camilla, y aún estando Marisa medio dormida, el médico le preguntó: «¿Tiene usted familiares? ¿A quién podemos avisar?». Sin lograr abrir los ojos, dio el nombre y el teléfono de Raúl. El médico se dirigió a mí y me pidió que llamara a aquel número. Lo hice sabiendo que nadie contestaría. Cuando volví, ella seguía igual. El médico la mantenía incorporada, sosteniéndola con su brazo, que le abarcaba la espalda. «No hay que dejar que se duerma ahora», me explicó. Y a ella le preguntó a quién más se podía avisar, ya que nadie respondía en el número que había dado. Entonces adelantó un poco la cabeza, abrió los ojos y en una exclamación emitió mi nombre. «Soy yo», dije, «y estoy aquí». Pero sus pesados párpados habían vuelto a caer. «Hay que moverla», dijo el médico, «vamos a levantarla y a vestirla y se la lleva usted a su casa. Dentro de un par

de horas ya podrá dejarla dormir. Por lo visto había tomado tranquilizantes durante toda la noche pasada y, presa de inquietud, ha vuelto a tomar bastante cantidad. No es nada, hemos podido intervenir enseguida, pero tiene que pasar un buen rato despierta. Háblele usted y, sobre todo, haga que le hable. Quédese con ella por lo menos estas horas en que hay que impedir que enlace con el sueño anterior. Puede acosarla y darle una manzanilla. Y recuerde: si pasa un par de horas hablando y la ve normal, ya puede dejarla dormir».

Lentamente se fue despertando y al comprender quién era yo se puso a llorar y a abrazarme, y después empezó a hablar con toda naturalidad. Una vez en su casa la ayudé a desnudarse de nuevo y a meterse en la cama y, tal como había dicho el médico, le preparé una infusión de manzanilla. La cocina se hallaba en absoluto desorden, platos amontonados en la pila con restos de comida, vasos de leche a medias, trozos de pan, una bandeja con tazas de té llenas de posos… Todo en un estado de abandono tal que comprendí que su angustia se remontaba por lo menos a dos o tres días antes.

Tenía la cama casi a ras del suelo y la pared próxima a ella estaba repleta de fotografías de Raúl, en algunas con los niños y con ella, e incluso todos con Laura: eran las fotografías de las excursiones. Ver el rostro de Laura entre aquellos otros… Pero lo que más me impresionó fue que se veía, dentro del armario entreabierto, un vestido… Nada más verlo me sentí como en un túnel oscuro y a la vez empujada por una fuerza mágica. Olvidé el estado de desesperación en que se encontraba ella y sentí una súbita pérdida de aliento. Me senté a la cabecera de la cama e intenté volver a la realidad removiendo la tisana y después ocupándome de que la enferma la tomara sin derramarla. No pude evitar, de todos modos, una observación: «¡Qué vestido tan bonito, ese de color rojo!».

Ella, que sin duda sentía ese alivio que sucede a un terrible dolor, me habló entonces de muchas cosas y empezó con el vestido: se lo había comprado para salir con Raúl el primer día que los invitaron a cenar juntos.

Unas semanas antes, cuando Raúl canceló la cuenta común y yo fui a sacar dinero y me encontré con que no podía, me quedaban

tres mil pesetas y decidí hacerme con ellas un regalo. Hacía tiempo que me preguntaba si volveríamos a vernos cuando yo estuviera separada, y pensaba que en ese caso me gustaría ir vestida de rojo, ya que tú, una vez, habías esperado mis cartas vistiendo ese color simbólico. Aquel día, al dejar el banco, en un estado de agitación tan grande que me parecía se harían visibles los latidos de mi pulso, me encaminé al centro comercial y como una autómata me dirigí a una tienda que yo no conocía. Era como si obedeciese a una voz interna que me dijera —si bien no se delimitaban las palabras—: «Entrarás aquí, que es donde ella se compra la ropa, y encontrarás el vestido». Así fue: entré y vi un vestido rojo colgando entre otros en el largo perchero. Sin vacilar lo cogí y me lo probé. Valía exactamente el dinero que llevaba. Al salir de la tienda eché a correr. Aquel hecho me asombraba y a la vez me parecía completamente natural: era un fruto del azar objetivo, nada más, aunque el mecanismo absoluto de mis gestos… Pero ver el mismo vestido en su armario.

Aquella noche hablamos muchísimo y yo pude darme cuenta de hasta qué punto había logrado atraer a Laura: no se limitaba la cosa a las excursiones, sino que comía a veces en su casa; y el día terrible en que desapareció, fue a consolarse con ella. Por este motivo no entendía ahora que Raúl quisiera dejarla y debido a Laura. Seguimos hablando hasta que se cumplieron las dos horas, entonces dejé que se quedará dormida. Volví a casa con la decisión de no verla más, las coincidencias enigmáticas, primero lo del suicidio, luego el vestido…

Dos días después Laura se iba a pasar las Navidades con sus primos, y, a la semana, ella volvía a intentarlo. Esta vez la internaron en un sanatorio, la sometieron a un tratamiento y Raúl fue a verla. Cuando salió empezaron a vivir juntos. Al llegar el verano, Michèle, la mujer de Antonio, me invitó a París con el proyecto de ir luego a Londres las dos. Pensé que era una buena idea y tomé un billete de avión Madrid-Bilbao-París. Fue entonces cuando estuve en tu tierra. A mi regreso, con todas las notas recogidas, podía intentar de nuevo la segunda parte de la novela. Decididamente me tocaba describir en primer lugar otro trayecto, ahora en un paisaje de ciudad y no en la atmósfera del quattrocento de la primera parte.

Lobo

Cuando el camino se esboza entre la niebla y bajo los pies es gris el asfalto; cuando el amparo de los pensamientos son falsas acacias de aterido tronco, de ramas alisadas por el frío y progresivamente aladas a medida que se elevan; cuando el movimiento del tráfico que está ahí mismo se constituye meramente en ruido de gas y metal, órgano urbano, jadear del gigantesco cuerpo urbano; cuando los pasos se dirigen a una ceguera donde sólo un destello verde y otro rojo hacen señales que, en realidad, no son más que orden de pausa o fluidez, y avanza la mente —bruma en la bruma— sin que la llama de los ojos interiores acierte a iluminar los prados repletos de diminuta flora, es Madrid y es el mes de noviembre.

Marca la costumbre lo que llamamos arraigo cuyo opuesto es desarraigo, y el que ve difícilmente una meta es porque ha perdido las huellas, en sí mismo, del camino recorrido. El camino recorrido es al futuro ciego como la armadura y el compás a la melodía. El que lo pierde se queda en una isla de tiempos inciertos, de hechos vacíos: pasado y futuro vacíos en un cerco de presente vacío. Mas dirigir todo el esfuerzo a penetrar, a integrar el pasado para poder proyectar y hacer saltar la chispa del ahora; para poder partir del pasado en el proyecto…

Cuando al cruzar la calle, la plaza, hay grandes álamos desnudos, inmóviles, a la espera de la noche en que fantasmagóricamente la tiniebla poseerá su cuerpo de blancura, en que el grito, la lucha, la sangre mínima en un rostro les otorgará calidad de carne, de torso y brazos; cuando se atraviesa el paseo y se llega a una breve colina al ritmo de una silueta desdibujada, un alear azul marino que se desvanece y reaparece entre las carrocerías de los coches, al aire de una bufanda; se bordea el monumento de Isabel a caballo, el breve estanque lleno de hojas secas que navegan en su superficie; se llega, pisando tierra fría, hasta el Museo de Ciencias Naturales y apenas hay un alma, ni crecen las malvas reales que en las laderas emergen en rojo y rosa durante la estación

cálida; la calle se llama Pedro de Valdivia y es un pasadizo paradisíaco de silencio y enigma —ámbito distribuido por negros hachones erectos— y allí se libera la mente, y allí se abre un panorama de elevación que un día fue, una posibilidad de ser de nuevo, mientras la silueta ha doblado por la calle Velázquez y uno se detiene de todos modos, aun a riesgo de perderla, porque la ha encontrado precisamente a ella, ahora que se ha desvanecido, es Madrid y es el mes de noviembre.

El bautismal candor de los muros que arropan la andadura, la infinitud del horizonte interior que se vislumbra, retienen los pasos y son ya dos caminos aunque el mismo, el de la silueta femenina y el del hombre, que fue el muchacho en pos de la que huía y es ahora el que, ignorado, sigue unas huellas que se borran y en este instante se deja invadir por un torbellino suave, como una luz ascendente que se abriera paso debajo de la planta de sus pies y creciera empujándolo en ascensión, una luz que ciega y permite ver y es claro impulso hacia lo desconocido.

Y son dos y son uno los caminos, y la *verdadera vida* —¡qué evidencia en este instante suspenso en la nevada atmósfera, la nítida niebla!—, que *está ausente*, es. Es, toma cuerpo en ese hilo que obliga a avanzar, a cruzar un umbral invisible, acaso recordado. Pasos en retroceso por la calle Pedro de Valdivia, camino como un río que regresa, desierto y a la vez poblado por algo que late, que empieza a latir aquí y ahora. Y *la historia es ahora*, y Madrid, y noviembre, y el Museo de Ciencias Naturales como soporte del instante.

Reanudan los pasos el trayecto, ignorando la huella, se ha perdido Velázquez abajo. Reanudan los pasos el paso como una llama ondeante —*arder de lejos, cerca estar y helado*— que discurre en una perspectiva de verticales y horizontales aceradas, guía en movimiento del cuerpo que aún avanza a tientas, aunque ya llega el riego de sangre a la mente, llega ya el rojo y vivifica el iris, y el cabello remeda también el alear del fuego.

Por los bulevares de Velázquez la misma inmovilidad, pero junto a la acera más signos de vida concreta, alguna tienda con el mosaico abrillantado del escaparate, algún bar en la esquina. Los bancos, sin embargo, vacíos. Vacío también el espacio de la que vestía abrigo azul marino, la que ha desaparecido, la que se ha

desvanecido; aquella con la que un día durmió en el bosque con la espada desnuda entre ambos cuerpos; la que dejaba resbalar sus brazos sobre la pinaza, la que bajo el verde tejido de las hojas esbeltísimas se destrenzaba el cabello y mullida se ofrecía como tierra recién arada. Y a la orilla del río sostenía la cabeza de él contra su pecho y el pelo le rozaba la tersa piel —*fragilidad, tu nombre es de mujer*…

Era mediodía, el calor incidía en las orillas cenagosas y salvajes. Pedazos de sandía y melón en los márgenes, restos de lo que había refrescado labios resecos. Los suyos reposaban ahora muy cerca de los senos de ella. Ella que a la vez soportaba con su espina dorsal erguida todo el peso del astro diurno, todo el peso de la aplastante mole del ardor cercenado de las alas que le cede la tiniebla. Su superficie corpórea iniciaba una desintegración carnal, humana. Excesivamente próxima, excesivamente ansiosa, a pesar de su inmovilidad. Vete *a un convento, vete. ¿Por qué habías de ser madre de pecadores?*

Y al darle la espalda en la cabalgada que le lleva lejos —los muslos embargados del calor de la bestia, un calor que asciende por el sexo hasta las ingles, y que esboza luego un leve desmayo—, el que así corre casi sin aliento, aunque la esfera de fuego se apodere de su cabeza mientras va a galope por los campos de mieses amarillas —nunca manchará él de sangre la flor de trigo—, el que así se entrega a la fuga como huyendo de una lepra y se arranca del cuello la enseña, arrojándola al fondo del que se lo lleva todo hacia el olvido, entregándose plenamente a la lejanía, durante la jornada entera, adivina una mano tendida, adivina el caballero que la tiende y la grupa del caballo soportando todo el peso, al partir ambos, perdiéndose en el horizonte.

—¡Detente, ya se acerca la noche!

La *verdadera vida*…

Y ya no sabe en qué punto se pierde la unión y si es ese mismo donde se hace posible de nuevo. Ya no sabe si fue ella quien lo dejó; no sabe si todo se remonta a mucho tiempo atrás, a los años en que la mirada adulta arrancó la rosa y dejó la llaga; y tampoco sabe cuándo sucedió eso. Y cuándo empezó la prisión a tejer sus muros, y la sólida carne a *deshacerse en rocío*. Mas ahora volvía la imagen radiante, la que restaña la herida, y con su pie señalaba el camino

de luz que en las tinieblas nace. Sentir en la distancia el cuerpo amado en la propia carne, llevarlo como una gravidez que aligera, y al mismo tiempo saber que su ausencia permite el trayecto, obliga al trayecto hasta enloquecer.

La calle Juan Bravo está desierta, y también las tres calles que él atraviesa. Por la última tuerce y entra y presiente proximidad. El gris de la calzada devuelve la nebulosa donde a tientas discurre el impulso. Y prosigue el avance entre falsas acacias de aterido tronco, de ramas alisadas por el frío, entre vacíos bancos, por la vacía acera, hasta que un gesto decidido del brazo abre una puerta de cristal y, tras ella, el que ignorado seguía una figura de azul marino, desaparece. *Amors par force vos demeine!*

Lobo y Alma, II

L.

Por lo que veo sigues sentándote en los bares a leer con una taza de café delante, sigues con el mismo abrigo, la misma bufanda y la misma cola de caballo. Yo he dejado ciertas fidelidades, a decir verdad si me miro al espejo no veo nada de mi yo de entonces, creo que hasta mi cara ha cambiado.

A.

Lo que yo veo no me induce a pensar así, aunque quizá lo que mi mente define no está sólo motivado por lo que veo, y el hecho de que en tus rasgos constate identidad con los de entonces, puede deberse a que provocas en mí lo mismo. Y hallarnos sentados el uno frente al otro en un café, así, de pronto… No diré que lo intuyera, ni que lo esperara, ni que tenía que suceder, diré que me parece natural, y que lo que no puedo comprender son esos años de distancia. Cierto que la distancia es cosa indescifrable y quizá cada vez que la mente la salva se equivoca; y también es posible que la venza a ciegas en un solo punto para seguir indefinidamente sin poder sobre los demás…

L.

No ha pasado tanto tiempo, aunque quizá ha transcurrido una vida entera, porque puede suceder todo en un abrir y cerrar de ojos. Es decir, los cierras y cuando los vuelves a abrir un instante después, lo que ves no es ya un chico con blaiser y pantalón de franela gris con su cara bien afeitada, sino un tipo de uniforme con bigote y pinta de presidiario que se toma una copa en un chiringuito de Ibiza; un tipo que ha recibido ya más palos que Dios,

pero precisamente por eso sólo busca camorra; un tipo que de pronto se calla, se calla de verdad.

Pasé unos meses en Ibiza. Acabé allí la mili de arresto en arresto y muerto de aburrimiento hasta un punto indescriptible. Ni leer lograba. Si no hubiera sido por el mar creo que me hubiera muerto directamente. Pero el mar era un alivio, convertía la isla a la vez en un paraíso, su mero movimiento y su canto un anuncio, una posibilidad. Logré matar, gracias a eso, los días peores de mi vida.

A.

Pero ese abrir y cerrar de ojos es como el agua de un río, retenida por una exclusa, que al levantarla deja pasar también todo el lastre, el aluvión que la corriente ha arrastrado durante kilómetros de trayecto. Y así esa imagen vista de pronto en Ibiza no era, sin duda, más que el resultado, la concreción de todo aquello en lo que poco a poco te habías ido moldeando.

Estuve mucho tiempo sin saber de ti. Por extraño que parezca era posible también que dos personas vivieran en Pamplona y no se encontraran. Así fue. Claro que yo, ese año, al poco de llegar, me vi recluida en un hospital debido al accidente. Sí, pasé tiempo sin saber nada de ti, hasta que empezaron a llegarme noticias por terceras personas; noticias que eran como súbitos flashes que dejaban entrever historias de brutalidad: una bandeja llena de refrescos por los aires debido a una patada que diste a un camarero, peleas callejeras a puñetazos, coches desaparecidos… «Es un depravado, un delincuente», decían. Yo me apartaba. Subía hacia el Redín, abría mi cuaderno de notas y observaba la foto de tu madre con detenimiento. Quizá sí, quizá en las esquinas de los ojos se detectaba como una posibilidad de irritación, de inconformismo excitado, una posibilidad de encoger de pronto la mirada y después acometer el gesto violento, o meramente la palabra al máximo punzante, aquella que penetra y luego se retuerce en tu interior y empiezas a sangrar. Y después, ella, con una breve risa…

Una tarde, Paca y yo, echadas sobre la cama, fumábamos un pitillo a medias. Ella tuvo la palabra más terrible: «Es un degenerado», dijo. Yo me sumí en un silencio en cierto modo

amoroso. Siempre me ha aterrado la incomprensión, y ahora sabía positivamente que nunca podría llegar a conocer tu realidad. Hacía mucho que no veía a Paca. Me la había encontrado por azar en Florida. Andaba yo inquieta y había salido con la idea de acercarme al Iruña, cuando al pasar por allí se me antojó comerme un pastel, así que entré. Recorrí con los ojos la semipenumbra del bar-pastelería, las dos o tres mesas vacías que comunicaban una sensación de orden y limpieza; se hubiera dicho que estaban allí precisamente para estar vacías, dar sosiego al lugar. Aquél fue el primer sitio que yo pisé en Pamplona y siempre que entraba era como penetrar en lo virginal. Paca tomaba un café en la barra y sólo verme me espetó: «¿A que no sabes quién acaba de marcharse?». Te bebías tranquilamente un coñac cuando apareció Elizalde y te lio. Al salir dijisteis: «Nos vamos a robar coches».

L.

Un degenerado, un delincuente… No sólo robábamos coches para irnos por ahí. Cuando nos echaron fue porque habíamos roto todos los cristales de la residencia de Conde de Rodezno y bastantes de la nueva universidad. No me quedó otra opción que pasar a Zaragoza y acabar allí la carrera. Por suerte estaba ya en el último curso y eso no tuvo para mí la menor importancia. Ya sabes cómo estudiaba yo: todo en quince días y, además, para sobresaliente. Así que me fui un tiempo a mi casa y luego a pasear por la orilla del Ebro. No puedes figurarte cómo le sentó a mi padre lo de la expulsión. Y también a mi madre: no me hablaban. Es decir, después de la bronca descomunal que recibí al llegar a casa. Ellos mismos fueron a buscarme a Pamplona y tuvieron una larga entrevista con el rector. La verdad es que mi vida entera resulta un encadenamiento de incoherencias, generadas acaso por una fundamental necesidad de fuga. No soportaba las situaciones atenazantes, y todo habían sido situaciones atenazantes, todo, desde aquellos años de Betelueta.

A.

Hablas de fuga y de modo implícito de prisión, de Betelueta, y, sin embargo, la verdadera cárcel es nuestra propia debilidad. Si yo me hubiera opuesto a la orden de mi madre, si me hubiera negado rotundamente a ir a Pamplona, ¿por qué medio habría podido obligarme a marchar de casa? Era más fácil, sin embargo, irse para después huir hacia el interior de uno mismo. Y, sobre todo, una violencia de ese tipo, un encerrarse en la habitación y negarse a salir, ni siquiera me pasó un instante por la cabeza. Lo tuyo era muy parecido: si yo había sucumbido a la amenaza y a la persuasión, tú a la coacción, a la santa coacción. En ambos un cierto sentimiento de culpa estaba detrás, porque se daba el caso de que yo comprendía perfectamente lo que le sucedía a mi madre; comprendía que yo la desconcertaba, la exasperaba; que ella no podía entender los motivos que me llevaban a pasear durante toda una noche por la ciudad, o los que me hacían, con frecuencia, dormir de día y levantarme a las tres o las cuatro de la mañana y convertir esa hora de silencio y oscuridad, pero de oscuridad en *par de los levantes de la aurora*, precisamente en aquella en que yo de verdad vivía, es decir leía, miraba el cielo, pensaba, escribía. ¿Cómo podía ella, cuya vida no era la mía, saber por qué, en lo hondo, yo no deseaba entregar mi tiempo al hombre —a no ser en el puro amor—, pues el hombre es distancia, desamor? Pero ¿cómo podía yo misma no pensar que acaso había también algo de desamor en mi actitud? Ella, de todos modos, no me acusaba de eso; la cuestión era el cauce, no salirse del cauce…

L.

Y entonces tú mirabas a tu madre con benevolencia y mentalmente esbozabas la frase: «No sabe qué hacer conmigo…» y, sin embargo, lo sabía muy bien. Quien no lo sabía eras tú, porque como yo querías ajustarte al ser, a lo esencial de tu ser-en-el-mundo. Por ello, en el fondo, si no te rebelaste, si no te pasó por las mientes encerrarte en tu habitación y negarte a salir, fue porque para ti era lo mismo estar sentada en tu cama y en tu casa que en un banco de la Media Luna. Y ese no querer entregar tu tiempo al hombre, que dices, es una metáfora. Por supuesto en cualquier

relación sucede, se da el punto de absoluta distancia, aquel en que el otro está en su ser-otro y no hay medio de arrancarlo de ahí, ni de llegar a él. Pero creo que no se trata de eso… Si yo en un momento dado cedo a la santa coacción, es debido a la impaciencia por integrarme en un todo, en un conjunto, siendo tan diferente. El cauce, sí, entrar en el cauce… Cuando por lejos que se remonte tu memoria hallas siempre presente esa evidencia: hay que participar, ser parte del todo…, parte viva, miembro del cuerpo de Cristo…

Y te entregas, y te ves defraudado, vomitado.

A.

Vomitado, ésa era la palabra. Y había, además, todos aquellos trucos para la actuación: «Aprenderás a decir no», por ejemplo. Aprenderás a decir no a todo aquello a lo que el cura de turno crea oportuno que hay que decir no. La primera vez que un cura de ésos me dijo que debía evitar la soledad, y fue casi recién aterrizada —dijo concretamente: «No debes salir nunca sola, y si quieres ir al cine busca a alguien con quien ir»—, supe que aquello encerraba una falacia. De hecho esa falacia la había captado la misma noche de mi llegada, pero ahora quedaba delimitada: se trataba de cortar todo asidero, arrancar todo soporte subjetivo, vaciar el molde de su propia esencia para rellenarlo del material deseado. Que nadie tenga una opinión propia, hubiera podido ser la norma: que nadie tenga un momento que permita la reflexión aislada: hay que ocupar todas las horas del día. Lo sorprendente es que incluso situándose de inmediato en una actitud de oposición, uno se dejaba llevar por ciertas rutinas.

L.

Nuestras actitudes eran también y sobre todo poéticas, aunque quedaban, de momento, en la nebulosa de la confusión. Mi nebulosa, por supuesto, era mayor que la tuya. Imagínate tú que yo llevaba ya muchos años bajo el chantaje. Desde Betelueta, desde niño, y siempre con aquel tema de la castidad a cuestas. Era un

sufrimiento espantoso hallarse siendo impuro con uno mismo, y con la amenaza de esa condena a ser vomitado por la boca de Dios. No había salvación posible más que en la humilde entrega. Durante un año sucumbí a ella, pero no produjo en mí más que una disociación progresiva. Te obligan a seguir en algo a lo que te opones por instinto, y no te atreves o no tienes habilidad para formular el razonamiento capaz de rebatirlos. Entonces empiezas a beber, empiezas a armar camorra, hasta que te echan.

Yo vivía en Villaba, en una de esas residencias supercontroladas, sólo para miembros, y a los primeros síntomas de rebeldía se creó en torno a mí un cerco asfixiante. No es que actuara con premeditación entonces, pero mis movimientos innatos eran de una violencia extraordinaria. Ayudado por el alcohol me atrevía no sólo a hablar sino a actuar de la forma opuesta a la norma. La consecuencia no se hizo esperar: fui exactamente vomitado, si bien por consideración a mis padres, que en cierto modo pertenecen al tinglado, se hizo sin escándalo: salí de Villaba y pasé a ser adscrito. Esto no suponía simplemente liberarse de la rigidez, de las duchas matutinas de agua fría, la misa, lecturas, ángelus, rezo, meditación y, sobre todo, de la famosa «confidencia», sino un salir, en cierto modo, del aislamiento… Ir cada día a Villaba, saber que a tal hora cierran la puerta…: todo estaba calculado. Tenías dos compañeros de Kenia y uno de Guinea, más otro colombiano o peruano y otros dos aborígenes. Estos marcaban la pauta, los demás creaban un ambiente a la vez de inocencia y universalidad muy adecuado como medio de afianzamiento. El resto era retenerte allí, controlar tus pasos, tus lecturas… Pero la mente huía y el cuerpo generaba un rencor infinito. Tú dices que la cárcel era nuestra debilidad, yo te digo que Pamplona era una cárcel.

A.

Y habiendo pasado por todo eso, ¿cómo pudiste asomarte siquiera otra vez a aquel cercado al que nos llevaban —comprendo ahora por qué— cuando se fraguaba la primavera? Me dirás que era obligatorio asistir, me dirás que yo también lo hice…

L.

Diría sólo que nos hundimos en la tiniebla, y no me refiero a la oscuridad del templo. Quizá Raúl no, quizá él, por ser a la vez más inocente y más abigarrado, por hallarse en una fase más elemental de su proceso evolutivo, de momento no acusó la cortina de humo que nos cayó encima. Recuerdo su exaltado entusiasmo la noche antes de partir. Creo que fue después de una borrachera; que hallándose en uno de esos estados en que empiezas a culpabilizarte de todo, se tropezó con uno de los curas y éste se lo llevó a pasear por el Redín y le soltó un rollo que duró la tarde entera. Llegó a casa iluminado y preparó la maleta. Hablaba de los tópicos de perfección que yo había oído hasta la saciedad, y por pura pereza no le contradije, incluso, no lo negaré, sentí un poco de envidia ante aquella capacidad suya de volver a empezar en cada momento. Su fuerza regeneradora me ha dejado siempre atónito; es como si interiormente nada pudiera con él, como si en una agarrada, en un combate, recibiera heridas mortales que al instante, por un misterioso movimiento interior de la carne, fueran restañadas y desaparecieran, y, no sólo eso, ni en su cuerpo ni en su mente quedara huella del más leve cansancio. Pero lo que en él tenía explicación, no la tenía en ti ni en mí, y no sé muy bien por qué le seguimos en eso y nos fuimos luego como corderos también nosotros a encerrarnos.

A.

Yo había recibido una carta: «De pronto todo resulta claro». Hacía varios días que no se le veía el pelo y me preguntaba el motivo, y he de confesar que nunca hubiera podido adivinarlo. Aquélla fue la primera vez que se ofreció ante mí ese aspecto de su personalidad, y ya entonces sentí que se trataba de una ilusión, es decir, un espejismo. Como tampoco te veía a ti, pues ante nuestro estado de confusión habíamos decidido una pausa, por las tardes, al salir de la biblioteca, me metía en Miami con un libro y mi paquete de celtas, y entre sorbo y sorbo de café observaba aquella fauna ya tan conocida, pero que siempre deparaba sorpresas: de pronto

surgía un rostro nuevo, se establecía un contacto inesperado, se desvelaba una historia seductora… La historia más seductora, para mí, sin embargo, seguía siendo la mía, aún inexistente y fantástica, que incluía a otro protagonista que eras tú por elección y porque, fuera por azar o porque mis ojos lo habían decidido así, emanabas atmósferas propicias, entornos en los que yo podía situar mi propio sueño. Tu mundo era un mundo oscuro, maldito, desolado. Era el paisaje idóneo para el héroe dostoievskiano al que las lecturas y vivencias familiares me abocaban. Mi madre, a los once años, conocía ya la obra del ruso —mi abuelo lo leía en voz alta— y en ello estaba la raíz de mi propia locura. Acaso en la tuya radicaba el origen de tus impulsos sofocados, si bien tu cara, que le debía los rasgos soñadores y huidizos, y el color de la piel y del pelo y los ojos, estaba amenazada por los duros trazos, las arrugas, el rictus irónico y resabiado de tu padre. La foto de tu padre me la enseñaste fugazmente, me entregaste la otra. Es decir, tú elegías para ti —y para mí— ese aspecto de mayor inocencia, seductor, no por lo inocente, sino por lo extraño, lo ajeno a todo lo que nos rodea: una cara anglosajona (yo te había elegido por inglés), y no el ceño de soberbia contrariada, tan hispano. Ahí, probablemente, estaba el origen de la fascinación: si yo veía en ti exactamente lo que tú querías ver, tu propia proyección de ti mismo, aún vaga, eso significaba acaso que contaba con ciertos elementos que hacían de mí la tierra adecuada para su desarrollo y floración. El proceso valía también a la inversa, y había más, porque no sólo se trataba de un paso *hacia*, sino que existía un *desde*, ese pasado que se inventaba igualmente, apuntalándolo en leves pilares, entre los cuales, la herida de tu rostro era el más claro. Como seres arrojados a la existencia, que tienden a lo absoluto, condenados a la finitud, avanzábamos recibiendo el azote de la tormenta perpetua del no saber, y, por lo menos yo, en la creación de un amor, veía la única posibilidad de cobijo. Cobijo, útero materno, útero yo para ti, y también para mí misma, pues al albergarte a ti, que a tu vez me representabas como ser echado a la vida, me tornaría invulnerable.

Pero llegaba el canto de las sirenas: «… todo resulta claro…», y sobre una visión que empezaba a definirse se cernía ya la sombra.

L.

Todo, lo repito, eran actitudes poéticas, la tuya como la mía y la de él. En cuanto a actos concretos no había otra salida, tarde o temprano tendríamos que pasar por ese encierro, así que era mejor que lo hiciéramos a la vez. No sé tú, pero yo me llevé varias obras de Camus y cuando nos dejaban tiempo libre me metía en mi habitación y leía. Llegado el momento en que era inevitable asistir y escuchar, era fácil distraerse: uno podía mirar fijamente las llamas azules de la estufa de butano y con su leve oscilación caer en una suerte de hipnosis que le llevaba a lugares muy alejados. Le llevaba, por ejemplo, a pasear a caballo por la playa, con el látigo de agua azotando violentamente la arena, y erguido, con la cabeza al viento, como un Hamlet cualquiera en busca de su identidad por las costas danesas, desafiando a Elsinor… El padre, el padrastro, intenta alejarlo de Elsinor, de la madre, de Gertrudis, pero he aquí que los elementos y el destino se vuelven en su favor y le devuelven, desnudo, al lugar profanado. Desnudo para desnudar la verdad. Allí, en la lejanía de las ondas grises, en el punto en que se confunden con un cielo acerado que como coraza se ofrece a su frágil ser, lee las palabras candentes que se resumen en una: amor. Y es la misma que el cura está pronunciando en la oscuridad de la gruta del Hades. La imagen de la Inmaculada, casi una niña, respira y su túnica de seda mecida por el viento deja ver un cuerpo frágil y suave, cálido, que sosegado se ofrece en amor. Sus ojos claros son los ojos de la madre, su leve pecho es el de la madre, su pie menudo es el pie delicado de la madre que pisa ahora la arena y deja que ésta se pegue entre sus dedos y ascienda luego por el tobillo mientras el sol define la línea perfecta de su muslo, su traje de baño de dos piezas de color naranja, sus labios tan bien dibujados. Los hermanos juegan con cubos y palas, la hermana se trenza el cabello: silueta de sirena contra el azul. Mirar el azul. Esto es: mirar el mar, mirar indefinidamente el mar: liberación y límite, si es que el *non plus ultra* es límite, que lo es para el que busca el todo. ¿Y qué buscábamos si no?

A.

Buscar el todo… si llamas todo a la plenitud, desde luego que sí, yo buscaba esa plenitud que sabía inalcanzable. En el fondo una tregua al desasosiego, una tregua que de hecho sólo atisbaba alguna vez, sin explicación, antes del alba. Yo me levantaba justo en el momento en que, en época de exámenes, te acostabas tú. Recuerdo una tarde en que por azar me encontré con Raúl. Me llevó al 24. Nos sentamos en el banco de madera frente a la inmensa mesa alargada, y él sacó el libro de Baudelaire… Luego quería seguir y como yo no accediera, dijo de pronto: «¿A qué hora has quedado con él?». Solté una risa estrepitosa: «¡A las seis de la mañana de mañana!», dije.

Esos encuentros eran fugaces, tenían lugar o bien dentro de la iglesia de los Capuchinos o en la puerta, a la salida de la misa de seis menos cuarto. No eran muchos los estudiantes que asistían a ella, sin embargo, había siempre tres o cuatro, en general Fernando y Mutio, y alguna vez Iñaki. Ver a Iñaki me inquietaba, y sobre todo a esa hora. Sentía su dominio sobre ti. No quería que su sombra aleara en aquella hora tan mía, sobre los diez o quince minutos que nos concedíamos de paseo; porque sucedía que ciertas presencias modificaban tu actitud, te inhibían, y aunque enseguida nos metíamos por la calle San Fermín o por Gorriti, o bajábamos hasta Teobaldos, que quedaba más cerca de tu casa, parecía que la imagen de Iñaki ondeara ya por encima de nuestras cabezas como un espectro, un espectro sobre el que yo no tenía ningún poder. Representaba, quizá, la aversión a la mujer, la misoginia; algo que también en una parte de ti se hallaba latente, algo que en su presencia se hacía levemente perceptible y que más adelante, cierta tarde, a la orilla del Tormes, se me revelaría.

L.

I am very proud, revengeful, ambitious; with more offences at my beck than I have thoughts to put them in, imagination to give them shape, or time to act them in. What should such fellows as I do crawling between earth and heaven? ¿Qué más puedo decirte? Sin embargo, lo que tú querías de mí, lo que proponías, lo que casi conseguiste durante el verano, citándome ahora en Valladolid,

ahora en Salamanca o en Zamora, era a mis ojos tan contradictorio como imposible. «Vayamos unos días a Portugal», decías, «o a Galicia, y durmamos en el campo si hace falta, con las estrellas y el cielo encima, por techo». Y yo, en el fondo, lo que quería era llevarte a Neguri, a casa de mis padres, pero tampoco me atrevía. Y quizá en el momento en que tu aceptaste ir luego a Bilbao me invadió el pánico.

Cuando llegué a Salamanca, de todos modos, estaba ya muy quemado. Era mi primer permiso después de tres semanas en Montelarreina, y aquella historia de las milicias no me iba nada. En el tren no había logrado dormir y después, tumbado en un banco, apenas di una cabezada. Me habías puesto un telegrama diciendo que me esperabas delante de la catedral y, naturalmente, me encaminé a la catedral nueva, mientras tú aguardabas frente a la vieja. Hubiéramos podido no encontrarnos, pero los dos nos hartamos y a los dos se nos ocurrió ir hacia la Plaza Mayor. Compramos comida y bajamos al Tormes. Yo estaba reventado y me quedé dormido, pero recuerdo claramente los gitanillos que andaban por ahí, bailando y correteando por la orilla o comiendo sandía o melón, y una muchacha con un gran balde lleno de ropa lavada en la cabeza.

A.

Había también ropa tendida entre los árboles, ropa blanca que brillaba al sol como nieve, y gallinas y perros y gatos que deambulaban por debajo de los puentes llenos de basuras. Los gitanillos se acercaban a pedir, y casi huyendo de ellos saltamos una alambrada y nos metimos en un pequeño bosque de chopos acotado. Seguimos luego un camino entre huertas hasta que éste se desdibujó perdiéndose en los barbechos. Algo más allá había una inmensa encina que arrojaba una sombra redonda. Fue al amparo de aquella sombra donde te dormiste, y yo empecé a preguntarme por qué habías venido a Salamanca para tumbarte bajo un árbol y, sobre todo, por qué había montado yo el tinglado aquel para estar allí —es decir, cerca de Zamora, de Montelarreina— si llegado el momento de verte resultaba que te vencía el sueño.

Pasaron horas, horas de desolación para mí, inmóvil a tu lado, con la profunda sensación de inutilidad de todo. Intuía que después de aquel primer paso en falso, aquella primera sacudida en las bases, sólo podían producirse las etapas de un desmoronamiento.

L.

No comprendías nada, nada, ni que pudiera estar durmiéndome aunque tú estuvieses a mi lado, ni que quisiera casarme contigo. No tenía gracia todo el invento aquel de los permisos, los paquetes y las imaginarias, las marchas a pleno sol y la topografía. En cuanto podía, uno iba a gastarse los cuartos en vino, y luego tenía que pedir prestado para coger el tren de Salamanca y pasar un montón de horas mirando la noche por la ventanilla, llegar al amanecer roto y luego, *fair Ophelia*…

A.

Sí, mi buen señor, luego… Primer acto: es el mes de julio, el cuerpo se despliega debido al calor, quizá por el mero dilatarse de la materia que lo mueve, lo lleva hacia el otro en la búsqueda amorosa. Pero el galán rechaza a su enamorada. Se citan otro día en Valladolid. De nuevo una cita vaga: «en la estación». No se dice la hora. Cuando ella llega, él no está esperándola. Se entera de los trenes en que él puede aparecer. Faltan cincuenta minutos para el primero. Echa a andar por las calles en dirección al centro. Se detiene a tomar un café. Se mete por un pasaje cubierto y allí lo encuentra. Buscan una iglesia. Oyen misa. Vagan por la ciudad hablando con cierta calma. Comen en un restaurante, en un piso alto, tranquilos. Beben champán. Cuando el sol amengua salen de la ciudad. No saben adónde van. Caminan largo rato. Llegan a un pinar grande y solitario. Se tumban sobre la pinaza. Se abrazan. Ella se quita la blusa y le estrecha entre sus brazos con el pecho desnudo. Se besan. Siguen abrazados cuando se pone el sol. Ya de noche bajan corriendo por la colina, sujetándose en los troncos de los árboles para no resbalar. Ella quiere dormir con él. Él no la deja

entrar en su habitación del hostal. En su cama ella vela. Al día siguiente cogen juntos el tren. Están solos en su compartimiento. Superado un primer malestar, hablan. Luego empiezan a cantar. Cantan durante más de una hora. Después ella lo acosa, lo tira sobre el asiento. Él se libera, se aparta. No dice nada. La mira con una mirada de muerte. *Go to* a… Ella siente, de pronto, que en su carne se inicia la putrefacción, que se corrompe, que se desintegra presa de una lepra invisible. Siente un vértigo espantoso. Llegada su estación, él baja sin hacer el menor gesto.

Segundo acto: Una vez en el campamento, el galán se emborracha, se enzarza en una bronca terrible, lo encierran dos días, escribe cartas incoherentes. Ella, aún sintiendo que su carne se descompone, decide, de todos modos, ir hacia él, averiguar cuál es su destino. Noche de tren. El sol emerge sobre los campos blancos de Salamanca. La blancura incorpora vetas rojizas, anaranjadas y después amarillea. Diez de la mañana. Zamora. Recorrido de la ciudad de punta a punta: el castillo, las murallas. Toda la ciudad es como un camino interminable y solitario. Está vacía. Sólo invita a la desolación. Hay un café. Ella se sienta en el café junto a la ventana. El telegrama que le ha mandado es, como los demás mensajes, vago: «Te espero, doce, café». Lo ha puesto sin saber siquiera si hay un café. Doce de la mañana. Llegan los soldados de Montelarreina. Las calles se llenan. El café se llena. Ella mira por la ventana. Una hora. Dos horas. Los soldados desaparecen. Se van en autobuses. Llegan nuevos soldados. Ella sale del café, compra pan, chorizo y queso y se lo come sentada en un banco de la plaza. Las calles vuelven a quedarse desiertas. Ella entra de nuevo en el café. Se sienta en su rincón junto a la ventana. Cinco de la tarde. Sigue en el café. Ha leído un libro entero desde su llegada. Mira en torno sin atreverse a pensar qué ha sucedido. De pronto lo ve a través de los cristales. Él entra y se sienta frente a ella. No lleva la enseña, el pequeño corazón. Dice que en una pelea se lo han arrancado del cuello, que se ha perdido. Hablan. El tono es de reproche por ambas partes. Salen a la calle. Pasean un rato y luego se sientan en un banco de la plaza. Nuevos reproches. Se meten en un cine. Cuando salen ya cae la tarde. Él tiene que marcharse. Le dice a ella que se vaya. Ella quiere quedarse. Él dice que mañana no podrá salir del campamento, que se vaya, que vuelva a Salamanca. Van camino de

la estación. Se despiden. Ella le dice que no quiere mermar su libertad.

Tercer acto: ella se sienta en un pedrusco, junto al camino, y mira bajar por la pendiente a cientos de soldados. Las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas. Todos la miran. Algunos se acercan y le dicen cosas. Ella no escucha, no ve nada. El sol se pone. Se hace de noche. Ella sigue allí sentada en la roca. Pasada la medianoche se dirige a la estación. El primer tren para Salamanca sale a las cuatro de la mañana. Saca un billete. Entra en la cantina y se sienta a una mesa. Abre un cuaderno. Escribe. Dos hombres juegan a las cartas con dos camareros. La luz es intensamente amarilla. Ella mira el reloj. Puede ver cómo se mueven las manecillas. Pasa una hora. Un tren. Los hombres se levantan. Pasa otra hora. Y otra. Llega su tren. Sube. La oscuridad se la lleva. Se la lleva. *Lay her, 'th'earth; / And from her fair and impolluted flesh / May violets spring!*

L.

No comprendías nada, nada. Tu planteamiento era imposible. Por ti yo intentaba de nuevo entrar en el orden, pero tú no lo admitías, decías que las cosas había que hacerlas por ellas en sí, y no apoyándose en alguien. Sin embargo íbamos juntos a misa. Incluso el día de Valladolid lo hicimos, y después, casi acto seguido… En Ibiza salí con una puta. Me acostaba con ella. Tenía una naricilla chata. No sé cómo no me expulsaron también de allí. Todo lo que hacía era tirármela, emborracharme y después cumplir los arrestos que me tocaban. Con aquella pinta horrible. Tengo fotos, las peores que se han visto. También en Ibiza monté bastante a caballo —teníamos caballos—, y quizá fue eso lo más positivo. Una vez me escapé con uno y di una larga cabalgada por la isla. Perderse entre los algarrobos y las inmensas higueras apoyadas en muletas sin fin, hasta llegar a las calas más perdidas, ver todas aquellas casas con extensiones de higos y almendras secándose en sus tejados bajos, las mujerucas con sus pañuelos y sus sayas ocultándose en los portales… Todo al ritmo del caballo. No puedes figurarte lo que me cayó encima cuando regresé, pero estaba tan

mal que tuvieron que meterme en la enfermería. Eso me libró de algo gordo. Después, por suerte, llegó el final de aquella aventura delirante. Vuelta a Neguri. De nuevo el ir y venir en el tren de Algorta a Bilbao. Era tranquilizador ver la estación con sus escaleras de madera divididas en tres tramos, su barandilla de hierro como la de un balcón, el inmenso reloj; ver uno tras otro los lugares por donde se pasa: Matiko, Deusto, San Inazio, Lutxana, Errandio, Axpe-Udondo, Lejona, Las Arenas… El paisaje de fábricas, chimeneas, montículos de color ferruginoso, arquitectura anárquica, acacias, chopos, correhuelas trepando por los muros, agua almagre… Y ya en Neguri, recorrer la avenida y, directo, subir, dejando atrás cuatro casas, hasta la bajada de Ereaga. A la izquierda Atzekolandeta, a la derecha la calle de Isasi. El gran magnolio delante de la casa, aún con alguna flor, destilando su perfume; los geranios y petunias como manchas de color entre la masa verde de la hiedra que cubría los muros. Al atardecer, una vez más, bajar por la escalinata. La playa sin sol, con reflejos de luz filtrada por las nubes, de pronto plateada toda ella. El plata aplastando el terroso color del agua, anulando la arena. Los últimos reflejos del sol en el lomo de las olas: bruñido móvil, hojas de alfanjes rizados estallando en espuma por la orilla. Una exhalación negra: un dogo, niños jugando a pelota por la arena húmeda, el viejo balneario de Igertze con sus dos alas semicirculares a los lados que se prolongan delante en las terrazas sostenidas en pilares. Barcos al fondo. El faro del extremo del primer muelle y, según los movimientos de la luz, ir viendo las casas al pie del Serantes, en leve ascenso. Caminar una vez más en dirección a Punta San Ignacio, a la playa de Arrigunaga, o al contrario, entretenerse por el muelle de Arriluce, trepar hasta meterse en la casa de Echevarrieta para contemplar el mar desde los grandes ventanales que describen la curva misma del escarpado, o desde el mirador, sembrado de dientes de león y cardillos. Cuántas vueltas habíamos llegado a dar en bicicleta por allí, Atzekolandeta arriba y abajo. Y cuando había viento y el mar se agitaba nos quedábamos en la escalinata refugiándonos en el abrigo del rellano, junto a la inmensa higuera que esparcía su perfume.

Pero no bastaba estar de nuevo en Neguri, había que ser el que se había sido en Neguri. Y esa mutación no se producía. Acabados los años de universidad, delante de uno se abría un panorama de

vértigo: empezar a vivir.

A.

De regreso en Salamanca, Ofelia no se suicida todavía. Recoge sus cosas —caben en una bolsa de lona— y se dispone a echarse al camino ella sola. Saca un billete para Coimbra y se mete en el tren. Se sienta junto a un soldado, un soldado portugués: moreno, de ojos brillantes. Hablan cada uno en su idioma. Se entienden bien. Es un muchacho alegre. Avanzado el trayecto, le propone ir con él a Lisboa. Ella no se atreve. Además quiere estar sola para recordar su abandono, su tristeza. Agradece, sin embargo, la distensión que ha supuesto su charla. No se ha fijado en el paisaje ni en que han cruzado la frontera. A la una de la madrugada se apea del tren en Coimbra sin haber pensado siquiera que tendrá que pasar la noche en algún sitio. Se siente de pronto muy cansada y no quiere dormir en la sala de espera de la estación. Sale a la calle. Es noche negra. Hay cuatro faroles distantes y débiles pero permiten ver la hilera de plátanos al borde de la acera. Junto a uno de los árboles hay un hombre con camisa blanca, bigote y algunas arrugas en la cara. Se acerca a ella y le ofrece una habitación para pasar la noche, modesta pero limpia, dice, pensión familiar. Sin pensarlo dos veces ella acepta y le sigue por las calles oscuras. A medida que avanza se va liberando del cansancio y se fija en el cielo, las estrellas, la luna en cuarto creciente, nítida sobre el negro. Al otro día la ciudad se le ofrece con el esplendor de la fiesta. Estudia el plano, elige tres puntos: catedral, universidad, convento de Santa Clara. Se encamina hacia el primero. Hombres y mujeres, vestidos con trajes regionales, van en la misma dirección por el paseo. Ellas llevan amplias faldas y pañuelos floreados de colores intensos tanto en la cabeza como a modo de toquilla. Van ufanas, con grandes cestas apoyadas en el costado. Al mediodía se encuentra en las puertas de la universidad, cerradas, naturalmente, solemnes, inesperadas. El sol es implacable. Ella desciende la colina y se dirige al convento. El movimiento ha disminuido desde la mañana. Al amparo de los muros de piedra y los árboles toma unas cuantas notas respecto al día. Se siente inmensamente rica. Pasa la noche en la estación y en el tren. Al día

siguiente pasea por Oporto; al otro cruza andando la frontera por un puente metálico altísimo sobre el Miño, muy cerca de su desembocadura, con la sensación de estar avanzando por los aires, al contemplar el agua tan abajo, tan distante. No hay medio de transporte desde ese punto a otro hasta varias horas después, pero el inspector de la aduana le encuentra un coche que la dejará en Vigo. De Vigo a Cangas en barca. Paisaje de ría. Intenso olor a mar. Duerme en un hostal. Al día siguiente, en Pontevedra, en el coche de unos chicos que ha conocido por azar y la han llevado a tomar centollo y ribeiro. En Santiago de Compostela lo hace en una posada de mala muerte que parece del siglo XVII. Todos los puntos del trayecto son revelaciones para ella, tanto más profundas cuanto que vive sola la aventura, se impregna intensamente de paisajes y edificios, de rostros, de verdor y destellos, y oscuridades, de incógnitas constantes que no teme. Desde Santiago emprende el camino de regreso pasando por Burgos. El último tren que coge está lleno de soldados que han cumplido el servicio.

L.

Sobrevolar el mar, cumplido el servicio, ver la isla dibujada como en el mapa y cómo se pierde en el azul, o ver la playa de Ereaga, tan familiar… Pero incluso ese paisaje puede un día tener otro carácter. *Eta asesina*. Mis padres deciden vender la casa e irse a vivir al sur… De todos modos también yo tuve que tomar otro rumbo, no iba a quedarme allí indefinidamente, así que me enrolé en una compañía de teatro y anduve por ahí durante un año. No llegué a hacer gran cosa, pero me gustaba, y ¿quién podía afirmar que un día no conseguiría ser actor? En Pamplona habíamos hecho cosas, y no me refiero ahora a Caparroso; *La historia de una escalera*, de Buero, quedó bien, y también *La reina y los insurrectos*. Cuando *La historia*, ya no dirigía. Nos pusieron de pareja a ti y a mí. Papeles cortos pero intensos. Tú eras una mujer de vida libre. Yo te insultaba y maltrataba. Tú, de todos modos, en los ensayos, te aburrías mortalmente esperando a que te tocara salir a escena; te sentabas al fondo de la sala y leías, decías tener ojos de gato y poder ver en la oscuridad. La verdad es que también yo me

cansaba, lo que me gustaba eran las bambalinas, los decorados, las candilejas… A veces, aunque estábamos en etapa «seria», nos largábamos a tomar una copa, sin más. Hay que ver lo que podía sobre nosotros la atmósfera que nos rodeaba, cómo llegábamos a hacer el pazguato con aquella seriedad y aquellos rezos. Y por otra parte aquellas Javieradas, las subidas a Montejurra… En cierto modo esas machadas se fomentaban. La Javierada, por ejemplo: cascarte ochenta kilómetros a pie para llegar sangrando… Había quien a mitad del camino se hartaba y quien iba andando sólo la última etapa, desde el monasterio hasta el castillo, como hacía Raúl. Pero yo no, yo tenía que ir a pie desde el principio al fin, como si fuera un buen navarro. Iba siempre con Iñaki y bebiendo casi todo el trayecto, así que los dos llegábamos con unas cogorzas impresionantes y a la vuelta teníamos que pasar unos días en cama, no por los pies, como decíamos, sino por el estómago. Lo de Montejurra también era beber y cantar, una orgía menos disimulada y más multitudinaria.

A.

Lo de Montejurra lo acusaba la ciudad entera. A mí no me impresionaba mucho y me daba miedo ver cómo, de la noche a la mañana, Pamplona se llenaba de coches del resto de España, de los que salían hombres con boinas rojas. Se apoderaba de mí un pavor instintivo que, en el fondo, era absurdo. Pero yo sentía la invasión, sentía que una ciudad tranquila, casi aletargada, era de pronto recorrida por un látigo de fuego. Quizá por ello me negué siempre a subir. Además no comprendía las reacciones masivas, no comprendía que la gente pudiera gritar «¡Viva el Rey Javier!», «¡Viva Cristo Rey!» o cualquier otra cosa. Todavía no lo entiendo a no ser como fruto del miedo. Con frecuencia pienso que es el miedo lo que rige nuestras vidas. Subir a Montejurra o sumarse a la Javierada son formas de vencer el miedo, a nivel colectivo y taimadamente, claro, lo mismo que creer en una religión. Por otra parte, sí, el ambiente podía mucho. Llegabas allí seguro de tus planteamientos, con unas bases elementales acabadas de colocar para tu edificio, y de pronto, sin darte cuenta, te hallabas siguiendo

unos ritos, recitando unos ensalmos tranquilizadores, pasando horas en los templos, dejándote embargar por el silencio y la oscuridad, la luz hipnótica de los cirios, mientras todo tu cuerpo entraba en el sosiego, se relajaba, y tú fijabas la mirada en la luz rojiza que custodiaba el sagrario. Así te apartabas de la realidad, te apartabas peligrosamente, porque en aquella relación con el silencio y la luz muda se iba fraguando en ti, con toda certeza, una cosa: el sentimiento de nulidad.

L.

Cuando uno estaba en el templo, en el fondo, no hacía más que contemplarse a sí mismo, ya se hallara en San Cerny, en San Nicolás o en las Recoletas. Claro que había elementos distintos con que urdir el nido de los pensamientos. Si uno iba a las Recoletas, aparte de que quedaba al otro lado de la Taconera… Pero el gótico de San Nicolás, sus paredes de piedra y grandes ventanales y el ámbito y el retablo de San Cerny eran más envolventes. Además San Cerny estaba tan cerca del museo… Fue allí, precisamente apoyados en las rejas de su porche porticado y con un fondo de tañido de campanas dando las ocho de la tarde, donde decidimos, con toda seriedad, acabar con nuestra etapa de seriedad. Esta decisión exasperó algo a Raúl y quizá por ello fuimos de nuevo los tres al campo después de las vacaciones de Pascua. Esta vez no hubo ni cartas ni espera en la estación, nos encontramos por azar el mismo día de nuestra llegada. Recuerdo que nos vimos en Carlos III y que cada uno iba por una acera y en una dirección distinta. Tú cruzaste y echamos a andar hacia la Puerta de Francia. No había nadie por las calles. Cuando llegamos allí, un rebaño de ovejas atravesaba el puente y se instalaba cerca del río. Al ver aquella estampa, el rebaño y el pastor inmóvil apoyándose en su cayado indefinidamente, no sé por qué, se me antojó sentarme en aquel mismo punto, y lo hice. La hierba estaba húmeda y llena de margaritas de esas pequeñas con botón amarillo y una franja roja bordeando el pétalo blanco. Empecé a arrancarlas y a depositarlas junto a la cartera. Tú decías que con aquella humedad me iba a dar un reuma, que nos sentásemos en una piedra. Cogí un puñado de margaritas y te las lancé a la cara.

Te echaste a reír y los dos corrimos hasta la misma orilla del río donde había un montón de troncos que estaban secos. Llegó un perro a la carrera seguido de unos niños que le gritaban a voz en cuello. El perro parecía ir a tirarse al agua pero en el borde se detuvo y miró algo fijamente, durante un rato. Los niños se lanzaron sobre él y se les escapó de nuevo en dirección opuesta a la que llevara antes. El dinamismo de los movimientos del perro y de los niños entre los árboles y por aquella hierba cuajada de florecillas, despertó en mí la imagen de los cuadros de Botticelli que están en el Prado, la historia de Nastagio degli Onesti. Vi de pronto el blanco cuerpo desnudo de la mujer que sufre la eterna pena de correr perseguida por unos perros que acabarán derribándola, abriéndole la espalda y sacándole el corazón —eso cada semana—, y también la mesa del banquete y todos los nobles, elegantemente vestidos, que lo contemplaban. Se trataba del castigo de una mujer cruel ofrecido, entre otros, a los ojos de Nastagio y de Paola Traversari, otra mujer cruel. ¿Pero quién podía adivinar eso sólo a través del cuadro? El movimiento de la acción, el equilibrio de la atmósfera creada, la palidez y finura de la piel de la mujer acosada enmascaraban el móvil de la escena: la crueldad. También en ti había una crueldad que no era fácil percibir, porque ¿qué era sino aquella cómoda postura tuya de ir con las cartas boca arriba sin pensar que de ese modo tal vez desgarrabas al que estaba a tu lado?

A.

Quizá el ir con las cartas —las que uno conocía— boca arriba resultaba cruel, pero no nacía de la crueldad. Quizá era, sencillamente, un modo de vencer la propia perplejidad, la propia contradicción, o tal vez se trataba de un doble engaño, un engañarse a uno mismo y a la vez al prójimo, para poder llevar a cabo ciertas acciones en las que de otro modo la mente no hubiera consentido. Si yo exponía de entrada que todo en la vida está abocado al fin, se orienta hacia la muerte, y que, por lo tanto, la finitud lo preside todo, incluso el amor, podía entonces lanzarme a amar. Lo que me era imposible era empezar con la típica fiase «te querré siempre»; en todo caso tenía que formularla de otro modo,

algo así como «en este momento siento que te quiero pero sé muy bien que la temporalidad comporta mutaciones y que ni ese sentimiento será el mismo mañana, ni tú ni yo seremos los mismos, y por ello no significan nada esas palabras aunque respondan a mi actual estado de ánimo». No obstante, si uno se quedaba en eso ya podía echarse a morir, y quizá lo cruel era que, enunciada la teoría, hacía lo que cualquier otro ser humano, seguía los mismos impulsos que lo llevaban a la acción, cuando lo que la mente conocía hubiera impuesto la inacción. Sí, la mente no tenía tanto poder como para explicarse a la vez ese otro proceso y superarlo. Había mucha contradicción, mucha, en nuestras actitudes, tanto en la mía como en la tuya y en la de Raúl… Aquella excursión, por ejemplo… Nos lanzamos al campo provistos de flautas y a primera hora.

L.

La idea había sido suya, a modo de celebración del reencuentro y la Pascua. Bajamos desde Príncipe de Viana dejando la Taconera a la derecha, hasta la Rochapea. Echamos a andar siguiendo el curso del Arga. Raúl me había comentado su propósito de llegar hasta Orobia y que bastaba seguir las aguas del río, pero a mí no me preocupaba en absoluto el itinerario, me bastaba la frescura del aire y el mero hecho de andar. Pasamos por el puente de Santa Engracia, el de San Jorge y el Miluce y bordeamos el cementerio. El paisaje era irregular, tan pronto había hoscas zonas de edificios indiferenciados como descampados de tierra y pedruscos o breves extensiones de bosque. Nos habíamos repartido el peso de la comida. Recuerdo un momento en que hicimos un alto y empezamos a tocar la flauta, naturalmente de cualquier manera pues ninguno de los tres tenía ni idea. Tú llevabas la cámara y nos hicimos unas fotos allí, rodeados de gansos, junto a un cercado; la mar de bucólico todo ello. Luego seguimos la andadura que Raúl imponía implacable. Un poco más adelante, por fin, nos pusimos a comer debajo de unos olmos, y después nos tumbamos los tres. Raúl, sin embargo, pronto se levantó y dijo que se iba a explorar el terreno. Al regresar nos pescó in fraganti y se empeñó en sacarnos una foto.

A.

El recuerdo que yo tengo de esa excursión es de un continuo malestar, como de hallarse en una situación invertebrada. Sentía que nosotros encarnábamos el desasosiego del paisaje que era absolutamente anárquico. El hecho de que tú y yo hubiéramos vuelto a vernos y a hablar no suponía más que la repetición de una fase de tortura: ¿cómo romper la barrera sin concebir aún la posibilidad de proyecto? Y él, Raúl, ¿qué quería recuperar? Entre tú y él, de hecho, todo seguía igual; entre él y yo también: una amistad literaria y unos asaltos por parte de él, repetidamente rechazados. Pero sí, había algo que podía desear, la vuelta a la situación del comienzo, al momento de buen entendimiento entre los tres. No se daba cuenta de que incluso entonces apuntaban los gérmenes de lo que sería nuestra relación.

El mismo Raúl, el día ese, estaba más callado que de costumbre, apenas si hizo algún comentario sobre las vacaciones, y luego sobre el vino, en Arazurri. Durante la comida hablamos de las empolladas que nos esperaban para pasar el curso, ya que entre unas cosas y otras no habíamos dado ni golpe. Después nos tumbamos y cuando él se fue yo pensé que lo hacía con una idea muy clara. Si no lo hubiese hecho, yo no me habría acercado a ti, pero su gesto me empujaba; era como si con aquel levantarse y marcharse me dijera una vez más: o te vienes conmigo o te quedas con él. Su impulso llevaba implícito, además, probablemente, el mismo sentimiento que le movió a hacerte poner al teléfono la noche de Anzoain: ser, por lo menos, imprescindible mediador.

Raúl tardó mucho en aparecer. «Así que volvéis a las andadas», dijo al sorprendernos. Y para remachar el clavo nos sacó una foto.

Al regresar entramos en Pamplona por otro lado, debimos de dar una vuelta siguiendo el Elorz y luego el Sadar, porque tengo muy claro que trepamos por las ruinas de la Ciudadela y nos quedamos, hasta que se hizo de noche, vagando por allí entre pedruscos, hundiéndonos en la hierba y la hojarasca, como tres sombras, y echándonos tragos al gaznate con la bota, sin que eso lograra establecer el buen contacto y sin que, a pesar de ello, ninguno de nosotros quisiera marcharse. Era como si nos resistiéramos a separarnos hasta que no hubiera más remedio. Presentíamos, quizá, que se trataba de un final, que una etapa acababa de cumplir su

arco de sucesiones.

L.

El grupo de teatro se había dispersado bastante porque se preparaba una obra de muchos personajes. Raúl y Fernando lo dejaron para estudiar. Tras lo de Caparroso yo andaba más bien decaído a este respecto y no me volví a animar hasta el curso siguiente, cuando montamos La *reina, y los insurrectos*; tú tampoco estabas ya en el grupo entonces. Aquél sí que fue un trabajo llevado a cabo con rigor. Durante la primera función, todo iba muy bien, cuando en el momento culminante, yo, que tenía el papel de protagonista masculino, solté un gallo. Tuve presencia de ánimo para continuar; faltaba poco para el parlamento de la reina, de Lina, que estaba siendo la revelación del día. Es curioso, fue después de aquellas representaciones cuando empecé a desatarme en serio. Ese año vivía sólo con Mutio, Raúl se había pasado a la patrona de los gatos, donde tenía una habitación individual espléndida y hasta un jardincito. Nos veíamos poco, él salía ya con aquella guapa tan alta de la alta sociedad pamplonica. Además andaba todo el día liado con cosas de la radio. En cierto modo se aproximaba cada vez más a lo que se pedía de él, mientras yo progresivamente me distanciaba.

A.

Me daba grima verlo con aquella chica y ver sus trajes ahora tan atildados, tan de niño bien, pero lo que más grima me daba era su expresión, su actitud humilde y sumisa. Por entonces yo solía ir al Moka a estudiar —había un silencio extraordinario—, y muchas veces, estando allí, entraban ellos. Raúl ni saludaba siquiera, tan pendientes estaban sus ojos de cordero degollado de aquella exquisita. Era exquisita, sí, demasiado exquisita. Nunca me expliqué cómo pudo durar la cosa tanto tiempo. Sin duda había cura por medio. Aquellos curas eran unos casamenteros; si no lograban que aprendieras a decir no, se aplicaban a algo más fácil: hacerte decir sí. A veces llegaban al chantaje utilizando no el amor de Dios, sino

el suyo propio. A mí me sucedió una vez, se me declaró uno en el confesionario. Creo que después empezó a tener dudas, a decir que no creía en la Virgen, y quiso salirse. Lo encerraron tres meses en una clínica psiquiátrica. También en el confesionario me contó en una ocasión cómo entró, a raíz de un accidente: iba en moto con su novia y se estrellaron, ella murió en el acto. Ese era el cura de Raúl, y tú también fuiste con él durante un breve periodo. A veces pienso que actuábamos así solamente por curiosidad, por penetrar en la vida que allí se cocía más a fondo; otras me digo que sucumbíamos al halago que aquello encerraba, aquel humillarse y a la vez ser ensalzado al constatar que el «ungido» se ocupaba de uno, compartía con uno el secreto del perfeccionamiento, él, un personaje tan idolatrado… Claro que tú y yo empezamos muy pronto a pasar de un cura a otro; puestos a conocer, había que conocerlos a todos, tanto al querubín recién salido del horno, como al viejo más hosco y huraño, que también ese ejemplar «interesante» existía.

Quizá se trataba, sencillamente, de un tipo de defensa porque, por lo menos yo, que nunca seguí un horario de aquéllos ni llevé cilicio ni me di con disciplinas, como hizo Raúl, sentía que en mi interior lo negaba todo. Esto quedó patente cuando acabaron de construir los edificios de la nueva universidad y dejé de ser adscrita; me pasaron a una residencia y no lo pude aguantar: me fui a la de las monjas, donde estuve casi dos años. Allí no había coacciones, sin embargo, movida ahora claramente por la curiosidad, leí algunos libros de los que ellas tenían. Su estilo, mucho más anticuado que el de los seguidores del Monseñor, era para mí más atractivo y también más desconcertante. Había uno de una monjita que contaba sus visiones: Cristo se le aparecía con frecuencia en los momentos más inusitados. «Humíllate y besa el suelo», le decía cada vez. Luego ella narraba los detalles del hecho y ensalzaba al amado celestial. ¡Puro masoquismo! «Humíllate y besa el suelo», eso resumía el amor de Cristo a la criatura. Con todo, resultaba para mí una historia fantástica.

Aquellos dos últimos años de Pamplona, aun viendo cada vez más contradicciones en la religión, me tapaba los ojos como el avestruz y seguía con una conducta cristiana. Es cierto que también era mucho más cómodo.

L.

Resulta curioso que llegaras a caer en eso y yo, en cambio, me rebelara con tanta violencia. Y más curioso todavía que hubieras sido tú quien me precipitara a ella. La tarde de Valladolid entré en conflicto a fondo, un conflicto del que no he salido todavía, pero respecto al que empiezo a detectar unos puntos de referencia. El problema que habla tenido conmigo mismo se me aparecía ahora aumentado por tu causa, *fair Ophelia*: te convertías en la serpiente misma del Paraíso. Tú, tu mirada, tus manos… Pero yo había aprendido a castigar las mías. Con Iñaki, y también con Raúl, pero sobre todo con Iñaki, jugábamos a la bofetada estoica. Uno mantenía la mano extendida levantada a una altura por encima de la cadera y el otro le pegaba en ella tanto rato como el primero pudiera soportarlo. El día aquel en que dejé plantado el ensayo y me fui a oír a Celestino y tú me seguiste, la cosa acabó, o mejor dicho empezó, con este juego.

Después de dejarte, Raúl y yo nos dirigimos hacia la calle San Nicolás a tomar unos chiquitos. Estábamos casi en la puerta y Fernando e Iñaki, que pasaban por allí, se sumaron a nosotros. Los cuatro seguimos la ronda de tascas por San Miguel y luego por San Antón. Recuerdo que Raúl se empeñaba en echar pulsos con los paisanos —era muy propio—, y que desde el primer momento, de vez en cuando, se volvía hacia mí y me decía: «Me has estado jodiendo todo el día, cabrón», y luego, cambiando de tono, añadía otras cosas, como «así que paga tú los vinos», o bien «cuando se acabe esta ronda quiero verte bailar». «Eso», decía Iñaki, que llevaba una merluza imponente, «vayamos a la plaza a bailar, o mejor a la Taconera a mear; el que mee más alto se la lleva». «Te partiré la boca en la Taconera, yo a ti, y también a ti», solté, dirigiéndome a ellos dos. Aún oigo la voz reposada de Fernando que dijo: «Todo eso a ritmo de jota», y empezó a entonar *Tiene los ojos azules*. Raúl le agarró de las solapas. «So hijoputa», le espetó, «a ver si recibes tú la primera hostia». Iñaki, entonces, afirmando que era mejor el ritmo del Santo Cristo de Limpias, se puso a cantar, y ahí le seguimos todos y nos encaminamos trotando desacompasadamente a la Taconera. No sé cómo empezamos los cuatro a jugar a la bofetada estoica.

A.

Fueron los dos meses de hospital los que me derrotaron. Dos meses de inmovilidad, de horizontalidad constante: ni un libro, ni un papel, ni pluma, ni música… Pero a la mente no podía uno mantenerla en el vacío. La mente se convirtió en una pantalla donde aparecían imágenes una y otra vez, con carácter obsesivo. Así los encuentros del verano, las horas mudas a la orilla del Tormes, el atardecer de Valladolid. Me veía insistiendo en que pasáramos unos días juntos, y a ti en llevarme a conocer a tu familia. Sentía luego tu mirada de muerte del tren y aquella lepra apoderándose de mi cuerpo. Y aún con más insistencia tu estampa de Zamora, desgreñado, pálido, tu rostro sin líneas definidas, los ojos huidizos, la piel sembrada de las diminutas manchas que ahora ya conocía tan bien, con la expresión doliente, desgarrada desde lo más hondo y a la vez iracunda. Quizá todo por mi causa, por no haber cedido, por no haber aceptado tu ofrenda, intentado contigo emprender aquel camino, aunque fuera el que se exigía de nosotros y no el que yo sentía en lo hondo de mi ser. ¿No habría posibilidad de rectificar? Pero ahora te sentía perdido, *O, woe is me / T'have seen what I have seen / See what I see! Ya está muerto, señora; / nos ha dejado; / verde alfombra de césped / lo ha sepultado…*

Sí, aquél fue el momento. Dicen que la muerte por accidente es en muchos casos un suicidio inconsciente. Aquel día salía yo de la biblioteca de la Diputación, con tu *Floresta lírica* y las fichas en la mano, preparaba el primer examen. Desde hacía una semana la atmósfera estaba densa, el cielo cubierto no dejaba asomar el sol. De camino por la avenida recordaba que hacía un año todo tenía carácter de aventura, todo era inexplorado. Me decía que había sido en un día como aquél y a aquella hora cuando subí desde la plaza de toros y os encontré sentados, inmóviles, en la pendiente recubierta de hierba que está justo al comienzo de la Media Luna. Nunca una cosa así volvería a suceder. Por entonces sólo nos habíamos dado la mano en el museo y regresado juntos una noche a casa, tú mudo, escudado en las gafas oscuras, Raúl y yo en una primera tentativa de contacto, una charla convencional. Ahora, a un mes de nuestra llegada, y tras aquellas espantosas etapas de Salamanca y Valladolid, sólo te había visto un día. Me encaminaba

hacia el Iruña y me paré un momento delante del escaparate de la Editorial Gómez. Surgiste de la calle San Nicolás muy repeinado, el rostro marmóreo. Avancé hacia ti y te saludé. Respondiste a mi saludo con fría cortesía y seguiste tu camino: era el final. Entré en el café, me tomé una ginebra, y luego eché a andar. Me metí en el Marceliano, después en el León Roch; vagué por las callejuelas de por allí: Zapatería, Mercaderes, San Agustín, Dormitalería… Me detuve un instante en la Plaza San José bajo los castaños, contemplando los cuatro chorros de la fuentecilla, pero algo me empujaba a seguir. Las imágenes apenas se reflejaban en mi interior, el portal gótico de la catedral, frente a la calle de Redín, y, ya en el Redín mismo, la caseta ante la que solían situarse los cordeleros, la fuente, las acacias, todo pasaba delante de mis ojos de modo fantasmal. Llegué a la puerta de Francia, a la muralla y continué hasta encontrarme en el bosquecillo de Tejera. Me sentí amparada por los chopos entre los que habíamos corrido, ahora con las hojas doradas y algunos ya con las ramas desnudas. Más allá se deslizaba el débil caudal del río aletargado por un tenue vaho. A su orilla misma me dejé caer. Notaba que la neblina ascendía desde el margen y se extendía sobre mi cuerpo. Un leve viento depositó sobre mí algunas hojas secas. De pronto sentí que no estaba en el mundo, que mi cuerpo era un mero vehículo de tiempo; sentí que podía permanecer de aquel modo indefinidamente, estando y no siendo, viendo el cielo entre los árboles: un infinito abismo y no claridad como otras veces, una distancia interminable. Ni por un momento pensé entonces en morir. Sencillamente, era como si hubiera dejado de ser a la orilla del Arga. Me quedé hasta que anocheció.

Fue pocos días después cuando, al salir de la biblioteca con tu libro y las fichas en la mano, me vino el recuerdo del año anterior y me dije que no importaba hallarse en soledad, que debía volver a la pendiente de hierba, a la Media Luna, recorrer también aquel vacío, ya que nadie se encontraría allí, quizá ni la posibilidad de recuperar vuestras imágenes, la tuya y la de Raúl, de aquel día concreto, en mi mente. El instinto de cruzar la calle, de ir hacia allí, hacia el vacío, que era ahora mi destino, fue mucho más rápido, y sobre todo mucho más fuerte, que aquel otro que nos enseña a mirar antes de hacerlo. La moto me embistió por la espalda. Cuando

recobré el conocimiento estaba en una tienda y lo primero que pensé fue: me quedan cuatro días para el examen, podré presentarme. Luego me quité el pañuelo de la cabeza; estaba ensangrentado. Pensé entonces: parece que ha pasado algo. Instintivamente busqué tu libro: también estaba manchado de sangre, y lo estaría ya para siempre.

L.

Iñaki me lo contó, y luego Raúl, que había ido a verte en cuanto lo supo. Decía que habías recibido un golpe imponente en la cabeza y que no te dejaban casi ni hablar. Yo dudé mucho antes de decidirme, quería apartarte, mantenerte lejos, a ser posible borrar el recuerdo. Pero tú estabas ahí, herida, encerrada en cuatro paredes delante de las que pasaba cada día para ir a casa. ¿Qué azar nos había colocado ese año a dos manzanas de distancia? Así y todo lograba no verte, del mismo modo que el curso anterior te encontraba como por casualidad todos los días. No aparecía por el museo ni por la biblioteca, ni siquiera por el Iruña durante el día. Mi única actividad colectiva eran los ensayos; aparte de eso, sí, alguna escapada loca con Elizalde, y sobre todo salidas nocturnas, borracheras, algunas broncas sin importancia… Releí el teatro completo de Ibsen, todo lo que encontré de Strindberg y de Hugo Betti, de Gherard Hauptmann… Tenía los ojos reventados debido a la luz infame que la patrona no quería cambiar de ningún modo.

Cuando me decidí, todavía no te habían llevado al hospital. Recuerdo que eran pasadas las cinco de la tarde y prácticamente acababa de levantarme y comer, así que salí a tomar café. Al pasar por delante de la floristería y ver que estaba abierta entré y compré una rosa. Más que un café necesito un coñac, me dije, mirando la flor casi oculta entre el celofán y el papel. Sólo entrar en la cafetería me llamaron desde una mesa. Allí estaban Lina y Teo, también del grupo de teatro. Me senté con ellos y pedí una copa de Magno. La fui bebiendo despacito, observando a Lina. Era curioso, pensaba: ni Blanca, ni tú, ni Fernando, ni Raúl. Sólo Iñaki y yo continuábamos en la brecha. Iñaki se había revelado ya interpretando, con una muchacha que estudiaba ballet, La historia de un soldado, de

Stravinsky, y ahora Lina… El día del banquete de despedida, tras lo de Buero, me había fijado en ella. Recuerdo que tú te diste cuenta y, como empezó la música, dijiste: «¿Piensas quedarte a bailar?». Levanté la mano con displicencia estudiada y te contesté: «Bien sabéis que no sé bailar, pero estoy seguro de que si vos os quedáis no descansaréis en toda la tarde». «Estos tipos me importan un pimiento, mi querido señor», repusiste, «así que salgamos a la calle, os lo suplico». «En tal caso podríais acompañarme a tomar café en una terraza donde no dé mucho el sol». Y acabamos una vez más por la carretera de Mutilva, bajo un cielo surcado de nubes violeta.

«Adivino para quién es esta flor», dijo una voz a mi espalda. Era Iñaki. «¿Cómo te va?», añadió. Como un resorte respondí: «*Perfectamente. Me mantengo del aire, como el camaleón*». «Y al parecer incluso de esperanzas», soltó con ironía. «Pronto me mentarás mis faisanes». Se sentó con nosotros, pidió coñac y yo otro Magno. Con la copa entre los dedos y meciéndola lentamente, empezaba a sentir el calor en el pecho y las mejillas; empezaba a nacerme un leve canturreo, un musitar por lo bajo cuatro notas, y como otras veces, esto me llevaba a olvidar el lugar donde estaba. Fue Iñaki quien de un codazo me sacó de la ensoñación. Dijo que Fernando había conseguido un coche y que se iban a merendar a Estella, que no fuera muermo y me apuntara a ver Puente de la Reina al sol de la tarde, quedaban otros días para visitas. Cuando apareció Fernando e Iñaki se levantó, yo me levanté también, hice una reverencia a Lina y le entregué la rosa. Salí tras ellos y me metí en el coche. Me alejaba de ti definitivamente.

A.

Y tú eras el que había dicho: «Aunque tú me dejes yo no te dejaré». Dime ahora si no tenía razón yo. ¿Qué era eso? Una frase, palabras.

Palabras, imágenes… Dos meses dieron para muchas imágenes, mucha reiteración. No lograba dormir más de cuatro horas al día. Al atardecer Fermín, el médico, llamaba a la puerta. «Vamos a ver», decía, y empezaba a palparme las venas de los tobillos. En los brazos ya no me las encontraban… El anestesista había fracasado en

dos ocasiones y no se dejaba ver el pelo, pero Fermín acababa consiguiéndolo. Todos los días, en los tobillos o en las manos. «No quisiera tener que buscarte la yugular», decía. Me tenía asustada con eso, aunque él se reía. Luego se quedaba a charlar un rato conmigo. No sólo se llamaba Fermín, sino que cada año corría delante de los toros. Por otra parte solía hacer guardias en la plaza, así que conocía el tema a fondo. Después, invariablemente, ordenaba que me dieran el somnífero —muy fuerte, sí, pero apenas me hacía efecto—, y yo entraba en aquella fase del día en que tumbada boca abajo miraba las sábanas y cómo la luz se iba desvaneciendo, y su blancura adquiriendo las tonalidades pardas y grises de la penumbra y luego las negras de la oscuridad, aquella oscuridad que no llevaba consigo los amarillos del reflejo de los faroles, como sucedía en la casa, sino que era completamente negra, pues sólo en la carretera, y quedaba distante, había un poco de iluminación.

Cada noche me decía que el cansancio, por fin, me haría dormir, y cada noche comprobaba con horror que el cerebro, que no había dejado de funcionar durante todo el día, no podía detenerse y continuaba ofreciendo su espectáculo: toda mi vida bajo un prisma tan lúgubre… Fue entonces cuando se definió en mí el sentimiento de autoinmolación, cuando se me apareció, como única salida a mi miseria, el convertirme en víctima para el sacrificio redentor. Y todo por aquella estampa tuya de Zamora que empezaba a confundirse con la mía propia de la misma tarde, mientras lloraba sentada sobre un pedrusco junto a la carretera y cientos de soldados pasaban y me decían cosas, y yo seguía con un río cálido por las mejillas, y seguía allí, sola, en la oscuridad más absoluta hasta pasada la medianoche.

L.

Me escribiste varias cartas, pero yo no podía hacer marcha atrás, ya sabes lo que son esos procesos irreversibles. Más de una vez —no sólo cuando el accidente— estuve por ir a verte, pero algo me lo impedía, creo que en mi subconsciente estaba claro que mi disposición no era la misma y hubiera resultado absurdo. Luego

entré en ese desenfreno que hizo que me echaran. Y te digo que eso tenía que suceder, se estaba cociendo en mí desde hacía demasiados años, se remontaba a mis primeros contactos con ellos, a las tardes en que contemplando aquel escudo con caballos, cruces y corazones, sentadito en el césped mientras esperaba entrar en el campo de fútbol, me entretenía en cambiar las comas de la leyenda y en suprimir palabras, en ver engaños bajo apariencia de claridad. ¿Qué era aquello de sí, sí y no, no? ¿Qué gilipollería era? «La verdad os hará libres», he aquí una frase raramente mencionada. Pero eso era quizá lo que aplicabas tú, y ya ves cómo acabaste pillándote los dedos. Te los pillaste y así sigues, más que nunca presa en esa verdad que es pura contradicción, porque no me cabe duda de que sólo entregándote a la contradicción te pudiste casar con Raúl.

A.

Al salir del hospital empecé vagamente a buscarte, pero fue después de las vacaciones de Pascua cuando tomé clara conciencia de lo que hacía. Me llegaban cada vez más noticias de tu violencia y me herían. Conseguí saber el nombre de tu calle y por fin, una mañana, presa de angustia, me decidí: entré en todos los portales y fui piso por piso preguntando por ti. Nadie decía conocerte. Llegué a casa destrozada y me metí en la cama. Sentía una losa que me oprimía, una piedra de tumba que quería enterrarme. Y yo dejaría que lo hiciera, porque la llama de tu pelo, el huidizo color de tus ojos, la señal de tu rostro, que asomaban por mi cabeza, indicaban a otro, al que yo había conocido hacía más de un año, aquel que me dio la foto de su madre y el anillo, y no al que buscaba ahora, un desconocido a quien, a pesar de todo, estaba dispuesta a amar.

L.

No nos engañemos, sentarse a la misma mesa, figurar en un mismo reparto, entrar en la misma rueda, en el mismo baile, no implica más que relaciones externas. Y la misma palabra, como

sabes, es engañosa. Y el pensamiento. Y la razón también. En realidad el uno para el otro fuimos, somos y seguiremos siendo siempre desconocidos.

Porque el caballo entreverado de maldad gravita y tira hacia la tierra, forzando al auriga que no lo haya domado con esmero.

Cuando acabé de escribir esta parte y releí de nuevo lo que había conservado de la tercera, es decir el diálogo entre Raúl y yo —porque los relatos paralelos se habían transformado, de hecho, en diálogo—, para volver sobre lo que llamaba el núcleo, que en este caso era la pelea, me di cuenta de que la novela no acababa ahí: habían sucedido demasiadas cosas en aquellos últimos años: tú y yo, por ejemplo, nos habíamos vuelto a ver, primero furtivamente, luego con Raúl; más adelante él y yo nos separamos. Y además estaba la noche de Elsinor. No fue inmediato, pasaron meses sin que tocara los papeles, sumida en el trabajo por la supervivencia —algo tan nuevo para mí—, y negándome a dejar de estudiar, en todos los sentidos. Salimos alguna vez más. Tú eras uno de mis temas de estudio favoritos, analizaba tus reacciones, tus expresiones: quería llegar a descifrarte plenamente, porque tenía ya muy claro que eras mi protagonista. Con todo, cada vez que te veía lograba engañarme, lograba sentir plenamente aquella frase que ya había quedado escrita, que eras «un desconocido a quien, a pesar de todo, estaba dispuesta a amar». Y no es que no me desanimaras: quedábamos y no aparecías, y después llamabas excusándote… A pesar de todo yo estaba siempre a la expectativa, cuando me hablabas de tus vagos proyectos de abandonar tu trabajo para dedicarte a enseñar a analfabetos, cuando decías que irías a ponerte a disposición de tus hijos, o cuando querías contribuir «a que la gente fuese más roja». No, nada me encajaba. Te escuchaba con la conciencia de que seguías con tentativas de ocultamiento. Sólo aquella primera vez después de la pelea, aquella mínima escapada… En realidad también la había provocado Raúl. Una noche —estando él en Madrid— te encontró por la calle, os disteis los teléfonos. Me lo contó nada más llegar a París y durante unos días tuvo tu número rondando por la mesa. Tu imagen, que con todos los dramas vividos se había alejado, volvió a alear por mi inconsciente. Sabíamos de ti porque siempre había alguien que nos daba noticias. Eran bastante

dramáticas, por cierto, y giraban en torno al alcohol, rupturas familiares, abandonos, curas en sanatorios…

También a él, en un momento dado, hubo que ingresarlo. Me sorprende lo que la inteligencia humana puede proyectar y cumplir, con qué astucia representa una ficción para alcanzar extraños e inexplicables fines. Lo de Raúl, en aquella época, unos años antes de París, además del alcohol, eran los falsos suicidios. Pero yo no lo creí ni la primera vez. Todavía no anotaba las cosas y no sé si seré capaz de reconstruirlo con fidelidad. Recuerdo una mañana… La noche antes no había aparecido, pero cuando me desperté la atmósfera estaba impregnada de alcohol y al momento noté su bulto en la cama. Me levanté con sigilo, salí de la habitación, desayuné y me sumí en mi ejercicio de lectura matutina —he seguido con esta táctica desde Pamplona. Cuando fue su hora, entré a despertarlo. Empezó a lanzarme improperios, a insultarme y a maldecir. Le obligué a ponerse en pie y me fui a abrir la ducha. A mi regreso estaba sentado en la cama y lloraba. Decía que se encontraba mal, que llamara advirtiendo que estaba enfermo y no iría a trabajar. A este tipo de peticiones me negaba siempre, así que también esta vez lo hice y le amonesté severamente. Se levantó hecho una furia, tiró al suelo las sillas con toda la ropa que había encima, y al pasar me soltó una bofetada. Me escabullí hacia la cocina.

Desde allí se oía correr el agua y poca cosa más, cuando de pronto llegaron unos gritos: «¡Ay, ay, ay! ¡Ven, corre, corre, ven!». Con la navaja de afeitar se había hecho unos cortes en las muñecas y había algo de sangre por la bañera y el lavabo. «Quería morir», decía entre sollozos. Tampoco a esto cedí, le limpié, le puse un vendaje y empapé en agua fría una toalla y le cubrí la cara con ella un momento. Luego le obligué a arreglarse y a ir al despacho. No apareció en todo el día, ni en toda la noche, ni al día siguiente, pero sí la madrugada de este último. Había logrado llegar a la puerta de casa y llamar al timbre y después se había caído cuan largo era, dejando en el suelo, junto a su boca, un charco de líquido verdoso. Tuve que arrastrarlo hasta el borde de la cama, y conseguí que se levantara y se echara encima. Durmió unas cuantas horas despidiendo aquel olor a podredumbre de la bilis agria, pero el malestar lo despertaba incesantemente. De vez en cuando decía

cosas, como en un gemido, palabras inconexas que yo oía desde la habitación de Laura, donde intentaba trabajar. En un momento dado su desasosiego me pareció tan grande que preparé una manzanilla y entré. Tenía la frente perlada de sudor y los ojos abiertos, fijos en el techo. Le ayudé a incorporarse un poco y se bebió la tisana. Luego volvió a mirar al techo y con voz temerosa y vacilante dijo: «He visto a la Virgen. Se me acercaba con el niño. He tenido un hijo con la Virgen. Lo he visto, ¿qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer?». Pensé que aquello estaba próximo al delirium tremens y salí de la habitación para llamar al médico. Cuando volví a entrar, seguía hablando y llorando, agitado. Al verme se incorporó un poco y exclamó: «¡Oh, perdóname! ¡Estoy condenado! He tenido un hijo con Lina. Era pequeñito, sonrosado, todo un hombrecito. Si no te lo crees, llámala. Pero ella no lo quiere… Tiene unas manos que ya cogen. Cogen la mano de la Virgen, se acogen a ella. ¡Ay! ¿Qué voy a hacer ahora? Lina, Lina… Dile a Lina que quiero verlo, tráeme a mi hijo…». Y se dejaba caer de nuevo sobre el lecho llorando desesperadamente. Le di el tranquilizante que me dijo el médico y luego llamé a Lina. Quedó en pasar por casa antes de ir a comer. Cuando llegó, él se había calmado, pero de todos modos decidimos ir juntas a su psiquiatra. Lo ingresamos. Nunca llegué a saber la verdad sobre el tema del niño. Por supuesto durante mucho tiempo tuve la convicción de que se trataba de un delirio, pero unos años después, Lina…

Como siempre fue Raúl quien recuperó al personaje. Se la encontró en una de sus salidas nocturnas, una fiesta fuera de Madrid, con gente del mundo de las artes. A los dos días la traía a casa y yo, que mientras estudiábamos apenas la había visto, conecté con ella. Empezamos a vernos con frecuencia. Hablábamos, al principio, de aquellos años. Quizá en esto residió el súbito entendimiento. Había sido precisamente ella quien recibiera la rosa a mí destinada y me contara aquel último gesto tuyo hacia mí en Pamplona. No sé por qué ni cómo, fui una tarde a tomar café a su casa, no puedo recordar el motivo, lo cierto es que una vez allí, como si supiera lo desgarrada que estaba yo por dentro, se puso a hablar de ti. Empiezo a recordar: cuando fui a su casa faltaban unas semanas para que se acabara el curso. Tú habías montado ya con Elizalde el gran número final y os habían expulsado. Ella conocía

bastante bien los hechos y surgieron de pasada en nuestra conversación, pero mi mente se centraba en un solo punto por mí ignorado hasta entonces: hubo un día, después de mi accidente, en que habías querido ir a verme e incluso habías comprado una rosa. Y yo, en la cama, en absoluta inmovilidad, no había hecho más que esperar aquel momento durante dos meses enteros: ¡mil cuatrocientas sesenta y cuatro horas! Ni siquiera entonces comprendía por qué me hablaba Lina de todo aquello.

Veo de pronto los mapas de Historia medieval que yo había hecho con toda minuciosidad… Esto es, nos habíamos encontrado en una reunión de adscritas y Lina se había levantado la primera para marcharse. Yo, que si alguna vez, como aquel día, no lograba zafarme, escapaba, la seguí. En el ascensor me comentó que no se aclaraba con las invasiones bárbaras, y le ofrecí mis mapas y mis cuadros sinópticos. Lina vivía en un ático espléndido de la calle Paulino Caballero, una casa moderna, llena de luz, bien amueblada y con calefacción. Cuando llegué fue su compañera quien me abrió, mientras ella preparaba el café. En la mesa reinaba un orden estricto. Toda huella de la comida había sido borrada y ahora solamente estaban allí las tazas, la cafetera, una bandeja de pasteles, un jarro de agua y vasos. De pronto recordé otra mesa, la recordé por la fotografía, donde a un lado estaban Lina y Teo, él acercándose con un gesto cómico y ella, muy desenvuelta, amenazándolo con la mano; una imagen divertida que contrastaba con la nuestra —en el otro extremo— en actitud espontánea y sonriente, pero bastante estática. Era la escena previa a aquellas vacaciones a cuyo regreso fuimos a Arazurri. Dijo Lina que aquel día se comentó mucho nuestra desaparición, que saltaba a la vista que volveríamos a salir. Ahora, sin embargo, todo el mundo coincidía en que era una suerte para mí que lo hubiéramos dejado. Le confesé mi desasosiego y ella me confortó hablándome de aquel gesto tuyo de la rosa, de lo poco voluntario que había sido el entregársela a ella, de lo inerme que te veía… Fue a través de esa conversación como comprendí, además, la misoginia de Iñaki. Me habló del trato que daba a su novia perpetua… Esto venía a ser una pieza clave en mi rompecabezas. Era incluso más importante que tu amistad con Elizalde, amistad en la que, de hecho, nunca creí. La delincuencia de los niños bien no encajaba contigo. Nadie podría

convencerme de que tu verdadero yo fuese aquel que robaba coches y se iba a emborrachar a Estella. Esto era una máscara más. Cuando al año siguiente apareció «el Silvestre», supe que tenía razón. El Silvestre era ese tipo, y no tú.

Hablamos hasta el anochecer, y hablamos también de Raúl. Al salir del hospital, después del accidente, yo le perdí la pista. Al otro año ni tú ni él estabais en Pamplona. Fue entonces cuando me trasladé a donde las monjas, tras pasar fugazmente por la otra residencia. A decir verdad, con vuestra partida, empecé a vivir como una muerta, empecé a no implicarme, puro desinterés por lo que me rodeaba. Pamplona sin vosotros dos no existía para mí. Quisiera desenterrar esta etapa y por más que escarbo no encuentro nada, excepto la poesía de T.S. Eliot y aquellos libritos tan terribles: «Humíllate y besa el suelo»… Ni un paseo, ni una conversación con nadie, apenas algunas sesiones de estudio, nada más. Miento, un muchacho que durante varios meses me estuvo llevando cada día una flor metida en un sobre. Las robaba de los jardines o los parterres de las calles, al paso con su moto, y me las dejaba en el casillero. A la monja de la portería le hacía mucha gracia. Y además, sí, la observación de un chico recién llegado, el *Apolo entrevisto*. Y Karim, una fascinación fugaz, un jordano que estaba becado estudiando medicina. Pero incluso esta aventura me parece hoy sin relieve, ajena a mí. Y, sin embargo, recuerdo claramente músicas, discos escuchados en el comedor, hasta bailados… Retirábamos las mesas y bailábamos. Lo cierto es que yo me había transformado, ahora era uno de los personajes más serios de la residencia, pasaba incluso los domingos enteros encerrada en mi habitación. Empiezo a ver claro, había todo eso: trabajo en dos vertientes: estudio y escritura; vida de residencia, mínima, pero satisfactoria; paseos en solitario —descubrí la técnica de leer los resúmenes en voz alta por la calle, siempre que hiciera sol—; y en época de exámenes, repasos intensos con alguna compañera. Un vacío fundamental. Con horror me doy cuenta ahora. Eso debió de contar mucho en mi decisión de casarme con Raúl. Un día me llegó una carta suya, tras dos años de silencio: había visto claro que debíamos casarnos y tomaría el tren para explicármelo. Así lo hizo. Su argumento se resumía en estas palabras: «Estoy al borde del suicidio, cásate conmigo». Yo no le dije que no. Me faltaban tres

meses para acabar la carrera, otros tres después nos casamos.

He afirmado que no creí en su primer intento de suicidio, había olvidado esta curiosa proposición de matrimonio.

Madrid, 12 de febrero de 1974

Acaban de llamar de la policía. Raúl ha «sufrido» un accidente. El coche está en el terreno donde construirán un museo al aire libre. Dicen que vaya a recoger las cosas. A él no le ha pasado nada.

***

No anoté la hora, pero recuerdo que eran las diez de la mañana. Completamente borracho había metido el auto por un terraplén empinado en el lugar que hoy queda a la izquierda del puente. Acudí y todavía pude ver el coche casi vertical, con el morro a tierra, pero prácticamente intacto, y la grúa que tomaba posiciones para rescatarlo. El policía me dio cuatro cosas que habían encontrado en la guantera, todo lo demás lo habían robado. Me dijo que Raúl estaba retenido pero que no me inquietara, que lo soltarían pronto si no lo habían hecho ya. Durante mucho tiempo había esperado una llamada de aquella índole y había recibido ya una, era, pues, la segunda, pero no era aquél el segundo «accidente». Hubo un total de cinco o seis, y podía detectarse con facilidad cuándo eran voluntarios y cuándo no, pues en el último caso, Raúl procedía a la venta inmediata del coche. Por otra parte él salía siempre ileso… Por qué vericuetos discurría su mente entonces… probablemente era algo mucho más complejo de lo que yo sospechaba. Lo que sabía positivamente era que vivía en absoluta contradicción. Se había hecho del opus. En su cuadernito azul anotaba, por ejemplo: «*Actitud personal: Vocación de servicio. IN PAUCA FIDELIS. Filiación divina. MADRE DEL AMOR HERMOSO*»… Esto en la primera página, y seguía una lista, a modo de horario, entremezclada con otras cosas cuyo significado se me escapaba, así, junto a «*Ofrecimiento de obras, Evangelio y lectura, Ángelus, Rosario, 3 A.V*». estaba escrito: «*Corrección fraterna. Silencio mayor. Silencio menor*». En otra página se leía: «*Medios de*

santificación: Oración - Presencia de Dios - Sacramentos - TODA ACTIVIDAD HUMANA ES SOBRENATURAL». Y así sucesivamente: «*El trabajo es el medio de hacer personales las relaciones con Dios*». Y de nuevo: «*¡Madre del amor hermoso!; TRABAJO Y FAMILIA*». «*Don Ángel me dice que me quedan pocas tuercas por recoger, de aquel gran desparramo de piezas de los 15 a los 25 años*». «*PAZ ABSOLUTA - EFICACIA Y RENDIMIENTO - LENGUA QUIETA -…*». «*Este camino empezó hace casi 10 años cuando el Padre me besó en Roma. Sucedió algo sobrenatural, estoy seguro, pues yo, lujurioso, borracho, traidor, cabrón, soberbio, me siento guiado siempre, hacia la humildad, el reconocimiento de la culpa. Siempre a pedir perdón.*» … «*EXPIAR A DIARIO*». Y más adelante: «*RAZON - SER ALTER CHRISTUS - RAUL DE LA CRUZ - El celo de tu casa me tiene consumido (Juan). OMNIA IN BONUM… Ser instrumento, aceptar, reconocer la cruz. HÁGASE / CÚMPLASE / SEA ALABADA / Y ETERNAMENTE ENSALZADA / LA JUSTÍSIMA / Y AMABILÍSIMA / VOLUNTAD DE DIOS / SOBRE TODAS LAS COSAS / AMÉN - AMÉN*». Y se repetía: «*¡Madre del amor hermoso! —Alegría— Paz*».

A mitad del cuaderno empezaban a aparecer notas así: «*A.P. —G— buscar la confidencia—. A.— Ídem (más fácil — café). R — encomendarle mucho y esperar B- Entrar a fondo (retiro)—. Z — buscar la ocasión—.*»… Y seguía: *NUNC CEPIT — 'El que sea un cobarde que no use de su libertad' (P.). —SERVIAM— 'Tanto como a Lázaro te quiere a ti' San José— Patrono en casa —UTSIT—… BORRICO… 'Dame tu corazón para que sea mío y lo tendrás en posesión para siempre' (S.A.). —Jesús: en nombre tuyo echo las redes. 4'20 h. 6 de febrero escribí la carta. AVE MARÍA / DOMINUS TECUM*».

Dejaba siempre la libretita abierta encima de la mesa. Para comunicarme lo inconfesable, me decía yo. Del mismo modo que después, en París, dejaba la agenda con anotaciones como ésta: «*En la playa de Deauvilie con Maire-Claude*» o «*Cena con Noemí*» o «*En el Procop con Pedro y Marie-Claude*», sabiendo que yo al limpiar el polvo necesariamente lo vería. Al principio alguna vez utilizó otro sistema. Recuerdo un amanecer en que llegó como iluminado. Yo estaba ya levantada y él me hizo sentar junto a sí en

el sofá y en tono de devoción, como si fuera a declararse, dijo: «He estado con la Dama del Lago. Era como tú, tus mismos ojos, tu pelo sedoso. Toda la noche la he pasado con ella y después ha desaparecido». Dos lágrimas temblaron en sus ojos.

Sólo quedan retazos en mi memoria, esa frase de la «Dama del Lago», por ejemplo, no la asocio más que a la vaga sensación de haber tenido que consolarlo, y después, la idea de que se fue de nuevo a buscarla, sin haber dormido… Recuerdo, por ejemplo, aunque esto fue mucho después, los viajes de una tirada de París a San Sebastián, para seguir al otro día hasta Madrid. Naturalmente pasábamos a veces por Pamplona, pero él nunca quería parar. A mí me hubiera gustado ver qué quedaba de la ciudad que habíamos conocido, porque cuando me fui se estaban produciendo muchos cambios. Empezaba, por ejemplo, a haber cafeterías con luces penumbrosas, cosa inconcebible cuando llegamos allí, e incluso en alguna se bailaba. Habían construido un hotel de gran lujo cerca de la Taconera y parecía que toda aquella zona se modificaba. Esto por no mencionar los edificios de la universidad… No sé por qué me gusta volver a los lugares donde he vivido, volver hasta que llega un momento en que me he desprendido completamente de ellos y siento hasta tal punto que se han independizado de mí que no los reconozco, son asientos, acaso, del olvido. París, por ejemplo… Podría repetir movimientos tan simples como sentarme en Les Deux Magots a leer —todas las semanas pasaba allí casi dos horas—, pero al hacerlo varias veces sin un fin determinado cuando ya no vivía en la ciudad, como si hubiera ido pasando las páginas de un libro hasta cerrarlo… Entonces esperaba a Laura mientras daba su lección de español. Me llevaba mis libros de literatura y estudiaba. Recuperaba a mis treinta años gestos de los dieciocho, pero el goce era mucho mayor. La angustia se había desvanecido, ahora me acechaban cosas concretas y con cosas concretas podía combatirlas. El haberme matriculado en la Sorbona, sin embargo, no tenía ese carácter, era, ya te lo he dicho, un deseo de vivir París plenamente. Sabía que si me limitaba a mi vida habitual, pasaría por la ciudad sin enterarme del todo. Siempre he sentido la necesidad de tener objetivos. Me gusta perderme por las calles, pero me gusta mucho más si voy, por ejemplo, recorriendo librerías porqué busco determinado libro, o mirando los escaparates de los anticuarios

porque quiero hacer un tipo de obsequio. Por lo mismo dos horas vacías obligadas de espera en el barrio latino eran para mí un regalo —en momentos así nada acucia al cerebro… Como siguiendo un ritual, caminaba por la rue Jacob, la rue de Lille, la rue des Saints Peres; me detenía a mirar cómo trabajaban el marfil en una tiendecita, con aquellas pequeñas herramientas y aquella delicadeza y precisión, aunque en realidad hacían muy pocas piezas y muy simples. En la misma calle había otro lugar que me fascinaba: vendían alfombras de esparto. Y ya en el boulevard, la Compañía de las Indias Orientales, con sus juegos de té, sus jarrones, sombrillas, abanicos, kimonos, chancletas, faroles… Después, bajar hasta la orilla del Sena, pararse delante de los puestos de buquinistas, cruzar el puente y llegarse hasta el Grand Palais o el Petit Palais a ver una exposición de arte tibetano…, volver andando por la otra orilla, llegar hasta la zona de las tiendas de animales… En una de ellas compramos a Merlín. Raúl me había sometido a tanto chantaje, acusándome de madre que impide que su hijo goce del afecto ¡de un animal!, que acabé por admitir un gato. Tendría apenas unas semanas cuando llegó a casa y ya era de una extrema pulcritud. Pronto se estableció un entendimiento entre el gato y yo, y esto irritó a Raúl, de modo que al poco su peor amenaza, ante mis supuestas negligencias, era que abriría a Merlín en canal. Luego pasó a gestos más desquiciados:

París, 17 de marzo de 1976

Raúl llega de Burdeos borracho y agresivo. Quiere provocar una pelea para marcharse enseguida. No lo consigue. De todos modos llega a las 10 y se va a las 11’15. Viene así porque ayer, en conferencia, se equivocó. Al coger el teléfono oí su voz melosa diciendo: «Alló? Marie-Claude?». Hoy ha dado un portazo y ha gritado: ¡Ya sólo te interesa Merlín! ¡Yo también quiero un gato para mí!

París, 18 de marzo de 1976

A las 3 de la mañana ha llegado Raúl con un gato negro. Ha despertado a Laura para que se encariñara con él y luego me

culpabilizara porque no pienso admitir otro en casa. Me he agitado mucho, pero por suerte, al final, he logrado volverme a dormir. Por la mañana ya estaba el drama montado. He dicho que si aquel gato se quedaba, yo no me ocuparía de ninguno de los dos y me he marchado sin preparar siquiera el desayuno. Cuando he vuelto ni Raúl ni el gato estaban. Tampoco Laura, que se queda en el colegio hasta las cinco. He llamado a Michele, he ido a la biblioteca y después a comer con ella y con Antonio. Aún no comprendo por qué Michele ha querido que luego fuéramos las dos a tomar café a su casa, Antonio le había contado todas las barbaridades que me dijo la otra noche.

***

Cierto, con todo su intelectualismo, Antonio, cuando bebía, entraba en otra fase, la fase del baile. Lo había conocido la noche de un 13 de julio. Fuimos juntos a la Contrescarpe y, mientras Raúl, Pedro (un miembro del P.T.) y Michele se dedicaban al vino y a la charla política, Antonio y yo bailamos sin parar hasta que con la luz del día cesó la música. No nos dimos cuenta de que nuestro pequeño grupo se había dispersado. Él y yo entre el bullicio, hablando apenas, pero plenamente entregados al ritmo y a la melodía, prescindimos de todo excepto de aquel intenso goce de la danza, danza sacra, danza de integración a la naturaleza, a los movimientos internos de la tierra, de los árboles, los animales en celo; danza genésica, corporeización del devenir; danza cósmica —como la de Siva, que representa la unión de espacio y tiempo en evolución—; danza simbólica del acto creador; que encarna la energía eterna; y por ello también forma de la magia —el arte del amor.

Hubiera podido pasar cualquier cosa entre él y yo, aquel amanecer, pero no pasó nada, excepto que con la ropa calada del sudor, jadeantes y encendidos nos despedimos, y yo llegué a casa y realicé unos gestos que tiempo después resultaron, en efecto, mágicos: me di un baño caliente, me vestí de nuevo y bajé al patio con una manzana en la mano. Pocas veces me ha sucedido no necesitar apenas dormir, y es curioso que en mí este fenómeno siempre ha ido unido a noches de baile, como si todo posible

cansancio se desvaneciera quedando en mí solamente el fuego profundo de la energía, un fuego renovador de vida.

Así fue aquel 14 de julio. Antonio al despedirse me dijo: «Te llamaré una mañana. Me gusta la mañana». Cuando me senté en el saliente del muro y recibí el primer sol, no eran estas palabras las que ondeaban por mi cabeza, sino otras muy distintas: «*En el inmóvil punto del mundo que gira… / … / Excepto por ese punto, el inmóvil punto. / No habría danza, y allí solamente hay danza*»… Estos versos de *Burnt Norton* se resolvían más adelante así: «*El tiempo pasado y el tiempo futuro / No permiten sino una escasa conciencia. / Ser consciente no es estar en el tiempo / Pero sólo en el tiempo el momento en el jardín de rosas. / El momento en la arboleda donde batió la lluvia. / El momento en la iglesia cruzada al anochecer por la niebla / Pueden ser recordados; envueltos en pasado y futuro. / Sólo a través del tiempo se conquista el tiempo*». Tal vez era, pues, eso, aquella calma, aquella serenidad naciente, del frugal desayuno, del cuerpo por fin quieto, integrado al velo rosado del alba —jardín de rosas en la cúpula celeste—, hasta el momento de la definitiva claridad, para entonces levantarse, subir las escaleras, acostarse y dormir una hora, y empezar el día con extraña plenitud.

Antonio no me llamó, ni llegó a hacerlo nunca, pero cuando nos veíamos y el vino le llevaba al momento de la danza, me pasaba la mano por la cintura y me hacía bailar con él. Me decía que quería acostarse conmigo, que nos ataríamos para hacerlo, o que me poseería por la espalda, o que estaba dispuesto a que lo latigara y a que lo estrangulara y lo mutilara, como en aquella película, entonces de moda. Me estrechaba violentamente delante de todos, y nadie parecía darse cuenta, ni Raúl, ni Michèle. Cuando después nos encontrábamos en la biblioteca, estos episodios no existían, nos saludábamos fugazmente y cada uno se perdía en su libro. No sé muy bien por qué empezó a aparecer en mis sueños con un aspecto ambiguo, acompañando a Raúl…

Guadarrama, 14 de agosto de 1976

Estábamos los de la noche de Campos en un cabaret bailando.

De pronto todos se convertían en travestís menos Álvaro Arco y yo, que nos cogíamos de la mano y apretábamos a correr por unas escaleras inmensas. Las escaleras estaban ahora en medio de la calle y nosotros huíamos. Antonio y Raúl, con un vestido imperio de satén blanco hasta los pies y con sombreros de capullos de rosas y cintas, nos seguían con sonrisa burlona. Antonio, pálido; Raúl, una gordita colorada. Los demás, a lo lejos, eran como sombras. Las mujeres, por supuesto, no existían.

Guadarrama, 6 de septiembre de 1976

Nuestra casa era una gran sala de exposiciones repartida en recintos amplios a distintos niveles de altura. Grandes cuadros —grabados en blanco y negro, angulosos, fuertes—, atmósfera en penumbra y ambiente de vacío. No obstante habla gente, pero yo no la veía. Buscaba con ansia amorosa al artista, que sabía estaba allí, en aquellas estancias. De pronto era a Antonio a quien buscaba con gran inquietud, y en un rincón donde había luz y tres o cuatro personas, a todo color —entre ellas Laura, rubia, con largo cabello y vestida de blanco—, lo encontraba. Pero no era Antonio, sino Raúl en travestí. Llevaba un vestido de algodón indio en tonos azules, me miraba entre la burla y la disculpa. Yo estaba ahora a su lado y me contemplaba a mí misma: vestía igual que él. Era otra a la vez que yo. Raúl, de todos modos, resultaba cómico, parecía una tata peripuesta, con largos pendientes. Antonio ya no existía en él.

París, 23 de enero de 1977

Ayer cenamos en casa de Antonio y se entabló entre él y Álvaro Arco una discusión dialéctica fantástica que me asfixió. Recuerdo que el año pasado gozaba oyendo a Antonio. Ayer no. Admiro su capacidad de enlazar razonamientos y eso me fascina y lo envidio, pero sé que es el arte de un sofista. Lo peor es que tomo conciencia de mi confusión, mi pesimismo visceral, mi necesidad desesperada de salvación tan absurda como real; de justificar mi propia existencia y esa conciencia de que no tiene por qué existir tal necesidad y de que cualquier actitud política se aparta de su genuino móvil y deja de ser pura, honrada. Ayer se llegó a decir que

un ser inteligente que no se interese por la política raya en la perturbación mental. ¡Qué bien se deben de sentir estos poseedores del método infalible que es la dialéctica marxista! No están en posesión de la verdad, como aquellos de Pamplona, pero creen tener la herramienta única capaz de abrir el camino.

Mi cabeza está cada vez más entumecida. Soy como un cuerpo al que progresivamente han ido arrancando los miembros. Mi vida es un continuo esfuerzo por olvidar la vida. Y después Antonio se emborracha…

Divertido: se acusa a Raúl de «fascista infiltrado».

París, 29 de enero de 1977

He tenido dos sueños alucinantes. En el primero era de madrugada, la hora en que empieza a clarear. Yo me despertaba y al salir de mi habitación veía abierta la puerta de Raúl. Con tiento me dirigía hasta ella: él estaba en la cama con Antonio, lo dos muy animados. Sólo recuerdo el color de la piel de Antonio, lo demás, tonos de blanco. Luego Raúl decidía llenar de camas su habitación; empezaba a traer jóvenes militantes del P.C. que iban y venían con el mismo aire que los jovencitos de *Saló*. Aunque Laura y yo no entrábamos para nada allí, el ambiente se nos hacía insoportable y huíamos.

El segundo sueño: Estábamos en la cama Raúl, Marie-Claude y yo. Yo la veía a ella como una fotografía, sin relieve, en tonos ocres. Raúl le pasaba las manos arriba y abajo por el pecho. Estaba desnuda. Yo me decía: No le hace daño porque es lisa. De todos modos cogía un inmenso cuchillo, como una espada, y arremetía contra ella, pero las cuchilladas resultaban como pinceladas que rayaban su cuerpo de un color más intenso. Luego estábamos en la iglesia y Raúl nos obligaba a arrodillarnos en un inmenso reclinatorio de terciopelo rojo. Había unos candelabros que colgaban del techo llenos de cirios encendidos. Todo era en rojo y blanco y nosotras dos vestíamos de negro. Raúl tenía la cara del sueño del travestí, la sonrisa burlona y de suficiencia que tiene hace unos días. Nos miraba con ironía poniendo una mano encima de la cabeza de cada una presionando hacia abajo. Yo me deshacía de Raúl y sacaba una daga. Raúl decía a Marie-Claude que huyera.

Estábamos ahora en América, en una inmensa estación. Había trenes y andenes a distintos niveles. Ella corría y yo la perseguía subiendo y bajando escaleras, metiéndome en vagones que parecían abandonados y que de repente resultaban llenos de gente. Finalmente tenía la convicción de que Marie-Claude estaba en uno de ellos, entraba y el tren se ponía en marcha y yo aparecía luego perdida en una ciudad de enormes avenidas.

***

El ritmo desenfrenado de aventuras de Raúl iba unido al alcohol y a sus mutaciones religioso-políticas, y todo junto, sin duda, fue lo que originó su degradación. Aquel alzarse violento, aquella voz tonante, aquella imposición de opiniones, era un cegar su falta de consistencia.

Guadarrama, 12 de agosto de 1976

Resaca de Raúl. Confiesa: «Me hice del partido para quemar la imagen del Raúl del opus y por intuición, sin saber nada». Le digo: «Ahora tienes que rellenar de contenido esa intuición». Me dijo también que para poder salirse del opus cometió un sacrilegio: fue a comulgar en pecado mortal. Después, evidentemente, llenó la casa de revistas pornográficas, empezó a frecuentar a los de la Junta, y también a hacer muñequitos y clavarles alfileres. Ahora preso de depresión se quiere ir del partido. Le digo que es un cobarde si lo hace sólo por ese embrollo que ha hecho que la directiva dude de él, le aconsejo que actúe de modo que nunca se repita una cosa así. Sé que es imposible, el alcohol ha echado raíces en su cerebro. A partir de Rennes el proceso parece irreversible.

París, 3 de junio de 1976

Raúl llega esta mañana de Madrid oliendo a alcohol. Desde el primer momento veo en su mirada y su gesto que ha estado bebiendo y que hay drama. De inmediato confiesa los hechos. Me hace sentar junto a él en su cama, me abraza y llorando me cuenta

la siguiente historia: Lina y una amiga suya, Carmen, han provocado una encerrona, le han invitado a una queimada y después, cuando ya la llevaba bastante gorda, le han sometido a un interrogatorio para que confesara que se ha pasado al P.C. «Y Lina, precisamente Lina», dice, «torturándome de ese modo, como si gozara con ello. Hay infiltrados. Hay calumniadores, inventan de todo para desprestigiarle a uno. Sin duda ha llegado algo a la directiva y esa Carmen trabaja allí». Acto seguido me exige que rompa mi amistad con Lina y para convencerme añade: «Fuimos amantes desde el primer día, desde que la encontré en aquella fiesta. Al salir me la tiré en el coche, y después ella no ha dejado de perseguirme. Aquí tienes la prueba». Y se saca unas cartas y una cassette del bolsillo. Me callo, pero empiezo a atar cabos. Yo comenté a Lina la amistad de Raúl con Antonio y le dije que en mi opinión pronto se haría del P.C. Me propongo investigar. No modificaré en apariencia mi actitud con Lina, veré hasta dónde llega la cosa. Se lo digo a Raúl, de hecho el mes que viene iremos a Madrid…

París, 4 de junio de 1976

Las cartas de Lina y la cassette… Sabía que era algo cursi, pero no que lo fuera hasta este punto. Curiosamente no me hace mella. Lo de Lina, en realidad, lo sabía, era una certeza no formulada. Ahora me explico por qué desde hace un tiempo notaba actitudes oscuras respecto a mí, falta de apoyo, desasosiego, mala comunicación. Era porque yo le contaba las aventuras de Raúl y a ella, puro deseo de posesión, ante todo intelectual, al sentir que se le escapa deja y dejo de interesarle. Claro que ese tema de la política… Yo sigo viendo claro que Raúl no tardará en pasarse al P.C.

París, 8 de junio de 1976

Viene Campos, Raúl dice que para investigar su actuación en el partido. Mañana por la noche cenará en casa con Antonio y Álvaro Arco. Me pregunto por qué lo mezcla con un comunista.

París, 9 de junio de 1976

Mi oposición al materialismo dialéctico, intuyo, es algo de estructura mental interna. Mi cabeza actúa de modo sincrético. Su modo de conocer es justamente lo opuesto al análisis: conoce totalidades de forma bastante profunda y es incapaz de explicar.

París, 10 de junio de 1976

¿Qué piensa el materialismo dialéctico de todo aquello no material, o si material y físico, que no depende de la voluntad, y que no obstante acontece, como la alegría, el dolor, la tristeza, el amor, la enfermedad…? Todo ello es incontrolable, y es lo que hace que mi vida de cada día sea de un modo u otro, independientemente incluso de la voluntad de los demás.

París, 11 de junio de 1976

Me miente tanto Raúl…, pero no he de caer en la trampa esta vez. Puede que yo le quiera aún como una constancia a su lado, alguien que está ahí, que a su modo, lo atiende, le hace el desayuno, lava su ropa, cose sus botones, aguanta una resaca, le da Alka Seltzer, escucha cuando quiere hablar… Pero no soporto que intente por un lado implicar mis sentimientos hondos, y por otro hacerme creer cosas que segundo a segundo sus actos desmienten. Reproches mudos. Explicaciones inútiles. Y jamás la posibilidad de diálogo. La verdad es que no me gusta el Raúl que se está fraguando. Veo a un Raúl hipócrita, no ya puramente contradictorio. E intenta justificarse con esa hipocresía. Debo abandonar por completo la compasión, que al fin y al cabo es propia de los dioses que pueden ser redentores, no de los hombres.

París, 26 de junio de 1976

Este cuaderno se acaba justo cuando la situación en casa llega a un punto tal que exige una decisión, un cambio radical de vida. Fue hace poco en casa de Álvaro Arco. Ya cuando salíamos para allá

Raúl dijo que un día se iría a por pitillos y no volvería, y luego me acusó de ser sólo una intendencia. A continuación, en casa de Arco, me atacó por no ser *social*, por ser un parásito egoísta y cobarde, y encima sacó —como si pudiera hablar de ello— la cuestión sexual. Dijo que le quedaban diez años y que no estaba dispuesto a renunciar a ello, que yo debía callarme y aceptar eso, puesto que ya era tarde para mí, que se habían creado en él unos reflejos de aversión en ese sentido. Añadió que no me faltaba comida ni techo y que había mandado a paseo a su última amante porque no quería dejarme. Acto seguido —no he visto mayor contradicción— dijo que quería separarse y que teníamos que ir a un abogado. Aguanté todo eso consternada, casi sin defenderme, sabiendo que era inútil. Al salir de casa de Álvaro Arco, sin embargo, me puse agresiva y lancé una piedra contra el parabrisas del coche y lo rompí. Este gesto fue al mismo tiempo frío. Él no me hizo nada. Sus ojos me miraban con una risa soterrada, como diciendo: «Ahora te torturaré hasta el final». Es masoquismo por mi parte seguir con él, tengo que tomar una decisión.

París, 28 de junio de 1976

Simplemente, desearía estar muerta.

París, 2 de julio de 1976

Hoy Raúl rechaza la idea de separarse e intenta que yo lo escuche. No es más que una reacción a todo el lío que se ha montado en el partido, resultado de sus continuas borracheras… Intentamos seguir apaciguando las cosas, iremos a ver a Campos a Rennes. Tal vez para esto me necesita.

París, 14 de julio de 1976

Ayer bailé hasta las 5 con desconocidos en la Contrescarpe. Lo pasé bien, aunque recordé a Antonio. Raúl es ridículo en fiestas así, empieza a gritar y a cantar desarmadamente. No tengo nada que ver con él. Obcecada en mi afán de redención y sacrificio he

buscado siempre los tipos más desgraciados. Ahora hay algo peor en él, no sólo desquiciamiento, sino maldad. Tengo que lograr salir de esto, no hay excusa.

París, 25 de julio de 1976

Acabamos de llegar de Rennes. Hemos pasado dos días en casa de Campos. Vive a las afueras, en medio del bosque. Lleva un tipo de vida que me gusta. Es un hombre duro y ambicioso, pero inteligente. En un paseo que hemos dado él y yo ha quedado plenamente demostrada la oficiosidad de Lina —lo que menos me podía esperar, que ella fuera el nudo de este embrollo. Ha hecho confidencias, de cosas que yo le había contado, a Carmen y ésta las ha utilizado reafirmándolas mediante una mentira, diciendo que es íntima amiga mía. Ahora sé que lo que yo le diga a Lina será repetido. A pesar de todo ello he pasado bien estos días, no me he sentido excluida —tal vez sea pura astucia diplomática por parte de Campos—, aunque he sufrido el agobio mental que supone oír hablar continuamente de cosas que uno cree que no tienen solución y de las que se carece de todos los datos, sobre las que, por este motivo, es mejor no opinar, pues en general toda opinión resulta presuntuosa.

Madrid, 2 de agosto de 1976

Llegamos anteayer. De inmediato quedé con Lina y ella me propuso ir a cenar y a dormir a su casa de Galapagar. Acepté, naturalmente. Paseamos por el campo, que estaba maravilloso, casi primaveral. Tumbadas sobre la hierba y charlando sosegadamente vimos atardecer. No dejé traslucir ni un momento lo que pasaba por mi interior, al contrario, estuve afectuosa, y ella también. Lo curioso es que era sincera. ¡Lo que es la comprensión! ¡Y la belleza! Mientras estábamos allí, en el monte, la transparencia de la luz, el aire tan puro, las florecillas… Era una despedida regia a nuestra terrible amistad. También ella debía de sentir algo pues me miraba con una gran nostalgia. Hablamos de Raúl, durante aquel rato, pero no mucho; hablamos sobre todo de su aventura con Marie-Claude. Fue por la noche, ya en cama, a oscuras, sólo con la luz de la luna

entrando por la ventana, cuando le conté algunas cosas, las necesarias para que ella me explicara más respecto a Campos. Carmen no sólo frecuenta a la directiva, sino que es su amante. Con gran sutileza llevé el tema hacia la noche de la encerrona. Me dijo entonces que no *sabía que Raúl era del partido*. ¿Cómo se puede mentir así? ¿Cómo pudo mentirme a mí de este modo, cuando hemos hablado mil veces del tema? Creo que también en su cabeza algo falla. Me dijo luego que todo había empezado porque, estando con ella, Raúl había querido llamar a Carmen para decirle que él nunca había sido del Opus y que si Lina le decía lo contrario era puro infundio. Estaba furiosa con él, Carmen había acudido a donde estaban… Es extraño: de repente, casi en mitad de una frase, se quedó dormida. Todo seguía suave entre nosotras dos, y el azar, una vez más, me brindó un momento crucial: ella iba a comer con Carmen al otro día y me dijo que me uniera al grupo, que a Carmen le interesaría lo que yo pudiera contar de la vida de Campos en Rennes.

Cuando llegué a casa desde Galapagar, Raúl estaba durmiendo y todo indicaba que había bebido. Al despertar quiso que le explicara la versión de la encerrona que daba Lina. Saltó con violencia: «Yo nunca he sido del Opus Dei, nunca lo he sido jurídicamente». Le pregunté entonces qué significaba la carta. Se puso hecho un basilisco y yo me di la vuelta para salir de casa, pero él me asió del brazo y no me dejó ir. Dijo que no me movería y que me prohibía volver a ver a Lina, y me repitió la historia de sus amoríos añadiendo que lo del niño había sido verdad, que cuando la operaron, en realidad, se trataba de un aborto. Ella se lo contó: era un hijo suyo, lo tuvo en los brazos. Todo esto unido a llantos y súplicas: que no me fuera, que no lo dejara nunca, que estuviera siempre con él, que le acompañara a todas partes.

Se fue tranquilizando. Le dije que siempre había estado a su lado, pero que ahora quería ir hasta el final con Lina y Carmen. Me pidió que antes lo acompañara a la sede. Estaba tan mal que lo hice. Fue un número, hasta se le escaparon las lágrimas cuando se trató del embrollo.

La comida con Lina y Carmen resultó una ficción perfecta, un proceso impecable de desenmascaramiento. Después había prometido a Raúl que le acompañaría a casa del padre de Campos.

Le esperé en el Gijón casi tres cuartos de hora. Llegó borracho. El número que montó durante aquella cena, cuando hablaron del embrollo… Resulta que alguien hizo un falso sello y que se había creado un grupo paralelo en París. Fue tremendo. Y todas las intrigas, ocasionadas por esta historia que yo ignoraba.

Al llegar a casa Raúl sigue llorando y suplicando que no lo deje ahora.

Guadarrama, 11 de agosto de 1976

Llega Laura de las colonias de vacaciones. Raúl intenta dominarse pero su desquiciamiento es ostensible. Está como cuando dijo que había visto a la Virgen, o como la Navidad aquella en que, hallándose en la cocina, se sentó junto a ella, que debía de tener ocho años, y, llorando, le contó que acababa de ver al Niño Jesús, que éste le indicó cuál tenía que ser su camino, y él lo había traicionado. Ahora estamos aquí y él, obsesionado con sus escenas, que recuerda vagamente, me pide una y otra vez que se las relate. Dice que ya no puede seguir en el partido. Yo creo, en cambio, que precisamente ahora no debe dejarlo. Tiene que recomponer antes su imagen, en todo caso.

Guadarrama, 13 de agosto de 1976

Tras la confesión de ayer: que se hizo del partido para borrar su imagen como miembro del Opus, Raúl, en estado de postración, sigue hablando sin parar. Ahora resulta que su aventura con Marie-Claude tenía fines políticos y dice que la ha dejado porque cierto miembro del P.C., *también* para utilizarla, le ha tendido sus redes y ella ha caído. No creo que esta historia esté acabada, aunque es posible que ella se haya hartado de él.

Guadarrama, 16 de agosto de 1976

Raúl contra Laura: «Recoge el jardín o no sales a jugar». Haz esto, haz lo otro. Duro, tirano, despectivo, como un carcelero de los que no se limitan a llevar al preso a la celda sino que además le van

dando patadas en la espinilla y golpes por lo bajo. Al final la cosa ha estallado. Raúl la acusaba, decía que era imbécil, que está harto de que no haga nada de lo que se le pide… Era la hora de comer. Se miraban como dos animales prestos a lanzarse el uno contra el otro. No sé cómo se han ido apaciguando hasta el punto de hablar de otra cosa. Laura ha dicho entonces: «¿Cuándo pintarás mis persianas, papá?». «La semana que viene, pero tú me ayudarás». «Sí, claro, ya he ayudado a pintar otras cosas». «Pues puedes empezar a rascarlas». Intervengo yo indignada: «Quieres que haga lo más difícil, hombre, es una niña». El estalla, esta vez de verdad, todo porque pongo en evidencia que siempre va a que lo difícil lo hagan los demás. No recuerdo lo que dice sino que empieza a gritos y a portazos, se va de la mesa. No sé qué hacer ni cómo tranquilizar a Laura. Lo increíble: por la noche ella me dice emocionada: «Papá ya no está enfadado, ha venido a darme un besito».

Guadarrama, 20 de agosto de 1976

Anteayer… llegó a las 9 de la mañana sin haber dormido y con una trompa del demonio. Se acostó hasta la hora de comer. Laura indignada: «Ya te decía yo que no durarían sus propósitos». La quité de escena, la llevé a casa de su amiga Esperanza para que se quedara allí a comer y después me preparé y desperté a Raúl. Al llegar me había dicho nada menos que se había tirado a un niño moro porque se parecía a Laura y que el niño sabía bien lo que valía, que le había costado caro. Acto seguido quiso enseñarle a ella sus huevos «a cambio de ver sus pechitos».

Durante la comida Raúl siguió bebiendo. Se hallaba en tal estado que sentí pánico. ¡Y pensar que tendríamos que ir a recoger a Laura! Al llegar a casa de Esperanza continuaba con la obsesión, hablando de todos los hijos de las mujeres presentes. Muy petulante. Cuando nos fuimos ya había oscurecido y él se tambaleaba de tal modo que me dio miedo entrar en el coche y le quité las llaves. Puso el coche en marcha a pesar de todo, gracias a la pendiente. Se mostraba tan violento y amenazador que al final subimos. Con dificultad llegamos a casa. Se produjo otra escena, no había modo de convencerle de que saliera del coche y se fuera a la cama. Finalmente Laura y yo a solas en la cocina. Ella: «Ya te lo decía, es

inútil, y tú diciéndome que tenía buenos propósitos. ¿Cuándo podremos tener una vida normal? Pero mamá, ¿desde cuándo se porta así? ¿Cuando yo tenía 6 años, 4 años?». Yo: «Era distinto». Ella: «No podemos aguantar más. Se lo tienes que decir y yo estaré delante. Si no deja de emborracharse nos separamos y basta. Ya encontrarás un trabajo y yo también trabajaré». Todo esto con gran energía, y aún más preguntas y el mínimo de respuestas. No habíamos cenado y yo cogí un melocotón y empecé a comerlo. Entonces sucedió algo absolutamente impresionante: toma ella también un melocotón, se lo aprieta contra la mejilla y arranca a llorar: «Papá, ¿por qué haces eso? Yo te quiero mucho. Papá, te quiero mucho, no bebas más, no bebas nunca más. Te quiero papá, te quiero mucho, te quiero mucho, mucho. No me hagas sufrir así. Tú no sabes lo mucho que sufro, papá. Te quiero, papá. No bebas más. No bebas, papá, papá…». Esto duró unos diez minutos. Era como si de pronto su subconsciente aflorara. ¡Y era tanta la tristeza y el dolor y la pureza y el cariño con que estrechaba aquel melocotón!

Cuando cesó su llanto dije: «Quizá por ti sea capaz de dejar de beber». Ella: «No lo creo», ya era otra vez la de antes, seria, firme. «Puede que me quiera pero nunca cambiará, de modo que tendremos que separarnos. Mamá, ¿no comprendes que no puedes seguir esperando que cambie? ¿Puedo dormir contigo esta noche? Tengo miedo de que nos mate por lo que he dicho antes». Se refería a cuando lo de las llaves. Al quitárselas yo se las había dado a ella para que empezara a andar, mientras yo intentaba convencerle de que fuéramos a pie. Luego, viendo que era inútil, yo se las quería devolver y ella no. Estaba aterrada y decía: «Si se las devolvemos nos matará a las dos. Nos matará».

Le hice la cama de la habitación que comunica con la mía. Abrimos la ventana y miramos el cielo estrellado. Ella sin duda recordó los días de las colonias y se puso a cantar. Canté con ella. Me quedé a su lado hasta que entró en el sueño. Al día siguiente conté por encima a Raúl lo ocurrido y le pedí una vez más que dejara de beber y que hablara con Laura. Lo hizo. Laura estuvo totalmente escéptica y dura. Él aceptó tomar unas gotas. Por cierto que por la noche, mientras mirábamos las estrellas, Laura dijo: «¿Y si nos fuéramos unos días a la playa con la abuelita, papá y yo?».

Con eso le tendía la mano. Hoy se han marchado.

Guadarrama, 31 de agosto de 1976

Esta noche he tenido un sueño feroz pero plásticamente muy bello. Sólo recuerdo la secuencia final, de gran movimiento de planos. Comenzaba —por lo que recuerdo— con Raúl torturándome solapadamente, diciéndome primero lo bien que escribía Marie-Claude y lo buenas que eran las novelas de Noemí, y después que él las ayudaría a publicar a las dos. Todo eso era largo y sucedía en el comedor, a media luz. Luego estábamos en el cuarto de baño. Él seguía hablando y yo le dejaba hablar, pero en mi interior la indignación crecía. Bajábamos a un jardín que tenía dos plantas conectadas por una extraña escalera al aire, con un hueco mayor cada tres o cuatro escalones. La atmósfera de estos dos ámbitos era una transposición de la de una secuencia de *Vaghe stelle dell'Orsa*. Al llegar al borde de la escalera, yo empujaba a Raúl para matarlo y él caía y por cada hueco grande daba una voltereta de modo que yo le veía la cara. Era la cara de Laura la que veía entonces. Era ella quien caía y a la vez él. La cara de ella casi sonreía, sin mostrar desconcierto. Yo apretaba a correr hacia abajo para recogerla en mis brazos, pero no llegaba a tiempo y oía el fortísimo golpe de la cabeza contra el suelo. El cuerpo aún estaba vivo: él y ella a la vez, pero yo adivinaba el fin. Aquí me he despertado. Este sueño me ha dejado en un gran desasosiego. No sé realmente qué debo hacer.

París, 5 de septiembre de 1976

De vuelta ya. Raúl parece dispuesto a seguir tomando las gotas.

***

Tenía una gran confusión, pero a la vez hasta tal punto lograba entregarme al estudio que eso me hacía seguir adelante pasara lo que pasara. En el curso 76-77 me lancé a escribir una memoria de «Maîtrise», también en literatura. Puse a Laura una profesora, una chica joven hija de exiliados, que la ayudaba cada tarde e incluso le

daba la cena y la acostaba, de modo que ella podía estar siempre acompañada por alguien ajeno a nosotros dos. Para mí, desde luego, fue una época decisiva: tenía plena libertad de movimientos, amistades nuevas de la Sorbona y apenas veía a Raúl. Esta gran ausencia de contacto con él es lo que explica que el estado de cosas se mantuviera. Fue por entonces cuando de regreso de uno de sus viajes a Madrid me dijo que te había encontrado, y cuando yo, a mi vez también de paso por Madrid, te llamé.

Aquel encuentro con tintes órficos… Me llevaste a un sótano en penumbra, donde se podía escuchar buena música, y sentados el uno junto al otro, sin mirarnos, hablamos. En un momento dado me acusaste de cruel… Tal vez lo he sido. Lo he sido con los dos, pues desde un principio, me doy cuenta ahora, sin saberlo vi en vosotros lo que teníais de personajes, lo que alimentaba mi impulso literario. Y es probable que si aguanté tantos años con Raúl fue también por este motivo, para poder escribirlo. Contigo había sucedido, sin duda, lo mismo, pero estoy convencida de que esto es inevitable, de que pasa siempre, como debe de acontecerle a un pintor al mirar, por ejemplo, a una muchacha. Necesariamente sentirá la emoción de la luz y el color y verá sus posibilidades plásticas. Y luego la pintará vestida y desnuda, y en mil actitudes.

Aquella tarde hablamos bien, y la sensación de calidez que dejó en mí duró muchos meses, aunque no acudía a ella nunca, no creo en los refugios de este tipo, ni en los recuerdos, todo se transforma en presente en mí, está vivo en el presente. El que vivía entonces era concreto: horas estudiando el «Bulletin Signalectique», horas en Sainte Geneviéve con Christiane, Khampert, Ivan —nuestra clase estaba llena de extranjeros—…, tomar el té todos juntos en una cafetería de la plaza del Panteón, preparar comidas orientales en Meudon, en casa de Khampet, pasear por el parque de Luxemburgo y, con frecuencia, ir al Louvre con Laura. Nunca nos quedábamos más de una hora, nos dirigíamos directamente a una determinada sala, de arte persa o asiriobabilónico, y ella sacaba su cuaderno y se ponía a dibujar, mientras yo miraba detenidamente cada objeto. Después nos íbamos al cine o al teatro. Fue por entonces cuando vi aquel Hamlet brutal en que el héroe tiraba a Ofelia por los suelos y, con la sacudida, a ella se le salía el pecho del corpiño, y después, en la escena de Gertrudis, entraba con ira en la habitación, y tanto sus

palabras como sus gestos tenían un carácter progresivamente agresivo, hasta que de un tirón la dejaba en cueros. Este tipo de escenas…

Por Navidad Raúl volvió a beber y además ahora solía fumar, lo que suponía unas resacas monstruosas que yo casi nunca presenciaba pues salía de casa cuando Laura se iba al colegio. Había un tema nuevo. Lo del niño que se había tirado en verano era algo a lo que yo no había prestado atención en medio de tanto desquiciamiento, pero ahora en su agenda aparecía de continuo: «copas con Mustafá», «cena con Mustafá». Un día le dije: «¿A qué hermosa escondes detrás del nombre de Mustafá?». Se indignó y me obligó a salir con ellos dos una noche. Triste espectáculo: un joven marroquí de tez pálida y cabello rizado, tan solicitado por los que entraban en el bar, donde sin duda le conocían todos, que se levantaba de continuo de la mesa y se iba a hablar con alguien a un rincón, y Raúl mirándole con un desasosiego tremendo… No aguanté mucho rato y me puse en pie para marcharme. Él se levantó a su vez y, empujando con las dos manos mis hombros, me sentó de nuevo mientras gritaba que no me movería de allí. Con gesto igualmente violento logré ponerme en pie de nuevo y él, por primera vez en público, me dio una bofetada. Aproveché su propio desconcierto de un instante para salir corriendo. Al día siguiente renovaba sus propósitos:

París, 17 de febrero de 1977

Raúl pide perdón. Dice: «Tú, que has pasado por alto como si no las vieras todas mis debilidades y cobardías…».

***

Otra larga etapa de distanciamiento total entre nosotros se prolongó hasta que regresamos a España. Fue, sin embargo, un periodo intenso para mí, recorría París como si aquellas últimas imágenes pudieran constituirse en aura protectora contra el futuro que adivinaba árido. Por otra parte se acababan las clases, presenté mi memoria y me apunté a la excursión de fin de curso, cuya última

etapa era precisamente Elsinor.

Guadarrama, 9 de agosto de 1977

Creo que he dejado de querer a Raúl. Es decir, por primera vez asoma la idea, el hecho, a mi conciencia. Este hombre con una gruesa cadena de oro al cuello, con gestos amanerados, casi de marica, cuando maneja la mano juntando el índice con el pulgar, este hombre de perpetuo malhumor y reproche gratuito, que pretende hacer valer su influencia y su capacidad de ganar dinero para someterme y explotarme, y que encima, enamorado de su hija, igualmente la maltrata, pervirtiendo su modo de ser, destrozando sus relaciones conmigo… A este Raúl, yo *no lo conozco*. Nada queda ya de aquel que yo quise. Nada. Nada en él me interesa.

Madrid, 21 de septiembre de 1977

El verano se aleja y olvido que quería vivir. Nunca perdonaré a Raúl mi frustración sexual. No obstante, me siento tan mutilada por causa de él que no soy capaz de dejarlo.

Madrid, 22 de septiembre de 1977

Opresión del mundo de chismorreo. Angustia de existir. Esterilidad. Ni una amiga en quien confiar. Absoluta desilusión de uno mismo. No logro ni fijarme en lo que me interesa. Estar con Raúl es un continuo callarse, no expresar un deseo ni una opinión. Es estar muerto.

Madrid, 23 de septiembre de 1977

Y de pronto la conciencia de que la noche de Elsinor fue tan importante porque fue el acto más libre de mi vida, el más voluntariamente elegido.

Madrid, 25 de septiembre de 1977

Hoy hemos vuelto a ver a Lobo. Yo pensaba que no lo vería más, pero Raúl lo llamó. Cenamos en el chino, luego vinimos a casa a tomar hierba y nos quedamos charlando hasta las 3. No he podido dormir hasta las 6 pensando en que nunca he entendido su personalidad. Me desasosiega verle.

Raúl, en cambio, duerme como si tal cosa.

Madrid, 26 de septiembre de 1977

Uno o es mágico o no existe.

Madrid, 27 de septiembre de 1977

Negarse. No pensar en el cuerpo, en el espacio erótico, en el color de las rosas, su perfume, la luz del palacio de Kronbach, los cipreses, los cedros, el canto de la tórtola; olvidar el tacto del agua, de la arena. No hay otra salida que el propio pensamiento.

Madrid, 30 de octubre de 1977

Todos mis males —de todo tipo— tomaron cuerpo en Pamplona. Allí sufrí de un desamparo absoluto que ya nunca me abandonó, y sufrí de frío. El primer año resistí heroicamente, acaso por que conservaba intacto el concepto del amor. El segundo tuve el accidente. El tercero desaparecí. Sólo en la escritura y el estudio puedo recuperar algo de mi ser inicial, pero no sé si lograré algún día hacerme con la solidez necesaria para despegar.

Madrid, 1 de noviembre de 1977

Recuerdo mis cuadernos de diario quemados: toda mi adolescencia paso a paso; mi capacidad para relatar cuanto veía y sentía. Ahora debería escribir con detenimiento por lo menos las cosas importantes, y no soy capaz: no puedo describir. Tal vez hay en ello cierto pudor; tal vez sólo falta de tiempo y de cabeza (mi parálisis mental, mi fatiga). También hay que sumarle el hecho de que no quiero recrearme en la castración de mi vida, así que sólo

surge el grito —en apariencia puro comentario— cuando duele hondamente. Sin embargo, ¡qué tentación y qué beneficioso sería escribir como entonces!

Madrid, 2 de noviembre de 1977

El arte es una manifestación de amor, es un vehículo de amor. Cuando nos decían que Dios se ama a sí mismo y entonces crea, esto no era más que una forma burda de expresar lo que la plenitud de ser del momento creativo significa. Se produce una visión, una captación, una vivencia que rebasa el límite del yo, y se vierte. Se produce esa necesidad gozosa, y a veces dolorosa, de concretarla para que *sea*. Hacer que sea y reconocerla como tal, lo que es ya un acto de amor. Lo mismo que la comunicación, que es hacer partícipe a otro de algo propio. Lo mismo que la manifestación.

Ayer fue un día malo. Raúl sólo levantarse me espetó aquello de que abriría a Merlín en canal. Le dije que fuera despidiéndose de mí.

Madrid, 3 de noviembre de 1977

¿Me representa Merlín? Hoy ha cazado un pájaro. De pronto me asomo a la terraza y lo veo con un reyezuelo en las fauces, paseándose arriba y abajo, y luego rondando la puerta: quería entrar. Nunca hubiera imaginado experimentar la sensación de belleza ante un acto como ése. El color rubio de Merlín, nítido, reluciente, sus movimientos de gran fiera y el ala semidesplegada, verdosa y gris, huyendo de su boca, un trazo dinámico y estático a la vez… La mirada imperante del gato tras los cristales. Esta imagen me explica la vida y me reconcilia con ella.

Madrid, 4 de noviembre de 1977

Yo haría cierta distinción, y del mismo modo que Apollinaire oponía la «raison froide» a la «raison ardente», hablaría de un «amor ardiente» y de un «amor reposado» o «pausado» tal vez, porque decir frío implicaría algo así como calculador, y no es eso;

es sopesado, valorado; en una palabra pensado «antes», no como explicación a posteriori. Un amor al que se va mientras que el «ardiente» acontece, uno podría haber estado yendo a él pero sin saberlo.

Vivir es estar muerto puesto que tenemos que morir. Sólo el «amor ardiente» nos puede sustraer de esta conciencia por un momento, y es por tanto la única vida, la única resurrección.

… iluminada y poseyendo la luz perpetuamente, la transmite a las cosas…

Una vez más volví a los viejos papeles, sentía de nuevo el impulso imperioso de la escritura. No era una catarsis, pero sí fue un gesto decisivo, porque brotó unido al mayor cambio sufrido por mí: abandoné todos mis papeles respecto a Raúl. No había maldad en ello, sencillamente ya nada me vinculaba a él. Con bastante desasosiego releí todo lo que tenía escrito para mi novela y comprendí que no era el momento oportuno para meterme con ella. Hice algunas correcciones de estilo y empecé a escribir la historia que ahora me interesaba, la de mi aventura de Elsinor. Al finalizar el curso en la Sorbona se había organizado, como todos los años, una excursión. Esta vez, además de pasar por Gante, Ámsterdam y Hamburgo, se llegaría hasta el castillo de Kronborg, pues varios estudiantes habían elegido temas relacionados con Hamlet para sus trabajos.

Respecto a mis escritos, suelo recordar lo que guardo y lo que tiro. Pues bien, el relato de Elsinor, que tengo conciencia conservé, se ha perdido. Cierto que nunca volví a él y sólo ahora se me ha ocurrido buscarlo. No he encontrado más que un texto paralelo, tres fragmentos de una prosa poética extraña; están llenos de tachaduras y son una tentativa frustrada que abandoné:

I

Sobre mis brazos sus brazos, y desde dentro del árbol de la sangre, arrastrado por ellos hacia el blanco de seda donde duerme la noche, halo que se desgarra de granate en los labios, voces de sólo nombres propios… Con los ojos vendados en aura de silencio, huyendo del reposo al reposo, arrancado de cuajo hacia el instante perpetuo y fugaz, hacia la nada-todo; desde el beso y hacia el beso, en el cristalino pecho de las sombras; como las aguas, como las alas aladas que envolvían el pozo, similares a niebla, niebla que se acurruca, niebla que se desnuda, niebla que se abandona por las

esquinas del pensamiento…

II

… y casi fustigados y sangrantes los arrasados miembros, cuando corre el subterráneo río de oro dentro del cuerpo… Todo el cuerpo asombrado, ante su propio incendio, desde que las manos como las palmas de los palmeros hasta el alba con la voz de la alondra sobre los clausurados párpados… que ya no hay nada, que todo fue en un vuelo, madreselva de mi pared tan tierna; degollado el aliento, batiendo en oleadas, out, out, out, out of breath, ocultando, amurallando, para que quede sólo el rojo entre los blancos de los tiempos, blanco de una mano mi cabeza, blanco de una sola palabra entre las sábanas, sin enunciación, sin adiós, sin proyecto… blanco de desnudo y presencia liberada de materia y gravidez en el río que invade hasta estallar la rosa.

III

Viene de lejos el perfume que embriaga y envenena, en llamas desde la boca. Formular con los labios un murmullo suave como el canto de los juncos mecidos de deseo. Muere, en los lagos abiertos, venas abiertas, donde el grito suicida… Y se caen los cedros, descortezada selva bajo oscuras cascadas. Fluir, ser un fluir feraz entre alaridos, desde el íntimo látigo y entre los alaridos de los pájaros primeros, en abandono de lo concreto… Porque sobre la niebla solamente la cabeza del sueño, manando esa triunfante serenísima armonía del silencio que viene y va por los caminos disimulados de su cuerpo, tan sin gesto, sumido finalmente en la calma, rodeado de la nada en el todo del instante.

***

Y ahora, dime tú, por qué sigo persiguiendo tu imagen. Y, por otra parte, por qué la de Raúl intento resolverla en dos pinceladas, como un pintor que detalla sólo ciertas expresiones del rostro y

abandona las manos, el cuerpo… Cuando nos vimos aquella vez, diez años después de la pelea, no te pregunté por qué no nos habías dicho que estabas casado. No habíamos tardado en enterarnos: casado, con hijos y minado por el alcohol. Otro personaje de Pamplona, vuestro compañero Mutio, venía a veces por casa. Aparecía y desaparecía luego durante meses, años incluso. Un día, andaba yo por la calle y un coche frenó a mi lado: era él. Me dijo: «Lobo ha estado a punto de morir. Seguía un tratamiento antialcohólico y bebió. Lo encontraron tirado por la calle, inconsciente y en pésimas condiciones. Lo han puesto a secar. Parece que se saldrá de ésta». El coche arrancó de nuevo. No recuerdo cuándo tuvo lugar este encuentro. En cualquier caso creo que fue posterior a la tarde del sótano.

Cómo me atreví a llamarte aquella vez… Desde luego porque Raúl te había encontrado y sentía que era injusto que él te hubiera visto y yo no. De todos modos fue para mí una sorpresa que quisieras quedar enseguida. Con gran calma continué haciendo todo lo que tenía que hacer hasta la hora fijada. Nos habíamos citado a las siete en una cafetería céntrica y tan grande que si no estoy ojo avizor, al entrar tú y colocarte en la barra sin mirar… ¿Querías, en el fondo, que no nos encontráramos? Eso pensé en el primer momento, pero ahora creo que tal vez acudí bastante antes de la hora y tú, pensando que llegabas el primero, te pusiste simplemente muy cerca de la puerta. Yo estaba al fondo, en una mesa; me levanté, fui a buscarte y te senté frente a mí. Dominaste enseguida un ligero temblor, pero apenas hablabas. Yo me esforzaba por decir cosas, intentando no referirme a nada que te pudiera inquietar. Me explicaste otra vez tu episodio de un año en una compañía de teatro, y añadiste que a tu mujer no le gustaba que trabajaras allí, porque ella quería dinero, más dinero… Ahora vivías solo y era un alivio, dada tu incapacidad de comunicación. Estabas mal, tenías el iris de los ojos sin brillo y una palidez tan asentada en la carne… En un momento dado dijiste que no soportabas el ruido y propusiste que nos fuéramos a un sitio más tranquilo. Fue entonces cuando me llevaste a aquel sótano donde ponían música clásica y nos sentamos el uno al lado del otro en la penumbra, de modo que mirarnos nos resultaba difícil, y no lo hacíamos, y así pudimos romper el fuego. Tenías problemas de todo tipo, de trabajo, de soledad, de insomnio,

de desequilibrio, habías seguido una psicoterapia, intentado un psicoanálisis… A partir de las siete de la tarde ya no podías leer, te bailaban las letras y veías manchas amarillas, oías música… Aún rondan por mi cabeza retazos de frases tuyas: «… cuando acabo de trabajar sigo trabajando… No te puedes imaginar los billetes mil que hay que largar en los juzgados sólo para que se ocupen de tu tema, no dejas de sentirte mal si te paras a examinarte… los fines de semana cojo un tren o un autobús y me voy a Toledo, Aranjuez, Ávila, Segovia… Por Navidad me voy a Florencia porque allí… No he vuelto a Bilbao ni a Pamplona… …el tema del Opus, el lavado de cerebro llevado a cabo en un niño desde los once años… La mujer no tiene problemas con su cuerpo, es algo que acepta, mientras que el hombre tiene que demostrar que es hombre engendrando una criatura. ¡Qué absurda es la institución del matrimonio!… pero sucede que… Lo que me gusta es montar a caballo, salir al campo y lanzarme a galopar. Mi mujer se hartó de mí, cogió los niños y se fue; no sé ni siquiera dónde están».

Hablamos durante tres horas, tú más que yo, ahora, y yo te escuchaba reclinada en el respaldo de la butaca; pensaba que si existiera una posibilidad de que fuéramos amantes, estuvieras en el estado en que estuvieras, yo siempre desearía cumplirla. Este era mi impulso hacia ti, una fidelidad ajena a todo lazo y a toda lógica, regida por algo a lo que podríamos dar el nombre de amor: fidelidad a una imagen, a la visión interior, a la propia emoción. No tenías ya la belleza de años atrás, se te veía envejecido, diluida la mirada, el pelo acaso excesivamente corto, sin gracia, una línea demasiado anquilosada definía tu perfil, ¿qué me importa eso? Tú emanarías siempre la belleza que yo te otorgara. Y además tu voz… ¿cómo había podido olvidarla? No existe una voz semejante a la tuya. Ahora permanece clara, albergada en mi oído, nítida en tu ausencia. Tú, la perpetua ausencia, no sólo el lacerado, sino el inaccesible, y por lo tanto invitas siempre a un movimiento en pos de ti, pones en marcha el anhelo, como la luz de un cirio atrae al ojo o a la mariposa nocturna aun sabiendo ella que arderá. Del mismo modo, el yo no puede evitar esta pulsión, acogerla; no puede evitar el deseo de arder, arder hasta morir, perecer, única solución a su anhelo. Acaso también por este motivo me obsesionó hasta tal punto aquella pelea: representaba la unión, la fusión, sólo posible

en la muerte, sólo definitiva, absoluta, en la muerte. A la otra muerte, la castidad, me habías obligado tú desde el principio y entonces veía llegado el momento de alcanzar una realidad transmutándola en consumación amorosa. Tú, entre los árboles, investido de la imagen desolada, en llanto, aquella imagen que se confunde con la mía encarnándote, en el momento mismo de la ruptura… Y ahora aparezco a tu lado, cojo tu mano… Es la atmósfera del final, tu rostro encendido resume la llama de amor, mientras en torno una candidez de débiles ramas elevándose… Un instante idéntico al del puente de Chinvat y yo, tu ánima, la misma que… Ahora veo claro otro instante vinculado a la muerte: yo soy el caballero enamorado que, movido por esa aventura que es siempre la pasión, se lanza a un torneo con lo imposible: cruzo la calle para enfrentarme con los fantasmas llevando una prenda de amor, y, herida en el combate, vertiendo en ella mi propia sangre… está prenda en la que se ha llevado a cabo la fusión amorosa, felizmente imposible en la realidad… Cierto es como una reliquia. Puede verse en ella, en el libro, tu firma claramente escrita y una mancha de sangre que desde el borde ha penetrado hasta rozar la punta de la última letra. Ahí no hay obstáculo a nuestra aproximación tan suave como violenta; ahí solas tu letra y mi sangre, nítidas, a pesar de los muchos años transcurridos… Y después de esa primera muerte sin *consolamentum*, penetro en el suicidio de la renuncia al amor, y me someto a la voluntad de amar. Esa voluntad de amar era el amor cristiano… El dolor que siento por no haber sabido transmutarme en ti de verdad, hace que, tras dos meses en los infiernos, me niegue a mí misma. Inerme, absolutamente inerme me hallaba yo tras aquella lucha sin cuartel en la que uno, por llegar a ser él… Una lucha, precisamente entre el ser y la voluntad de ser. Esta era sin duda la escisión; la que se produce entre un movimiento instintivo y uno provocado; la línea de demarcación, la maroma por la que nos movíamos a ciegas y nos hacía actuar y sentir y pensar en planos que apenas se vinculaban. Y era también lo que motivaba nuestra perplejidad. En el terreno amoroso yo, que por lo menos intelectualmente negaba la pasión, aunque sabía que ésta era lo único que podía satisfacerme, por un amor total, tan perfecto en sí que tuviera carácter de necesidad, que no admitiera desarrollo, que fuera, sencillamente, el amor que embarga, que posee el ser, que es,

y es actualidad, que consiste en reconocimiento del ser del amado… Considerando dinámica la pasión, considerando que mueve al acto, que quema sucesiones, no comprendía que era precisamente el movimiento lo anhelado, el perpetuo movimiento hacia el punto de culminación, donde todo se funde; aspiraba a un sentimiento puntual, absoluto, que tampoco imaginaba como creado por la voluntad. Este era mi drama, pues en cuanto necesitaba de la voluntad para continuar ya no era el ser del amor el que se imponía, sino el mío. Y con todo…

El amor como voluntad de amar era otra cosa, era el que por igual merecían todas las criaturas, el que predicaban los curas, sin acabar de decirlo claramente ya que metían a Dios por medio. Eso era lo que nos faltaba para rematar nuestra perplejidad, que aquellos curas y monjas seglares nos sometieran a su continuo chantaje, justamente en el momento en que estábamos empezando a tener una visión personal, pues aunque uno delimitara de entrada los terrenos, se colocara enfrente tomando las debidas distancias, la obligación de asistir a aquellas ceremonias y ejercicios era como una gota de agua continua que cayera en el terreno blando de las posturas propias que en aquel momento se esbozaban, creando un espacio cenagoso que aprisionaba y del que sólo tras la desecación acontecida con el curso de los años podría uno liberarse. Y es tan fácil entregarse a un deus ex machina que le evite a uno el horror a la soledad, el horror a la impotencia. Eso es lo que nos hace caer en las conductas habituales como el matrimonio. Yo lo sentía así, aunque tal vez nunca me lo formulé a mí misma con tanta contundencia, si bien cuando me casé tenía la seguridad de hacerlo por miedo.

Este era el objetivo por el que se luchaba en Pamplona, excavar en uno hasta vaciarlo, dejando sólo el hondo temor —¡quién, sabiéndose limitado, no lo experimenta!—, para arrancar la renuncia. Entonces, una vez cumplida esta renuncia, uno dejaba de ser, todo le era ajeno. Sabía cuál era su postura anterior, sus normas, y sabía que rechazaba ciertas doctrinas que le rondaban, pero algo había tomado cuerpo mientras tanto en él: la nada, y la conciencia de la propia nada. Ante esa nada, sin saberlo, había depuesto todas sus armas. Probablemente incluso esto era calculado, pues hasta el más seguro de sí mismo tenía que admitir

su nulidad. No hay ser en la creación menos autónomo que el hombre, cualquier animal, cuando se desgaja de la madre, tiene elementos en sí para establecer una relación natural y directa con el mundo; el hombre no, el hombre constata inmediatamente que nada puede solo. El temor al abandono le lleva a la locura, porque intuye que ese abandono comporta su desaparición. Por ello el niño busca desesperadamente que no se rompa el lazo que le une a los padres, y busca también sentir que forma parte de un grupo, que es aceptado. Todo de puro miedo. Y no se ha vencido éste a los dieciocho ni a los veinte años. Uno está a punto de echar a andar como individuo y entonces resulta que le sumen en un baño falaz del que sale impregnado de su propia insignificancia, y luego le indican unos medios para ser aceptado por una sociedad matriz poderosa que por él se enfrentará a la lucha, es decir, le trazará paso a paso el recorrido, marcará las huellas donde debe poner los pies, renunciando por lo tanto a cualquier otro camino, mientras a cambio le concederá la ilusión de vivir por sí mismo desarrollándose en todas sus potencias. Me dirás que yo no caí nunca concretamente en esa trampa y me repetirás, como la última vez que nos vimos, que yo quise resolverme por mí misma y no como miembro de una colectividad. De acuerdo, pero entré igualmente en la órbita del temor, y llegué a creerme hasta tal punto culpable en mi conducta y a tal desprecio de mí misma, que consideré que el valor de mi vida era nulo, que yo era sólo un ser para el sacrificio, una víctima propiciatoria para ser devorada por la primera bestia hambrienta que pasara, y que, además, si realmente servía a ese animal de alimento, eso debía satisfacerme.

Yo, entonces, me entregué a una tentativa de ágape, pero un ágape que no tenía apoyatura, que no tenía el firme asiento de una fe religiosa, que respondía a imágenes, a modelos propuestos por creencias abandonadas… Inerme, inerme, sí, completamente inerme, también yo vomitaba por todos lados y por mí misma, aceptándome sólo a partir de mi negación, sólo en la entrega al martirio, por el horror al desamor, a la falsedad, a la incomprensión: con capacidad para comprenderlo todo, absolutamente todo, y conociendo a la vez el límite… Dejar de ser, por ser el hueco colector, alivio mínimo, tal vez, para el otro, seno de acogida del espanto de ser mortal, y entregar la vida como si con

ello pudiera uno… Uno no puede nada. Nadie puede nada, ni siquiera en el caso de la renuncia… pero tampoco en el de la integración al deseo. ¿Qué decir del deseo sin fin? ¿Cuál es su eficacia predicada por los magos? ¿Qué yo, aquí, ahora, te esté intentando apresar en estas páginas, querido Lobo, Lobo de nombre secreto, sin acabar de delimitarte, y a la vez sabiendo que, en el fondo, a quien persigo no es a ti, sino a la representación que eres del todo que me mueve a amar?

Pero la distancia entre tu yo profundo y el que ofrecías era insalvable, y aquella entre el que ofrecías y el que yo podía recibir también, máscaras la tuya y la mía de un doble narcisismo, tal vez; imposible incorporar la carne del otro, ni en el más alto punto de la pasión. Sólo dejando de ser, sólo muriendo, sólo al verterse nuestras sangres y confundirse en la nada… ¡Oh desesperado vivir en la muerte, obstáculo que aviva ese deseo sin fin, que lo torna acto en la vida que no es, y es como la noche deslumbrante, la tiniebla que alberga la luz de los astros dando en ella paso a una eternidad presente aquí y ahora; luz que disuelve la angustia de ser dos que el cuerpo impone, por esa unidad radiante que se halla en la esencia de los elementos del cosmos! Romper la pétrea apariencia, el límite material contra el que tropieza lo que anida en el centro de uno mismo y aspira sólo a diluirse en la belleza. Apártate, elévate en la belleza… Las dimensiones, la proporción, la densidad, la masa y la fuerza de tu cuerpo están en el espacio, aquí mismo, en las piedras, la tierra, los pinsapares, las corrientes de aguas subterráneas que de pronto irrumpen afuera, rompen la corteza, inundan el paisaje.

Las últimas veces que nos vimos los tres comprendí muchas cosas que hasta entonces no había sospechado, por ejemplo que si me casé con Raúl fue también por sustitución. Si tú eres el ser lacerado y en el momento de la agonía, cuando insomne te aguardo en una habitación de hospital, aparece él… y si vuelve a aparecer en estado de máximo desmoronamiento y pide ayuda… En cierto modo, Raúl te representaba. Pero ¿por qué, a nuestro regreso de París, quiso llamarte? ¿Por qué?

Madrid, 28 de septiembre de 1977

… estaba sentada en la butaca y contemplaba su estructura

corpórea. Pensaba que de hecho toda mi respuesta a él es fruto de esa contemplación de su cuerpo. Tanto me fijaba que apenas era capaz de atender a lo que decía, hasta tal punto sus hombros, sus brazos, sus manos, y sobre todo sus piernas… De pronto oí estas palabras: «Me pasó una vez con un esquizofrénico en un manicomio». Siguió el comienzo de una frase que quedó en el aire: «Cuando estuve en Carabanchel…». Fue una sacudida, pero al diluirse de inmediato no logró distraerme. Otra frase, sin embargo, penetró claramente en mi cabeza: «Lo que me gustaría, a mi muerte, sería que me comieran». No quise decir nada para no incurrir en la ira de Raúl que estúpidamente se había puesto a hablar de los gusanos. Él se refería a sus hijos, sus hermanos, sus amigos. También yo he sentido esa necesidad de poseer y ser poseída hasta la incorporación total en forma de alimento. Mi hilo interior, de todos modos, tejía la evidencia: debo reconocer que todo lo que en un tiempo le atribuí, sólo puedo atribuírmelo a mí misma… Ahora… Ahora tiene una vida en la que nunca entraré.

Madrid, 29 de septiembre de 1977

Intuyo que no podría aguantar ir con Lobo hasta el fondo porque todo apuntaría al final. Intuyo que las cosas volverían a desarrollarse como lo hicieron un día, él no soportaría mi impudor, mi brutalidad. Intuyo que hay en Raúl un amor masoquista por él y sádico por mí, o tal vez todo ello mezclado con un ansia de dominio, porque ahora es como si me ofreciera la posibilidad de estar con él. Yo, que un día pensé que si hubiera querido herirle en lo más hondo me habría bastado acostarme con Lobo, siento ahora que no le molestaría, y no sólo esto, sino que tal vez llegará a proponerlo. Por otra parte su presencia valora nuestro destrozado matrimonio. Es algo oscuro y profundo, acaso es simplemente que en Raúl hay una parte de Lobo. Hoy tenía una tremenda pinta de chulo, con la gabardina echada sobre los hombros. La imagen retadora. Me siento respirar mejor a su lado, sin duda sólo porque en ese momento *sé* dónde está y qué hace.

Madrid, 1 de octubre de 1977

La certeza de que no resistiría la realidad de Lobo tranquiliza un poco mi desasosiego.

Madrid, 2 de octubre de 1977

Esta noche he soñado con Lobo. Iba rapado excepto en la coronilla, donde tenía una bola de pelo. Llevaba los labios pintados y la cara empolvada, y vestía una túnica que no logro concretar. Sé que era él, pero el rostro no acababa de ser el suyo. Estábamos en una reunión con varias personas y él en medio. Me sonreía y levantaba la mano en un gesto como diciendo: ¿aún necesitas más claridad? Yo pensaba: debería vestirse de payaso. No se trataba de un travestí, pero sí había mucho de homosexual en él. Antes de que apareciera, el sueño era como una danza de gente que iba y venía, una rueda de ansiedad, y en ella surgía mi sentimiento de amor hacia él, que se desvanecía en cuanto le veía. Durante el mismo sueño recordaba otro, aquel en que Raúl y Antonio vestían de satén blanco. Me desperté convencida de que la relación entre Raúl y Lobo ha sido una relación homosexual inconfesada, y que, por otra parte, debido al alcohol, Lobo, acaso…

Madrid, 6 de octubre de 1977

Este empeño de Raúl en traer a Lobo. Me hace daño. Cuando desapareció de mi vida en Pamplona no intuí que volvería a verlo, era *evidente* que no. Desde hace un tiempo, sin embargo, se me hace difícil aceptar que lo más probable es que un día vuelva a desaparecer y sea para siempre. Le miro y pienso en Iván, me obligo a pensar en Iván.

***

En la Sorbona, los largos corredores con grandes ventanales rematados en forma semicircular que dan al patio y al otro lado de las aulas pequeñas y los despachos de los profesores… Principio de curso. A unos cuantos nos han convocado para hablar del tema de nuestra memoria. Chicos y chicas formando grupos. Pegados a los

ventanales, una serie de bancos de madera. En uno de ellos, sentado en el respaldo, un chico rubio, las piernas abandonadas, los brazos reposando en las rodillas, la cabeza erguida. El sol destella a su espalda y sus ojos parecen incorporar el destello en azul. Un aura de frescura, de alegría en su actitud. Lo miro fugazmente, veo tu estampa envuelta en la penumbra, tamizada de gris, el rostro inmóvil, cruzado por la herida. Aquí dominan los marrones de la madera y el jersey del chico y la claridad soleada que se adentra por el ventanal. El muchacho se dirige a mí, que acabo de llegar: «Soy el último», dice. «Tienes que apuntar tu nombre debajo del mío en el papel que está clavado en la puerta». Lo hago. Su nombre es Iván. Vuelvo a su lado y hablamos hasta que le toca entrar. A lo largo del curso charlamos bastante, él trabaja en el *Play within a play*. Vive cerca de casa, con otro estudiante, Pavel, en una espléndida habitación alquilada. Formamos un pequeño grupo ellos dos, Khampet, Christiane y yo. Con frecuencia contemplo a Iván, y lo asocio a ti por aquella imagen del primer día, pero en él no hay ningún elemento de desgarro, hay un acuerdo perfecto con el mundo, una inteligencia armoniosa y envolvente.

Al llegar el final de curso nos apuntamos los cinco a la excursión y ya en Gante se apoderó de nosotros la dimensión espacial, la arquitectura, el color de las piedras… En Ámsterdam, en el Museo Van Gogh, habíamos visitado más de la mitad de las salas, cuando de pronto Iván dijo: «Van Gogh antes de morir en Saint Rémy, en 1890, veía sobre todo azules, azul claro y blanco». Y cogiéndome de la mano me llevó de nuevo escaleras arriba y me colocó ante un cuadro casi del principio: «Fíjate», decía, «los blancos empiezan a tomar vida propia, a escaparse de los marrones y los negros en forma de luz, a extraer los verdes poco osados, los grises y el azul gris». De nuevo tiró de mí y me situó ante el *Autorretrato de París*. «En el 87», continuaba «han surgido los rojos y naranjas, dentro de ambientes fríos aún, si bien se insinúa el amarillo en este autorretrato, donde además el trazo es ya una pincelada audaz, aquí lo dice: *painted in bola strokes*».

Y seguía arrastrándome: «En el mismo año, un cuadro todo en amarillos: *Bodegón: limones, peras y uvas*. Y perfectamente incorporado el amarillo y todo el color en plenitud, al año siguiente: *Autorretrato delante del caballete*. Y en este otro, *El puente de*

Langlois y el camino a lo largo del canal, los colores surgiendo del blanco. Y también en éste: *Barcas en la playa de Saintes Maries de la mer*».

Entre risas le seguía en aquella carrera por las salas. A toda velocidad pasamos de nuevo, acompañando breves paradas con análogos comentarios ante otros cuadros: *Los girasoles, Campo de cebada con segador al atardecer. Paisaje con cielo tempestuoso*, estudios de amapolas, mariposas, hierbas… De pronto, en un rellano, vimos una flecha que indicaba una pequeña exposición de obras pertenecientes a otros museos; la seguimos y nos encontramos delante de tres pinturas en azules distintos: *Cipreses y árbol rugiendo, Autorretrato* (de mayo de 1890). Y *Cielo estrellado*. Ante esta última nos detuvimos en silencio. La fuerza de la luz blanca en la oscuridad del ultramar era como una vía de penetración, un taladrar la tiniebla tan nítidamente que transportaba, dejaba sin aliento. No sé cuánto rato permanecimos inmóviles allí. Después proseguimos lentamente la visita.

Habíamos quedado en dar todos un paseo en barca por los canales, pero yo, de pronto, quería seguir viendo pintura, el dinamismo en que habíamos entrado me empujaba, de modo que me encaminé sola al Rijksmuseum. Mi norma era siempre fijarme en dos o tres cosas nada más, pero de modo que no las olvidara. Allí buscaba la *Mujer leyendo una carta*, de Vermeer, otra pintura en azules, una figura con la luz de cara haciendo resaltar las manos y el papel que contienen… pero ese cuadro lo tenía incorporado ya antes de verlo. Fueron dos obras de Rembrandt las que en aquella visita me asaltaron: el autorretrato de 1629, un joven a contraluz, delimitando el sol su mejilla y sus rizos rojizos, y el retrato de su madre leyendo un libro, también iluminada por la espalda, con ropaje púrpura y tocado marrón que los destellos de luz acercaban al dorado. Sobre el primero anoté: «¿Para qué definir más al rostro si es la luz quien te crea y al crearte trueca el espacio vacío, el aire de entorno, en envoltura de amor?». Sobre el segundo escribí: «En las perpetuas sombras de incógnita y enigma, la madre, inmóvil, lee. Ascua en dorado nimbo, su estar inextinguible es el solo rescoldo de certeza. Nada muda su gesto, ni el rugido del sol al hundirse en las aguas o al emerger de nuevo *en par de los*

levantes». Apunté además otros nombres: Gerar ter Borch, Pieter de Hooch, Hendrick Avercamp, Pieter Saenredam…

Ya me disponía a salir cuando vi, tras una puerta acristalada, esculturas antiguas. Aunque bastante cansada, me metí por aquel ala del museo. Las salas eran muy pequeñas, y las imágenes creaban una atmósfera peculiar. Y además no había nadie. ¿Cómo podía no haber nadie allí, ante la imagen que yo veía ahora, la de Santa Catalina, de Meester von Kondewater? ¿Y ante la de Santa Inés, de Adriaen van Wesel? *La visitación, La Virgen arrodillada, José y los ángeles, La muerte de María, Los Reyes Magos*… todas éstas eran también obra de aquel mismo genio para mí desconocido, Adriaen van Wesel. La madera, con sus aguas, se identificaba de tal modo con las formas, con la suavidad de la talla, que el ojo sufría una suerte de hipnosis, como si se adentrara en la imagen del mismo modo que una piedra al caer en una superficie de agua tranquila. De pronto uno estaba dentro. Se establecía una armonía interior-exterior, y me maravillaba e iba de una estatua a otra, para volver a pararme ante la tercera, y regresar a la primera y seguir y no poder marcharme. Compré un libro sobre Van Wesel, otro sobre Van Gogh, y un montón de postales, y todavía me fui a pasear por el mercadillo, entre sus puestos de flores secas, breves ámbitos de color arenoso con los puntos malva o azul de las flores colgadas boca abajo, o superficies anaranjadas de ciertas flores y frutos colocados en cestas; era una atmósfera abstracta, donde el tiempo se hallaba en suspenso. Desde Gante me asaltaba esta sensación debida siempre a la luz. En Kronborg era fría y a la vez deslumbrante, y penetraba por los inmensos ventanales en el inmenso salón, dando vida a los tapices, a los reyes en ellos representados o las románticas figuras de los frescos del techo, las salas, las torres, la mullida hierba de la explanada del castillo, el foso…

Los del pequeño grupo, siguiendo la corriente de agua, nos perdimos por unos caminos orillados de verdor y llegamos a un bosque y después a un cementerio: breves tumbas entre cipreses y cedros y setos de boj. La atmósfera, de pronto, albergaba una bruma leve. Nos quedamos mudos contemplando su efecto, como de un esfumado, en los árboles. Iván rompió el silencio y, abriendo el libro que llevaba en la mano, leyó: *«En febrero de 1580 un*

acontecimiento trágico dio abundante tema a las comadres de Stratford y por mucho tiempo. Una niña de la sociedad próxima a la familia Shakespeare, con el nombre predestinado de Katherine Hamlet, se había ahogado en el Avon, en un lugar donde un viejo sauce detenía las aguas que allí formaban un hondo remolino. La encuesta del "coroner" había establecido como causa de la muerte un suicidio de amor. La familia de la ahogada había discutido el accidente para que no le negasen el entierro cristiano. La muchacha se había inclinado para refrescar unas flores que había cortado en la campiña cercana y se había caído. No es difícil imaginar lo profundamente impresionado que quedó el joven de dieciséis años por la muerte de Katherine, su amiga de infancia, y de Dickyde los demás muchachos, cuando casi a un cuarto de siglo de distancia desde que se consumó la tragedia verdadera, William Shakespeare la evoca en la muerte de Ofelia con una precisión ejemplar:

> «Inclinado a orillas de un arroyo, elévase un sauce, que refleja su plateado follaje en las orillas cristalinas. Allí se dirigió, adornada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, velloritas y esas alargadas flores purpúreas a las cuales nuestros licenciosos pastores dan un nombre grosero, pero nuestras castas doncellas llaman dedos de difuntos. Allí trepaba por el pendiente ramaje para colgar su corona silvestre, cuando una pérfida rama se desgajó y, junto con sus agrestes trofeos, vino a caer en el gimiente arroyo. A su alrededor se extendieron sus ropas, y, como una náyade, la sostuvieron a flote durante un breve rato. Mientras, cantaba estrofas antiguas, como inconsciente de su propia desgracia, o como una criatura dotada por la naturaleza para vivir en el propio elemento. Mas no podía esto prolongarse mucho, y los vestidos, cargados con el peso de la bebida, arrastraron pronto a la infeliz a una muerte cenagosa, en medio de sus dulces cantos».
>
> (*Hamlet*, IV, 7).

»*El hecho de que ninguna de las fuentes históricas de* Hamlet (*ni la Crónica Danesa de Saxo Grammaticus, ni la historia trágica de Belleforest) hablen nada del final de Ofelia, y la coincidencia*

con el acontecimiento de Stratford es tan evidente, que sólo eso hubiera podido hacer pensar a los adeptos de la teoría antiestratfordiana, porque en cualquier cosa que se mencione, la obra de Shakespeare atestigua su relación con su tierra natal».

«Mihnea Gheroghiu, dixit». ¿Habíamos visitado Stratford? ¿Habíamos visto la casa natal de Shakespeare, la de Mary Arden en Wilmcote, la de Anne Hathaway, la de Susanna Shakespeare? ¡Ah, ver el teatro del Cisne, o el Globo! Aquél era el verdadero escenario, aunque seguramente tampoco lo reconoceríamos.

Nos albergábamos en residencias de estudiantes. La de aquella noche, de aspecto señorial, estaba rodeada de árboles y prados. Al día siguiente regresábamos, de modo que casi todos querían apurar las horas. Yo, en cambio, me quedé a preparar el maletín y después bajé al salón, donde unos cuantos jóvenes habían puesto discos y bailaban. En las mesas quedaban botellas de vino de la cena. Me senté delante de una de ellas, me serví un vaso y me puse a mirar el baile. Llevaría una hora cuando un tropel de gente pasó dirigiéndose a las habitaciones. Y de pronto Iván estaba a mi lado. Era tarde, se apagaron casi todas las luces, y se oyó una canción terriblemente nostálgica y evocadora. «No nos la vamos a perder», dijo.

Mientras bailábamos pensé regalarle el libro de Adriaen van Wesel, ya que no lo había visto, y ahora, al evolucionar con él, tenía la misma sensación que al mirar las aguas de la madera, tan identificadas con la forma que delimitaban; me sentía sujeta a aquella misma correspondencia interior-exterior. Subimos. Sentados en mi cama empezamos a mirar los libros, primero el de las tallas, después el de Van Gogh. Al llegar a la página de la *Noche estrellada*, él pasó su brazo por mi espalda y me estrechó el hombro. Yo le enlacé por la cintura. Lo que se produjo entonces no sabría describirlo, se puso a besarme de modo que no sé cómo puede aguantarlo un ser humano. Cuando tomaba aliento decía mi nombre. Sin darnos cuenta estábamos desnudos y unidos en una danza agitada y velocísima en la que yo me sentía continuamente en el aire, en un salto; saltábamos los dos en bloque, sin distinción ninguna entre ambos cuerpos. Y él gritaba. Y seguía repitiendo mi nombre sin cesar. Me acariciaba, adecuaba su cabeza a mi cuello, se adentraba en mi oído, me hacía dar vueltas, alejaba de vez en

cuando su torso para mirarme sin que por ello se detuviera un instante aquel ritmo, aquel quedar suspendido en el espacio por momentos. Yo sentía que en mi boca se prensaba uva dulce, en mi pecho rompía el mar bañado por la luna y el resto de mi cuerpo se transformaba en una rosa incandescente y devorante cuyas llamas ascendían por mi espalda prendiéndome entera, y toda yo en llamas, y él y yo en llamas, ascendíamos como si fuéramos un astro.

Aquello duró varias horas, y como él no cesaba de repetir mi nombre, también pronuncié el suyo. Nada más se dijo. A las cinco y media se quedó dormido. Media hora después empezaron a cantar las tórtolas.

Al día siguiente de nuestra llegada a París, yo volvía a España. Tardé tres días en recuperar la normalidad de mi cuerpo. El primer día, sentía su presión en cada parte, sobre todo en el pecho y en el vientre y las piernas. Era como si lo tuviera a él incorporado en mí y ahora me impidiera moverme, quisiera retenerme en una quietud total, como aquel silencio —aquella ausencia de palabras— en que nos habíamos mantenido. El segundo día desalojó mis piernas y pude andar con menos esfuerzo. El tercero mi pecho empezó a sentirse liberado. Estos fenómenos me inducían a reflexionar y lo que con más frecuencia acudía a mi mente era lo perfecto del callar. Amar era posible con tal de no limitarlo con la palabra, con tal que Psique —Alma— no aspirara a saber a quién amaba, no intentara *ver* a Eros. Si deseaba saber, si atisbaba la realidad concreta, se hallaría siempre lanzada al atroz peregrinar.

Peregrina soy, de todos modos, y peregrina por amor; quizá porque a ti te he querido conocer, he querido saber quién eres sean cuales sean las consecuencias. Tal necesidad de ello tenía las últimas veces que nos vimos, que sin duda por este motivo dejamos de vernos.

Madrid, 4 de febrero de 1977

Ayer vino Lobo a cenar. Se quedó hasta la una. Al final me explicó que hace mucho tiempo que no sueña y me dijo que le gustaría volver a soñar. Me acosté pensando en ello y éste ha sido el resultado: estábamos en el sofá y él me hablaba de su vida, su abuelo, su hermana… Las imágenes expresadas se iban haciendo

concretas. Me contaba cada vez cosas más íntimas, incluso del mecanismo interior de su cerebro, y se iba formando en torno a nosotros un ambiente caótico. Era como una película que de pronto evolucionara al revés y yo lo veía a él debatiéndose con esas imágenes, objetos y personas, a la vez que me hablaba del miedo y la impotencia. Sin transición todo alrededor era blanco y estábamos encima de una cama. Él me hablaba ahora de sus hijos y éstos aparecían y él, de un empujón, los iba metiendo debajo de la cama, muy excitado, como si estuviera al borde de la locura. Todo lo que decía nos seguía rodeando: una iglesia, el borde de seda de una manta, un caballo, libros de ocultismo, gente que trasladaba los libros, visiones enigmáticas, el tarot… A pesar de que esto girase alrededor, nuestra relación era de inmensa calma, pero él, de pronto, casi lloraba. No sé cómo la luz descendió y estábamos en penumbra y con una sensación de proximidad igual a la que se crea en un ascensor. Yo le daba entonces un beso en la mejilla y nos abrazábamos. Él seguía hablando. De nuevo había luz y se iniciaba una segunda etapa del sueño, esto era algo manifiesto. Nuestros cuerpos se tocaban, un vaivén de brazos y piernas, como si fuera natural. Era desde el principio un ritmo de coito. Sus manos en mi cabeza, su piel. Y venga a hablar, hasta que nos abrazábamos y besábamos ahora furiosamente. Pero él decía: «Acuérdate de que era imposible, surgió un obstáculo, hubo una separación total, no podíamos comunicarnos». Yo manifestaba que sólo llegar a algo ahora me importaba. De nuevo súbitas apariciones de su mundo mental, sensación de cambio de lugar… De todos modos él estaba ya en camisa blanca y yo también de blanco, y al poco los dos desnudos. No miraba su cuerpo, pero sentía su miembro entre las piernas. Nada sucedía. Él me pedía entonces por favor que buscara los libros de ocultismo, que estaban en el cuarto de baño. Iba allí y veía unas compresas ligeramente manchadas por sus reglas. No me inmutaba. Los libros estaban en un rincón. Cuando iba a cogerlos me he despertado. Ese final se relaciona, sin duda, con Raúl, pues lo primero que se llevó de casa fueron precisamente todos los libros de ocultismo. Hay otras cosas que también puedo explicar; la concreción de las imágenes mentales y el relato del mecanismo de su cerebro, por ejemplo, pues me contó que uno de sus problemas es que las ondas del bulbo raquídeo son en él más lentas de lo

normal, que los médicos no saben qué es y no le dan tratamiento. Lo del borde de seda de la manta responde claramente a un sueño suyo que me contó de este modo: «Sentía el tacto suave de unas flores de felpa que me acercaba a la mejilla. Esto significaba miedo a la castración. Fui muy desgraciado de muy pequeño, los únicos recuerdos agradables que tengo son acariciar con la mano el borde de seda de una manta y mi padre arropándome». Su *pudre*. Cuando me explicó este sueño no me atreví a indagar respecto a su madre. Él me habló luego del miedo y del respeto, de que por su problema podía volverse autista o catatónico, de que el cerebro puede sufrir un empobrecimiento progresivo, que lleva a sumir en un letargo y uno no desea hacer nada excepto, por ejemplo, mirar una planta, un árbol del monte.

***

Ese día y los siguientes tomé muchas notas, pues me explicaste bastantes cosas de tus hermanos, de tus abuelos, de la fantástica biblioteca que había en su casa, de tu afición a montar a caballo… Llené unas veinte páginas entre aquel encuentro y el siguiente, y otro tanto después. Mi objetivo era estudiarte, y por ello apuntaba incluso tus gestos, y las fórmulas de lenguaje que utilizabas. No sólo quería saber al máximo de ti, como siempre deseé, sino poder comprenderte, comprender a mi personaje amado, desde dentro, pues creía firmemente que para escribir algo es necesario que haya pasado por el interior de uno. Esto fue siempre lo que me cortó en el momento de hacerlo. Si te fijas el problema era idéntico al que se me planteaba respecto al amor: ser el otro. Todas esas páginas no me sirven de nada, o casi nada, ahora veo definitivamente que sólo puedo hablar de ti partiendo de mi propio desasosiego. Es decir, lo único que me sirve de todo lo que tengo escrito es lo realmente experimentado por mí, los sueños, por ejemplo, o su confirmación. Ahí va una, un nuevo encuentro con Mutio. Viendo que no logramos ir a fondo y que no se puede forzar la situación, dejé de llamarte. Unos meses después tuvo lugar esta escena:

Madrid, 12 de junio de 1977

Voy a buscar datos a la Biblioteca Nacional. Por cambiar de atmósfera, en lugar de quedarme allí, como en el café Gijón. Cuando estoy terminando aparece Mutio y se sienta a mi mesa, pide un café y me dice: «No lo repitas, como tampoco yo se lo he contado a nadie, pero hace unas semanas vi a Lobo. Se me ocurrió ir al Rastro, hacía años que no iba, porque cuando uno vive en Madrid no hace esas cosas. Había sol, no era muy tarde. Entré por el Cascorro, que de todos modos estaba abarrotado, y poco a poco llegué a la plaza de Vara del Rey. Junto a uno de los puestos de ropa vieja, sentado en el bordillo de la acera, vi a un tipo de ojos azules y larga melena oscura; la misma nariz, barbilla, labios finos… Llevaba sombrero de cawboy, vaqueros llenos de parches de colores y una chaqueta con flecos colgando. Al verme cerró los ojos y se quedó inmóvil recibiendo el sol que le daba en plena cara. Di una vuelta lenta por la plaza y volví a aquel lugar. Allí seguía, ahora con las gafas oscuras. Era él, no me cabe duda. Acaso no resistiendo vestir de señorito para andar todos los días por los juzgados, aprovechó la fiesta y se disfrazó. Del todo, sin ahorrar el detalle de la peluca».

Es posible, muy posible, se trata simplemente de una *madness in clothes*.

***

No pude evitar llamarte entonces. Esta vez apareciste antes de la hora fijada. Estabas tan pálido y delgado que me impresionó. Decías que te sentías muy mal y que llevabas muchos días sin poder comer. Yo sabía de qué me hablabas, recordaba una manzana comida aquel alba en que el canto del mirlo me devolvió a la vida arrancándome de las tinieblas del dolor. Procuré no agobiarte, que te sintieras tranquilo y a la vez rodeado de una atmósfera cálida. Era mediodía. La luz filtrada por los cristales amarillos del comedor ayudaba, y también el equilibrio perfecto de los objetos. Fue entonces cuando me hablaste de Grazalema, ese paraíso, ese pueblo tan limpio y cuidado, en cuyos árboles anidan los jilgueros… Comiste; comimos, pescado, ensalada, fruta. Seguiste hablando durante más de una hora. Contabas cosas tuyas que me interesaban enormemente, y a pesar de ello empecé a notar en mi un desasosiego que me advertía

de algo aún poco definido, algo que… Y de pronto dijiste que tenías que marcharte, que te estaban esperando.

Todavía te llamé una última vez. Fue a mi regreso del viaje Bilbao-París-Londres. Tu voz temblaba al otro lado del hilo. Dijiste: «Te telefonearé mañana o pasado para comer». No lo hiciste. Y yo empecé la segunda parte de la novela. Aquella visita a Bilbao fue para mí enormemente reveladora, no sólo estableció la diferencia entre los espacios reales y los de ficción, sino que me hizo reemprender de nuevo la tentativa de definirte desde otro prisma. Aunque ya había visto los escenarios de tu infancia, escribía con un gran sentimiento de frustración, de fracaso en el intento, pero no quería dejarlo una vez más. Ahora tenía que llegar por lo menos a completar el arco hasta la noche de la pelea. Estuve varios meses en ello, dudando continuamente de lo que hacía. Tan pronto lo dejaba como volvía a la carga. Otras veces eran causas exteriores las que me hacían pasar semanas enteras sin escribir.

***

Años después hubo un último encuentro, un encuentro enigmático. Fue en una exposición. Alguien me presentó a Gonzalo. De momento no lo reconocí —aunque estudió en Pamplona yo recordaba haberlo visto una sola vez, precisamente la víspera de la pelea—, pero él sabía muy bien quién era yo y al punto me dijo: «¿A qué no sabes de qué nos conocemos?». Súbitamente me vino la imagen: «Una tarde, en la calle Serrano, con Lobo y Raúl», dije, y entonces él: «Hace cosa de un año que no he vuelto a ver a Lobo. Estaba bien, hacía de asesor jurídico de un teatro. Hay que ver, una persona tan regalada de dones, y que se los haya pateado todos uno tras otro de este modo. Un día fui a su casa; totalmente ebrio y desnudo sobre la cama con una botella de vino al lado, llamaba a sus hijos y les preguntaba: “¿Qué es papá?”, y ellos contestaban: “Malo, borracho”. “Ahora ya sabes lo que soy, Gonzalo”, me dijo. Además, Dios sabe con qué clase de personas se juntaba. Una vez lo encontraron en un descampado, desnudo, inconsciente, y con señales de haber sido violado». Después de decir esto, Gonzalo se perdió entre la gente.

***

Por aquel entonces solía leer libros sobre los místicos sufíes, la influencia árabe en san Juan de la Cruz y Dante (devoré todo lo de Asís Palacios), y con el correr del tiempo derivé en la poesía turca, concretamente en una obra que se convirtió en mi libro de cabecera: *Leyla y Mecnún*, de Fuzuli. Ya en las primeras páginas hallé la posible clave de unos versos de Eliot que rondaban siempre por mi cabeza: «*Resuenan pisadas en la memoria / Por el sendero que no recorrimos / Hacia la puerta que no abrimos nunca / En el jardín de rosas*». Ahí estaba ese jardín, por él andaba Leyla, la heroína del amor udrí, máxima exaltación del amor platónico: el sendero que recorrimos, la puerta —desconocida y recordada— que no abrimos nunca… pero todo está en la memoria… y el antes… el jardín de rosas, trasunto del paraíso. Antes, había que ir al antes… De eso no me di cuenta entonces. Entonces vi a Mecnún, lo vi perdido en el desierto, hablando con los animales, vertiendo lágrimas de sangre, encadenándose por amor, anhelando sufrir por amor, enloqueciendo de amor, tan entregado al amor de la que ama que al verla no la reconoce, y al reconocerla la invita a la renuncia, pues ella vive ya en él. A esta visión de Mecnún uní aquella confusión de imágenes en la que la tuya y la mía se identifican, y te vi y me vi como Mecnún, y empecé a barruntar el ascenso a estas cumbres. Una vez más, y partiendo de esta perspectiva, escribí entonces el episodio de la pelea.

Lobo y Raúl

La herrumbre ha recubierto los espejos del amanecer, todo son voces de la oscuridad, del ámbito ignorado al que nos aferramos, cuyo hilo anhelamos seguir para, paso a paso, recorrer incluso a ciegas el tramo que nos separa del *inmóvil punto*, donde existir es ser. Y en torno el mundo gira. Giran las ramas de los árboles desnudándose en su elevarse de la calidez que le prestan los faroles callejeros, para entregarse a la blancura del frío, la leve capa de escarcha que sus dedos frágiles elevan adentrándose progresivamente en el cielo de la noche. Y la noche se despierta y con ella lo que antes dormía se ofrece como soporte al presente. Giran las carrocerías de los coches inmóviles, alineadas en la plaza, con brillo y color borrados por la avanzada hora. Gira el asfalto del suelo, duro como terrón de veneno, bajo los pies calzados que lo pisan. Gira la manecilla que señala el momento y las tres cabezas que entre los troncos se acechan, y las manos de los dos hombres se engarzan en tensa lucha.

«¡Deteneos, por Dios, separaos!», grita ella. Mas un gesto la aparta. Ellos dos, en derredor, entre los coches, saltan y se asestan nuevos golpes. El fuego destella en uno de los rostros, en el otro una negra mirada como un pozo sin fondo. Se mueven, sin embargo, como cegados, poseídos por la presencia, el ser mismo de la noche. Y ese destello y ese acecharse son su realidad.

«¡Por Dios, dejadlo!», se acerca ella ahora tímidamente al que llamea y observa que las lágrimas le manan hasta el cuello —*Oh, tú*, que *tienes el pecho herido y los ojos anegados»*—, observa su rostro transfigurado, su belleza no humana, tan perfecta como la de la noche, como la de los troncos blanquecinos donde se desliza un silencio envolvente que arranca del tiempo el instante, un silencio que asciende hacia el vacío. Todo en torno se ha ido situando en su lugar exacto, y, asombrada, contempla ella las constelaciones invisibles en sus órbitas perfectas. La cabeza que llamea —interior fuego la alimenta— se halla en el centro y rige ese mudo deslizarse

sin principio ni fin, decide la medida de lo inalcanzable. Y lo inalcanzable se ofrece accesible. Y también la oscuridad.

La mano más fuerte golpea de nuevo y aquel que lloraba se tambalea y cae en el pavimento, mas al poco se endereza y vuelve a correr a la zaga del otro, y ella, tras él, logra atrapar su mano. Su mano *como las rosas*,

«¡Dejadlo ya!», suplica. Pero él se arranca. «Apártate», dice, y ataca con redoblada furia, se abalanza sobre el de negra mirada que detiene el golpe y a la siguiente embestida, con puños de hierro, nuevamente lo derriba. Se desploma el cuerpo del que llora, esta vez sobre la acera, y queda inmóvil —*Oh, tú, que tienes la cabeza enlutada, los pies encadenados*—. De la comisura de los labios le brota una definida línea roja que se abre paso por el mentón. Las lágrimas de sus mejillas son *lágrimas de sangre*.

Y giran ahora en derredor los golpes del cayado del sereno, el zumbido de un coche, la luz de sus faros desdibujados por una leve neblina, el velo que ésta deposita sobre los troncos de las falsas acacias condensando la opacidad de la materia, *huésped del espacio*. Y se funden en el torbellino del silencio que el vacío devora, y se desvanecen. Se desvanecen las carrocerías de los coches inmóviles, alineados en la plaza, se desvanece el asfalto, se desvanecen las ramas de los árboles desnudándose en su elevarse, se desvanece hasta la oscuridad quedando en una pura transparencia cenital del instante que sin hilo conduce, ya vencido el obstáculo, hacia el dédalo de la mente.

La lluvia que hace crecer nuestro amor,
al fin se nos muestra clemente
y permite que florezcan otra vez nuestros
rosales, de muerte heridos.

Estoy en Grazalema. Estoy en Grazalema y te escribo como si lo hiciera al vacío. Me empeño en recorrer el pinsapar, caminar por esta zona de sombra terrible, observando el humus que se crea al pie de los árboles, recubierto de agujas y de esas piñas alargadas que crecen enhiestas pero son caedizas. Los líquenes y los musgos verdinegros se asientan en las rocas y los troncos roídos de los árboles viejos. Aquí se alza al pinsapo detectador de la tormenta, con sus hojas erizadas por el rayo, en tanto quedan atrás el sauce y el quejigo que diluyen las aguas y cambian el cauce del transcurrir con su amoroso gesto, y la envoltura de silencio, la transparencia del aire. Más allá los pedregales grises y desnudos, alma oculta del monte que de pronto emerge rozando el cielo, dominio del azor y del águila cuya ascensión apunta a la altura de los astros, de la luz. Esta es la región desnuda, donde sólo un reverbero da pie a las apariciones: un corzo inmóvil me aguarda, exento de la herida grabada por el tiempo. El silbo sonoro del viento me deja, sin envoltura, en brazos de este paisaje que invita al espejismo. En el sueño me mantengo, en ese sueño que me aparta del mundo común, ciega a la realidad, para ver nítidamente el rostro que asoma en ese desierto de las cumbres, ese vacío en el cual la imagen interior se despliega. «*El amor no requiere unirse con la amada*», dice Fuzuli; «*la amada* no *puede existir fuera de sus* sueños». Así vivo, en el tiempo de mi sueño, dentro y fuera de mí misma, en la incógnita y la certeza del ser, enajenada y cuerda, en ese *estado de* ser que es pura elevación, ingravidez, movimiento y estatismo como el del astro en su órbita de bienaventuranza. Aquí, en este vacío, todo se manifiesta. Vana es la realidad. Vano el cuerpo ante la unión del alma, ante el contener en el interior el rostro del ser amado. Pues a lo largo de ese caminar, perdiendo lastre, se ha perdido la materialidad, se ha alcanzado el verdadero objeto de amor, el verdadero fondo de su ser existente. «*Hay que estar en el desierto, pues aquel al que hay que amar está ausente*», dice Simone Weil. Y

también: «*Nada existente merece ser amado, hay que amar, pues, lo que no existe*». El ser amado no existe en la exterioridad. Más allá del que ama sólo hay el vacío, el vacío creador de su rostro, el vacío que por amor —amor de la luz— se va poblando de aspectos del amado, divina transparencia, proporción, agilidad. Y brotan fuentes lústrales y a ellas acuden las gacelas y un destello de sol desvela el rubí de su frente, saltan las liebres, los mirlos y los cipreses apuntan a lo inalcanzable, el rocío enaltece las anémonas, los iris entregan su intenso azul al firmamento, y las lavándulas y los narcisos silvestres se funden en abrazo, aquí mismo, en el Pico de las Cumbres. Ahora tu rostro es el halo de luz que lo envuelve en envoltura de amor, y es todo el universo, y por ello mi andar es ligero, por ello nada temo ni deseo, pues *amar la verdad significa soportar el vacío, y por consiguiente la muerte*. En este punto estoy, montando los caballos del sueño en cabalgada hacia el todo y la nada, la unidad que ya siento en mi abandono al ser.

***

Este pueblo, Grazalema, Medina-Aben-Salama, conserva todavía costumbres anticuadas. En los bares sólo hay hombres e igualmente en la plaza. Ayer también anduve por allí, me tomé un café y sentí sus miradas de extrañeza. Al final subí por un caminito y me senté delante de un corral que queda un poco elevado sobre la plaza, y allí me puse a leer. Las gallinas se sacudían a los gallos de encima, mientras el sol iba delimitando las torres de las iglesias, los picos de San Cristóbal y las Cumbres en primer término y a lo lejos el panorama de montes, más desvaído. Aquellas cimas eran «pozos de nieve». Antaño se subía a ellas con las muías para cargarlas y abastecer la provincia. Nieve, abastecer de nieve…

Al ir cayendo el sol abandoné el lugar y me encaminé a la alameda, orillada de almendros, árboles de Judea y tuyas. Vi en lo alto de éstas los jilgueros; vi los tordillos y las palomas torcaces, y llegué hasta el mirador, desde donde se contempla el Tajo. Pensaba en la complejidad de la naturaleza, en la paradoja que entraña el hecho de que por mantener la repoblación forestal se ha acabado con los rebaños, ya que no dejan crecer las incipientes plantas. Por

otra parte ya nadie quiere ser pastor. Desde aquel punto, se veían algunos sembrados de hortalizas, retazos de campo salpicados de frutales, y a la orilla de los caminos y allí mismo, innumerables flores, de tal colorido y variedad que empecé a coger algunas con idea de conservarlas. Al poco tuve las manos llenas de flores distintas y pensé que necesitaba saber los nombres.

Lo que singulariza a Grazalema, tanto como los pinsapares, es lo que llaman fenómeno de los caños. Las aguas que el monte filtra forman corrientes subterráneas e incluso verdaderos depósitos y, algunos años, en lugar de salir al exterior por los caños acostumbrados, brotan con violencia en el mismo pueblo, rompiendo el suelo de las calles y las casas con tal fuerza que destruyen las solerías, las baldosas y empedrados, y las calles se tornan verdaderos ríos. Entonces, debido a la inundación, erosión o derrumbamiento, hay que evacuar incluso las viviendas. El ímpetu de esas corrientes subterráneas…

Cuando llegué a la plaza del pueblo con un montón de flores en las manos, me senté en un banco y pregunté a un anciano si las conocía, si sabía el nombre de alguna de ellas. «Toda la vida viéndolas y no sé cómo se llaman», dijo. Entonces me dirigí a un muchacho joven, y éste preguntó a un amigo, y el amigo llamó a otro chico, y pronto todos aquellos hombres que me miraban serios y callados cuando cruzaba la plaza o me metía en el bar, giraron en torno a mí pasándose las flores de unos a otros, preguntándose, recordando nombres oídos durante la infancia, discutiendo entre sí, contándome, además, cosas del pueblo, y volviendo a las flores, levantándolas en alto, escudriñándolas. Era como si el mundo oculto de todos ellos irrumpiera, al igual que las aguas subterráneas, al exterior. Y unos llamaban alegrías al ranúnculo y otros albinas, o chapén; confundían el jaramago con el mostazo, el diente de león con la flor de la cerrada, y le daban también el nombre de recijuela o de botón de oro; al amaranto el de zapatito de la Virgen; me hablaron de una flor roja llamada Sangre de Cristo; no tenían dudas sobre la alfilerera, de intenso color morado, ni sobre la tiñiela, que crece en lo alto de los árboles secos, me dijeron, «por virtud de los pájaros»…

Iba cayendo la tarde y fui recogiendo aquel tesoro que abriera el difícil diálogo. Me quedé en la plaza hasta que oscureció. Mientras

volvía a la fonda, con aquella carga de alegría, me cruzaron por la mente los versos de Ofelia en su demencia: *He aquí romero, que es para la memoria: acuérdate, amor mío, te lo ruego; y aquí trinitarias, que son para los pensamientos…*

Esta noche he tenido un sueño; no sé si era al amanecer, tal vez al caer la tarde porque la luz rojiza contenía algo amarillo, cuando oía un mirlo y salía al campo. El mirlo descendía y se posaba en mi hombro. Allí seguía cantando. Era una imagen triunfante. Su plumaje tenía un leve matiz azulado. Cantaba y cantaba como si mi hombro fuera ya el lugar definitivo. Había en el aire el frescor de las mañanas de verano, de antes del sol, y la misma atmósfera ascensional. En esta atmósfera vivo desde hace tiempo. Me despierto con la llamada del astro, me levanto y entro en el día del mismo modo que las aves y las plantas, con la luz que lentamente les va otorgando toda su dimensión. Me entrego a esa comunión con la naturaleza. No siento frío, ni calor, ni hambre, ni temor alguno. Avanzo rodeada de luz, del halo que envuelve el rostro del amor, desasida y victoriosa, en total abandono, en soledad total, en esa soledad necesaria que como el vacío permite el amor, hace brotar la creación. Y siento como propias en su profundo sentido las palabras de Fuzuli: *Nadie llama a mi puerta, como no sea el céfiro de la mañana*.

Las citas que aparecen en este texto pertenecen a:

Béroul, 106
T. S. Eliot, 9, 105, 160, 208
Fuzili, 211, 212, 213, 215, 219
Heráclito, 91
Kierkegaard, 84, 85
Leibnitz, 82, 83
Mihnea Gheorghiu, 200, 201
Platón, 41, 50, 147
Plotino, 183
Quevedo, 105
Rimbaud, 70, 104
San Juan de la Cruz, 113
Shakespeare, 21, 22, 50, 72, 74, 95, 105, 120, 124, 138, 142, 218
Simone Weil, 216
María Zambrano, 212

CLARA JANÉS (Barcelona, 1940), licenciada en Filosofía y Letras, ha cultivado la poesía, la novela, el ensayo, la biografía y la traducción.

Entre su obra poética, traducida a numerosos idiomas, cabe destacar *Las estrellas vencidas* (1964), *Límite humano* (1973), *En busca de Cordelia* y *Poemas rumanos* (1975), *Antología personal* (1979), *Libro de alienaciones* (1980), *Eros* (1981), *Vivir* (1983, Premio Ciudad de Barcelona), *Kampa* (1986), *Fósiles* (1987), *Lapidario* (1988) y *Creciente fértil* y *Emblemas*, así como también sus excelentes traducciones del checo de la poesía de Jaroslav Seifert y Vladimir Holan. En su obra en prosa figuran numerosos ensayos, la biografía *La vida callada de Federico Mompou* (1975, Premio Ciudad de Barcelona) el libro de viajes *Sendas de Rumanía* (1981), la novela *Los caballos del sueño* (1989) y las memorias de infancia y adolescencia *Jardín y laberinto* (1990).